MUY HISTORIA

NÚMERO 179

BIOGRAFÍA
El hombre desconocido tras del héroe

ÉPOCA VICTORIANA
El remilgado y severo país que lo vio nacer

BATALLA DE INGLATERRA
Primer jaque al Tercer Reich

VICTORIA ALIADA
De la debilidad al triunfo

NIDO DE ESPÍAS
La guerra en la sombra

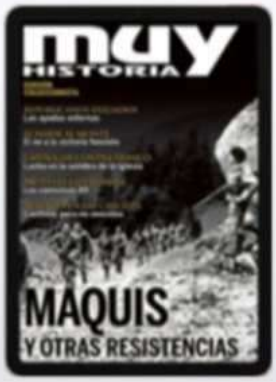
WINSTON CHURCHILL

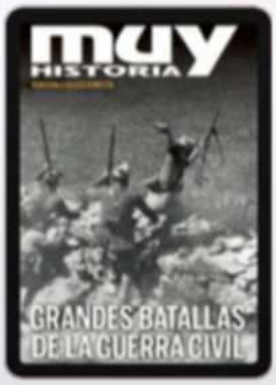
EL CONTROVERTIDO LÍDER DE GRAN BRETAÑA

SUSCRÍBETE UN AÑO A

y llévate de REGALO las 10 ediciones coleccionistas digitales más vendidas

Valoradas en 49,90€





12 Revistas en tu casa	12 Revistas digitales
39€ al año	19€ al año

Churchill celebra la victoria en Whitehall, Londres, el 8 de mayo de 1945. Hace su famosa señal de victoria ante una multitud.

GETTY

EL «BULLDOG BRITÁNICO»

Nacido el 30 de noviembre de 1874, sir Winston Churchill, el dos veces primer ministro de Reino Unido, fue un hombre de múltiples facetas: militar, político, orador, escritor (premio Nobel de Literatura en 1953) e incluso artista. A pesar de ello, su nombre está indisolublemente vinculado a su papel crucial durante la Segunda Guerra Mundial. Y es que, en ese momento crítico de la historia se forjó uno de los más grandes líderes del siglo XX.

Cuando Europa estaba al borde del abismo, Churchill asumió la responsabilidad de guiar al Reino Unido a través de uno de los periodos más oscuros de su historia. Nombrado primer ministro en mayo de 1940, su liderazgo durante la Guerra Mundial fue fundamental para la resistencia británica frente al avance de la Alemania nazi. Su capacidad para inspirar a la nación se vio reflejada en el famoso discurso que pronunció ese mismo año, cuando exclamó: «Nunca tantos debieron tanto a tan pocos». Estas palabras, dirigidas a los pilotos de la RAF que luchaban en la Batalla de Inglaterra, se convirtieron en símbolo de coraje y resistencia, y en parte de la historia de la humanidad. Porque si hay algo por lo que destacó el líder inglés es por su capacidad para hablar con claridad y rotundidad.

Apodado por los soviéticos como el «bulldog británico», por su voluntad firme e inquebrantable —se aferraba a una causa y nunca la soltaba— y por su convicción de que Hitler tenía que ser derrotado. Sin duda, la II Guerra Mundial definió su vida política y marcó ese carácter. Por eso, en el 150 aniversario de su nacimiento, repasamos los momentos más destacados del conflicto; para comprender por qué, además de marcar la historia política y militar de su tiempo —y de ser el político más amado y el más criticado y odiado a la vez—, dejó un legado sin par en la historia moderna. Disfruta de la lectura.

Carmen Sabalete
Directora (csabalete@zinetmedia.es)

MÁS MUY EN TU QUIOSCO

REPORTAJES

12 Luces y sombras de una época
20 El hombre detrás del héroe
32 La noche de los cristales rotos
38 La Batalla de Francia
44 La Batalla de Inglaterra
52 Aliados. De la debilidad a la victoria
60 La vida bajo las bombas
68 La guerra en la sombra
76 Las islas del Canal
84 La batalla por los códigos
92 Sword y Gold. Los británicos en acción

SECCIONES

6 Historias de la filosofía
8 Entrevista: David Salomoni
100 Dossier: En busca de Troya
106 Mujeres: Ethel Smyth
112 Biblioteca

Y, además, disfruta de otros grandes temas en nuestra web

Hallan en Australia una araña fósil gigante. El descubrimiento es evidencia del profundo cambio climático que transformó el continente.
Por Christian Pérez

El imperio más extenso de la historia. Descubre cómo el Imperio británico logró ser la mayor potencia imperial del mundo.
Por Erica Couto

El mayor organismo es también el más antiguo. Con al menos 12 000 años de edad, su masa se estima en 6000 toneladas.
Por Eugenio M. Fernández

Así comenzó la historia del Antiguo Egipto. Desde sus orígenes hasta convertirse en el primer Estado nación del mundo.
Por Fernando Cohnen

«DISCURSO SOBRE LA SERVIDUMBRE VOLUNTARIA»: ÉTIENNE DE LA BOÉTIE

Con apenas dieciséis años, La Boétie desafió las estructuras de poder al señalar la sorprendente realidad de una obediencia que nace del deseo humano de sometimiento y de la necesidad de líderes que nos esclavicen.

JORGE DE LOS SANTOS
Filósofo

Pues a ciencia cierta puedo asegurar que a nadie he conocido que en talento y luces naturales pudiera compararsele». El que habla es Montaigne, al que se refiere es a Étienne de la Boétie. Continúa refiriendo Montaigne que este le ha legado al morir, con apenas treinta años, el manuscrito de *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* y que fue, años atrás, al leer esta obra que Montaigne entabló la entrañable amistad que le unió de por vida a La Boétie. En sus *Ensayos* el propio Montaigne quiso publicar en su literalidad, así lo declara, tan fascinante obra legada. Pero algo sucede. Algo viene sucediendo desde que La Boétie escribió las líneas de su *Discurso*.

OBJETO DE DESEO

Francia está convulsa. El país se desangra en las llamadas «Guerras de religión» que se extienden de 1562 a 1598. Entre 1546 y 1549 un chaval que debe contar con dieciséis o diecinueve años escribió unas páginas. Publicadas primero, sobre 1574, en latín, se van repartiendo en entregas de forma clandestina. Posiblemente, un par de años más tarde se empieza a difundir en francés. La recepción de estas sorprendentes reflexiones causa especial impacto entre las filas de los hugonotes (protestantes de credo calvinista), que de alguna manera intentan apropiárselo para su causa introduciendo sin demasiado pudor las variantes que creen necesarias para tal fin y difundiendo la obra alterada. De Étienne de La Boétie sabemos tan poco como que nació en 1530, un 1 de noviembre, que estudió derecho civil, que por sus inusitadas dotes fue consejero del rey en el parlamento de Burdeos con veinticuatro años, y, además de su entrañable amistad con Montaigne, que murió de peste a los 32 años. El manuscrito original de la obra, con una revisión del propio autor de 1554, fue entregado posiblemente por el propio La Boétie a un amigo suyo también parlamentario que se encontró en París con Montaigne, a quien se lo mostró. Este quedó fascinado por lo escrito, entabló amistad con La Boétie y a la muerte de su propietario intentó comprarle el manuscrito a sus herederos, que se lo vendieron después de arrancarle la primera hoja que contenía, además del principio del texto, la dedicatoria del autor a su original propietario. Una vez adquirido, posiblemente Montaigne se lo devolvió a La Boétie. A partir de ahí, su difusión, alteraciones y el devenir en sí de la obra es un misterio. Aunque sabemos que no hubo personalidad relevante de Francia en los años y décadas venideras, incluido el cardenal Richelieu, que no intentara desaforadamente hacerse con el manuscrito original dado el impactante asunto que abordaba lo escrito. A día de hoy, el núcleo duro de lo que plantea su breve ensayo sigue sin resolverse y continúa

> El hecho de que haya siempre alguien a quien nos sometemos y rendimos debida obediencia es un acto voluntario: una servidumbre voluntaria

sorprendiendo a cualquiera que no haya olvidado su sensibilidad en el perchero. Pero ¿qué diablos abordó este joven en las páginas que escribió?

Básicamente una pregunta y una conclusión que no pretende responderla. Étienne de La Boétie se sorprende, se maravilla y vuelca sobre lo público un hecho racionalmente irresoluble: ¿Por qué diablos hay siempre alguien que nos manda? La conclusión a la que llega La Boétie es quizá todavía más sorprendente: porque lo necesitamos, o más hondo aún, porque lo deseamos fervientemente. El hecho de que haya siempre alguien a quien nos sometemos y rendimos debida obediencia es un acto voluntario: una servidumbre voluntaria.

ENTONCES Y HOY

La filosofía es el arte de problematizar lo obvio. De formular la pregunta sobre lo que asumimos por evidente, de forma, además, que esta pregunta no tenga cierre, permanezca erguida en su problematicidad. Sostenga la reflexión. Casi cien años más tarde, Spinoza, en el prólogo de su *Ética*, lo formula de otra manera: ¿Por qué combaten los hombres por su servidumbre como si se tratase de su salvación? En 1972 Gilles Deleuze, recordando a Reich y su análisis sobre el deseo del fascismo, vuelve al asunto: «¿Por qué soportan los hombres desde siglos la explotación, la humillación, la esclavitud, hasta el punto de quererlas no solo para los demás, sino también para sí mismos?», para acabar sentenciando: «esto es lo que precisa explicación, esta perversión del deseo gregario». Kant, en el XVIII, escribió: «El hombre es un animal que cuando vive entre los de su especie necesita un amo»; Hegel razona, intentando explicar el fenómeno, su dialéctica del amo y del esclavo; Sartre a mediados del siglo XX nos habla de la condena de la libertad, de la náusea que produce y de nuestra inclinación a la «mala fe» (a dejarnos llevar por otros para no asumir la responsabilidad de la propia libertad); Freud insistió en el mecanismo represivo como herramienta de control, mientras Lacan, décadas después, nos plantea «los nombres del padre» como la necesidad de la figura de autoridad que imbuye en nosotros la deseada ley. Hasta Kafka, anticipando la actual tiranía de uno mismo sobre uno mismo, anuncia la lógica del animal que arranca el látigo al señor para azotarse a él mismo y convertirse así en el amo. Y Foucault, y otros y otros, y cualquiera de nosotros que esta mañana nos preguntamos el porqué le seguimos la corriente y rendimos pleitesía a este tontolaba millonario que se hace poderoso con nuestra infeliz servidumbre o por qué han votado (con ese «perverso deseo gregario») a un tirano para que de cuerda al mundo o por qué no nos plantamos todos de una puñetera vez frente a la imbecilidad sistémica que ordena este mundo bárbaro en lugar de esclavizarnos en ella.

Esa pregunta, ese maldito problema, el mismo que emergió un día en la cabeza de aquel mozalbete del XVI harto ya de que el rey y la Iglesia le sometieran a él y a todos los mortales a la esclavitud de su dominio. MH

ASC

DAVID SALOMONI

En *Francis Drake. El corsario que desafió a un imperio* Salomoni narra la épica historia del infame corsario y explorador inglés conocido por circunnavegar el mundo en una sola expedición.

ÓSCAR HERRADÓN
Periodista

En mayo de 2021 hiciste un descubrimiento que fue decisivo para dar forma a este libro. ¿En qué consistió?

En mayo de 2021, en la Biblioteca del Palacio Real de Ajuda, mi colega español José María Moreno Madrid y yo buscábamos rutas náuticas españolas y portuguesas de los siglos XVI y XVII. Estábamos realizando esta investigación como parte del Proyecto ERC RUTTER: Making the Earth Global, coordinado por el profesor Henrique Leitao, con el objetivo de estudiar las rutas náuticas ibéricas como las fuentes más tempranas de la historia de la globalización. Mientras examinábamos los textos manuscritos antiguos, encontramos un enorme libro escrito en español, que probablemente contenía transcripciones realizadas en Madrid en el siglo XVIII. Dentro del libro, entre muchos documentos, se hallaba el testimonio del piloto portugués Nuno Da Silva al rey Felipe II de España.

En su relato, Da Silva describió su viaje junto a Francis Drake, después de ser secuestrado por este en el archipiélago de Cabo Verde para revelar la ruta por el Estrecho de Magallanes, que era mantenida como secreto de Estado por los españoles. Por supuesto, el secreto había dejado de serlo, al menos entre los marinos ibéricos. No olvidemos que la expedición de Magallanes estuvo compuesta no solo por españoles sino también por portugueses, italianos y griegos. En cualquier caso, Da Silva acompañó a Drake de 1547 a 1579, guiándolo hasta el océano Pacífico, donde fue liberado en el puerto mexicano de Huatulco. De allí fue llevado a Ciudad de México, donde fue interrogado primero por las autoridades virreinales, y luego por la Inquisición, donde prestó su primer testimonio. Al regresar a España dos años después, prestó un segundo testimonio en Sevilla y finalmente fue citado por el rey, quien lo perdonó de los cargos que había enfrentado.

¿Quién fue Nuno da Silva y por qué fue clave para el éxito de la misión de Francis Drake en el Nuevo Mundo?

Nuno Da Silva fue un piloto de barco portugués que, en 1580, tras la unión de las coronas ibéricas, pasó a ser súbdito de la dinastía de los Habsburgo, que ya gobernaba los reinos de Castilla y Aragón. La figura de Da Silva nos recuerda la importancia de los pilotos de barcos durante el periodo moderno temprano. Estos hombres, situados en la encrucijada del conocimiento artesanal, la experiencia empírica y la comprensión teórica del mundo natural, eran expertos en corrientes oceánicas, navegación, cartografía, matemáticas y astronomía. Fueron cruciales para sentar las bases de la realidad global moderna, donde las comunicaciones oceánicas son decisi-

vas para el dominio y el comercio global. Como hábil navegante, heredero de la tradición de los exploradores portugueses, Da Silva conocía bien las costas americanas de Brasil y la Patagonia. Esta pericia le hizo capaz de guiar un barco hasta el Estrecho de Magallanes, al que Francis Drake no sabía llegar.

¿Tuvo algo que ver el hecho de que Da Silva fuera portugués en un momento en el que España y Portugal formaban parte de la Corona hispánica con Felipe II con la «traición» que supuestamente cometió?

Con esta pregunta tocamos uno de los puntos más intrigantes y misteriosos del libro. De hecho, después de la anexión de Portugal a los dominios de la Corona de los Habsburgo, muchos portugueses permanecieron leales a la dinastía lusitana anterior, la Casa de Avís, cuyo pretendiente, Antonio, prior de Crato, había huido a Inglaterra. No olvidemos que a pesar de las nuevas divisiones religiosas, la alianza militar entre ingleses y portugueses siguió (y sigue) siendo la más antigua vigente en Europa. No tenemos confirmación de un posible acuerdo entre Da Silva y Drake, aunque hay fuentes que atestiguan la presencia de Drake en Lisboa antes del viaje que desembocó en el secuestro, con el objetivo de obtener cartas náuticas de cartógrafos portugueses. Fue la erudita inglesa Zelia Nuttall, a principios del siglo XX, quien sugirió la posibilidad de que tras su cautiverio y liberación, en la década de 1580, Da Silva regresara a Inglaterra para seguir operando como corsario junto a Drake. Si esto fuera cierto, sugeriría que los dos estaban, de hecho, de acuerdo, y que el supuesto secuestro en Cabo Verde era simplemente una tapadera para justificar la presencia de Da Silva con el corsario ante las autoridades españolas.

> «Los ecos de las hazañas de Drake, que fue muy popular en su época, se pueden encontrar incluso en las obras de Shakespeare»

Como ocurre con cualquier personaje histórico relevante, en relación con Drake el mito a veces se confunde con la realidad. ¿Cuál es la mayor falsedad que han mantenido los historiadores sobre el corsario inglés?

Es difícil decirlo, ya que depende en gran medida de los supuestos ideológicos y los antecedentes culturales de los que proviene un historiador. En las últimas décadas, la representación romántica y heroica de exploradores y aventureros de principios de la era moderna ha sido reinterpretada a través de la lente de perspectivas históricas poscoloniales. Hablando de Drake, si tuviera que señalar una distorsión histórica que aún prevalece en su interpretación, diría que es la excesiva dependencia de fuentes anglófonas. Esto corre el riesgo de eclipsar el vasto conjunto de documentos sobre él producidos en el mundo ibérico, como lo demuestra la colección de fuentes compiladas por nada menos que una historiadora inglesa, Zelia Nuttall, en *New Light on Drake* (1914).

¿Y la razón de que casi cinco siglos después en Inglaterra todavía exista un gran fervor hacia Francis Drake?

Para responder a esto, debemos considerar que Drake fue una figura increíblemente popular, incluso en términos mediáticos, durante la época en que vivió y llevó a cabo sus hazañas, cuyos ecos se pueden encontrar incluso en las obras de Shakespeare, cuyo teatro se llamó «Globe» (no es casualidad que lleve el nombre del mundo que Drake circunnavegó). El corsario de la reina es, en cierto modo, un precursor de la supremacía marítima inglesa y del Imperio británico, que alcanzó su apogeo entre los siglos XIX y XX. Si bien ciertos legados están siendo ahora reconsiderados a la luz de nuevos paradigmas históricos, al nivel de la imaginación popular aún tienen raíces profundas. Probablemente esta sea la razón por la que la imagen de Drake sigue provocando emociones incluso hoy en día.

Por otro lado, en países como España, el corsario inglés era sinónimo de monstruo, e incluso se amenazaba a los niños con su llegada si se portaban mal. ¿Cómo pudo haber una visión tan diametralmente opuesta de la misma persona?

Creo que la razón de tal diferencia en las percepciones de Drake en diversos contextos nacionales radica precisamente en el aura de mitologización que lo ha rodeado, y que los historiadores deben trabajar para analizar. Incluso el imaginario colectivo sobre la historia es un fenómeno cultural arraigado en un periodo histórico específico y, como tal, no debe ser descartado, sino más bien comprendido y analizado por los propios historiadores. Esto es particularmente cierto en el caso de dos países como España e Inglaterra, cuya antigua rivalidad se ha vuelto, en

cierto modo, proverbial y paradigmática. Es natural que estas dos naciones, que se alternaron, podríamos decir, en el papel de superpotencia global durante el periodo moderno temprano, hayan arraigado imágenes absolutistas y simbólicas de figuras tan icónicas como Francis Drake.

La misión de atacar al Imperio español en el Pacífico era arriesgada y temeraria, ¿por qué se eligió a Francis Drake para comandarla?
Ante todo, Francis Drake era un hábil marinero, que había aprendido a navegar en el océano en viajes a África y más tarde al Caribe. En segundo lugar, albergaba un rencor personal contra España tras las duras derrotas que sufrió en San Juan de Ulúa y Nombre de Dios, lo que le dio un motivo particular para vengarse. Por último, no hay que subestimar sus cualidades personales de valentía y audacia, que evidentemente le convertían en la persona idónea para la tarea. Si, como no es imposible suponer, existió un acuerdo previo con Nuno Da Silva, entonces nadie más que él podría haber emprendido la misión.

Era un experimentado marinero que comenzó su carrera a los 13 años. Cuando se enfrentó a los españoles era un auténtico «terror de los mares». ¿Había algún marinero español que estuviera a su nivel al frente de una flota?
En la época de Drake, España y Portugal contaban con muchos marineros, pilotos de barco y gente de mar altamente cualificados. No se trata de determinar quién fue el mejor, ya que todos estaban comprometidos en el mismo esfuerzo por explorar el mundo y darlo a conocer tal y como lo conocemos hoy. Eran matemáticos, cosmógrafos, cartógrafos y pilotos, funciones que se superponían, al menos parcialmente, en las habilidades necesarias para la navegación. Pensemos en el matemático Andrés de San Martín, que acompañó a Magallanes 50 años antes, o, más recientemente, en Pedro Sarmiento de Gamboa, Álvaro de Mendaña o Andrés de Urdaneta. La lista podría ser mucho más larga. En realidad, Drake carecía de algunos de los conocimientos geográficos que ya poseían los marineros ibéricos, tanto portugueses como españoles, así como italianos. De hecho, Drake estaba tratando de compensar el retraso inglés en la navegación oceánica en comparación con los europeos del sur.

¿Qué papel jugó Drake en la derrota de la Armada Invencible, nombre con el que siglos más tarde sería bautizada la «Grande y Felicísima Armada» que Felipe II envió contra Inglaterra?
El papel de Drake en la marina inglesa durante el intento de invasión española de 1588 es un tema historiográfico bien conocido, aunque debatido. Nombrado vicealmirante de la flota inglesa, el resultado del épico enfrentamiento estaba lejos de ser seguro, con suerte alternando entre los dos contendientes hasta el final. La compleja operación española nunca enfrentó una derrota total, pero resultó demasiado complicada, frente a la resistencia inglesa, para completarse con éxito. Creo que el aspecto más interesante es cómo se utilizó ese éxito inglés tan reñido con fines propagandísticos y cómo, incluso a día de hoy, se lo ve a través de una lente propagandística con distorsión histórica, como un momento de triunfo inglés y de decadencia española.

¿Qué diferenciaba a los «Sea Dogs» de otro tipo de «piratas»?
Los «Sea Dogs» (Lobos de Mar) eran corsarios y, como tales, actuaron legítimamente, bajo autorización real, para hacer la guerra contra una potencia enemiga en nombre de la Armada oficial estable. Su compensación era una parte de lo que podían arrebatar al enemigo, mientras que otra parte iría a parar a la Corona. Un corsario se acerca más al concepto de mercenario, pero existen distinciones. Mientras que un mercenario es libre de luchar por el mejor postor, sea quien sea, un corsario tiene una relación específica y exclusiva con la autoridad a la que sirve, en este caso Inglaterra. Un pirata, en cambio, era alguien que actuaba de forma totalmente independiente, sin lealtad a ninguna autoridad legalmente reconocida. Dicho esto, por citar parcialmente una famosa frase de Goethe, incluso la piratería «está en los ojos de quien mira». Drake era un corsario, pero a los ojos de sus enemigos, ciertamente se le consideraba un pirata, alguien que operaba al margen de cualquier ley o legitimidad.

¿En qué medida la Leyenda Negra forjada contra España ha contribuido a «blanquear» la figura de Drake y sus actos de pillaje?
Ese análisis historiográfico requeriría un libro completo. El mundo en el que vivimos ha sido moldeado por al menos dos siglos de hegemonía económica y militar angloparlante, primero británica y luego estadounidense, un fenómeno que ha dado a los académicos angloamericanos una enorme influencia. La Leyenda Negra de la España imperial es producto y legado de esta hegemonía, que solo recientemente ha comenzado a

EL AUTOR

David Salomoni es profesor de la Universidad para Extranjeros de Siena. Trabajó en la Universidad de Lisboa y en 2022 fue «Berenson Fellow» en el Centro de Estudios del Renacimiento Italiano de la Universidad de Harvard en Villa I Tatti. Autor de *Magellano. Il primo viaggio interno al mondo* (2022), acaba de publicar el revelador ensayo *Francis Drake. El corsario que desafió a un imperio*, editado en castellano por Editorial Crítica, y sobre el que hablamos con él.

ASC

reconocer los crímenes cometidos por el imperialismo británico y estadounidense. La figura de Drake, vista como precursora de la talasocracia anglosajona, ha seguido esta trayectoria, y sus hazañas han sido interpretadas en consecuencia: primero como un héroe y después como un antihéroe.

Drake era ciertamente ambicioso, pero ¿era también un fanático? ¿Consideró su lucha contra el Imperio español una especie de cruzada religiosa?

Sí y no. Lo que hoy podemos considerar fácil y correctamente fanatismo religioso fue algo bastante extendido a principios del periodo moderno, particularmente a finales del siglo XVI y principios del XVII. En aquel momento, el trauma causado por la ruptura de la unidad religiosa europea estaba en su punto máximo, y los conflictos políticos se superponían a los religiosos de una manera que, para la gente de la época, no parecía forzada. Había tensiones de fanatismo religioso en ambos lados de las barricadas, y lo que un lado consideraba herético era visto de manera igualmente opuesta y simétrica por otro. En este sentido, Drake era un fanático y para él el éxito militar y económico coincidía con el religioso. Sin embargo, los mismos principios se aplicaron del lado católico. Por ejemplo, los marineros españoles que habían sido prisioneros de Drake podían correr el riesgo de ser acusados de herejía por la Inquisición por haber escuchado a los ingleses recitar sus oraciones.

¿Cómo fue posible que un estado insular periférico liderado por una mujer en la que muchos de sus súbditos no confiaban y que no tenía grandes conocimientos militares, pusiera contra las cuerdas al todopoderoso Imperio español de Felipe II en cuyos dominios «no se ponía el sol»?

Creo solo hoy podemos plantear la pregunta en estos términos sabiendo cómo se desarrollaron las cosas después. Para los contemporáneos de Drake, la reina Isabel I y Felipe II, los acontecimientos probablemente se percibieron de manera muy diferente. Los éxitos ingleses contra los españoles fueron sin duda formidables, pero inmediatamente después no fueron suficientes para socavar el poder militar de España o su hegemonía global. España seguiría siendo la potencia global dominante durante décadas, y no fue hasta el siglo XVII que surgieron nuevos actores, como Inglaterra y los Países Bajos, para competir por una parte del «pastel global». Las victorias inglesas fueron el resultado de una combinación de condiciones favorables, algunas estructurales, como la fuerte convicción ideológica de que luchaban por una causa justa de carácter religioso, donde incluso su desventaja económica y demográfica podía servir como fuerza unificadora ideal. Pero también hubo factores aleatorios y ambientales, como el carácter insular de Inglaterra o el mal tiempo que azotó a la flota española. Los éxitos ingleses fueron signos precursores de un futuro ascenso, pero España seguía siendo la gran potencia a batir.

¿Cómo fueron los últimos años de la vida del corsario?

En 1589, la reina Isabel I encargó a Drake localizar y destruir los barcos restantes de la Armada española y ayudar a los rebeldes portugueses en Lisboa contra la ocupación española, sin embargo, Drake regresó derrotado y pasó los años siguientes cumpliendo sus deberes como alcalde de Plymouth. Posteriormente, se embarcó en una larga y desafortunada campaña contra las colonias españolas en América, junto a su primo John Hawkins, sufriendo una serie de derrotas.

El golpe final se produjo durante un ataque a Puerto Rico, donde una bala de cañón disparada desde la fortaleza de San Felipe del Morro impactó en la cubierta de su barco, aunque Drake sobrevivió por poco. A mediados de enero de 1596, Drake sucumbió a la disentería cuando tenía casi 56 años mientras estaba anclado en la bahía de Portobello. Fue enterrado en el mar con su armadura, como había pedido. En su testamento, estipuló que una gran parte de su riqueza personal se la dejaría a los pobres de Plymouth. MH

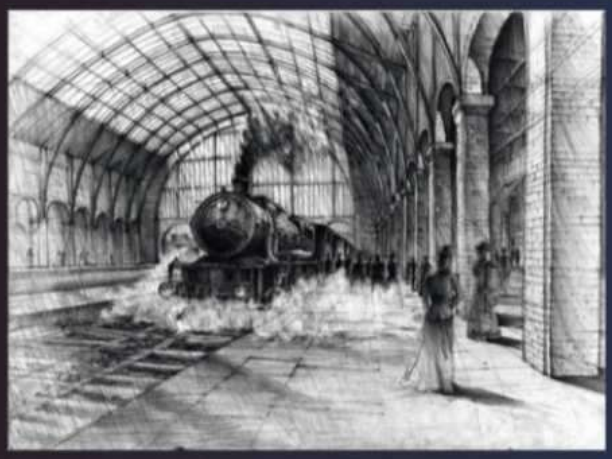
La reina Victoria. Retrato de 1880, cuando llevaba 43 años siendo reina de Inglaterra, solo tres emperatriz de la India y 19 viuda. Vestida de riguroso negro, lleva la estrella y la cinta de la Orden de la Jarretera.

GETTY

LUCES Y SOMBRAS DE UNA ÉPOCA

Victoria I reinó más de sesenta años, durante los cuales el Reino Unido se convirtió en la indiscutible primera potencia mundial. El país vivió una intensa industrialización, creció el proletariado y la clase media, los avances científicos y técnicos fueron constantes y todo ello fue acompañado de una imparable expansión colonial. Pero no todo fueron luces. El problema irlandés, la explotación infantil, el infravalorado papel de la mujer en la sociedad o las infames condiciones de trabajo de los obreros son algunas de las sombras de la era victoriana.

JAVIER DIÉGUEZ SUÁREZ
Historiador y escritor



Llega el ferrocarril. Un tren entrando en la estación de King's Cross, Londres, por Krystian Wozniak.

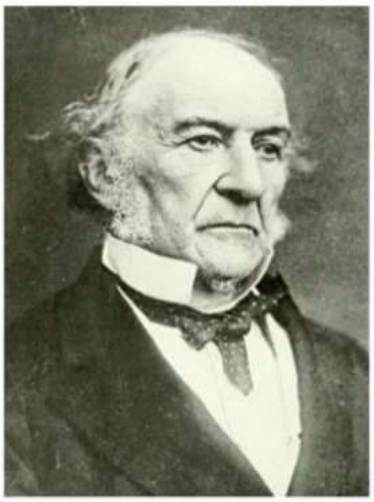
Cuando la reina Victoria llevaba casi sesenta años en el trono quiso conocer en persona a una mujer, extranjera, que por aquellos días estaba de visita en Londres. El encuentro tuvo lugar en el Palacio de Buckingham en 1896. La afortunada no poseía título nobiliario alguno; es más, era de Estados Unidos, un país aún joven que por aquel entonces no había accedido al rango de gran potencia. Por si fuera poco, la reina británica seguro que recordaba la brutal Guerra de Secesión americana, que había desgarrado a la incipiente nación treinta años atrás.

El simple hecho de que una mujer americana estuviera realizando un viaje de placer por Europa era de por sí, para la mentalidad británica de la época, un acontecimiento realmente asombroso y extravagante. ¿Qué interés motivaba entonces que la todopoderosa Victoria I recibiera a aquella mujer? En cierto modo, la monarca que daría nombre a toda una era y la ingeniera estadounidense Emily Warren Roebling personificaban las luces y las sombras de Europa y América en los albores del siglo XX. Visto el encuentro con perspectiva histórica, aquellas dos mujeres representaban dos épocas y dos sociedades cada vez más distintas: una que iniciaba su lento ocaso y otra que recién empezaba a despuntar.

DESARROLLO ECONÓMICO

Durante los años de su largo reinado, entre 1837 y 1901, Victoria I restauró e incluso elevó hasta cotas nunca alcanzadas el prestigio de la monarquía, lo que contribuyó a que el Reino Unido fuera la indiscutible primera potencia mundial. Esos años, además, estuvieron marcados por la estabilidad

política, el auge de la revolución industrial, el desarrollo económico, una acelerada urbanización y la expansión de los territorios coloniales británicos. De hecho, en esos poco más de sesenta años, la Inglaterra victoriana pasó de ser un país eminentemente agrario y rural a convertirse en una nación profundamente industrializada y urbana. El estatus de Gran Bretaña como potencia política mundial se vio reforzado por una economía fuerte, que creció rápidamente entre 1820 y 1873. Este medio siglo de crecimiento fue seguido por una depresión económica y, desde 1896 hasta 1914, por una modesta recuperación.



ASC

Primeros ministros. De izda. a dcha., el conservador Benjamin Disraeli y el liberal William Ewart Gladstone.

Con las primeras fases de industrialización terminadas hacia 1840, la economía británica se expandió. Gran Bretaña fue testigo de una gran sacudida de cambio tanto en la economía como en la sociedad. Esto se vio en la organización y las finanzas de la industria y el comercio; las habilidades y prácticas laborales de la producción y la tecnología; el crecimiento masivo de la población y la urbanización, y el desarrollo y disciplinamiento del trabajo. Además, se mejoraron enormemente los transportes por canales, ríos, carreteras y mar. A partir de la década de 1840, los ferrocarriles revolucionaron la velocidad de las comunicaciones y el transporte de pasajeros y, más gradualmente, el transporte de mercancías. El éxito de la economía se apoyó en bases mucho más amplias en la década de 1840 con la expansión de las redes ferroviarias, primero en el país y luego en el extranjero.

El papel del gobierno tanto a nivel nacional como local se transformó considerablemente. El

ALBUM

Revolución industrial. Grabado de 1830 que recrea una fábrica de gas a orillas del Regent's Canal, en Londres.

dinamismo de la economía pasó firmemente de la agricultura a la industria y al comercio. Algunas regiones, en particular las zonas de yacimientos de carbón, se industrializaron rápidamente; otras vieron un cambio revolucionario centrado en el desarrollo del comercio y la construcción de barcos en las ciudades portuarias.

A mediados del XIX, la industrialización había alterado la vida de las mujeres y los niños tanto como la de los hombres. Las ideas de género y etnia, así como de clase, habían cambiado. La industrialización había afectado al consumo y al comercio tanto como a la industria, y tanto al ocio como al trabajo. Implicó cambios en motivaciones, aspiraciones, ideologías y estéticas.

En lo económico, el país trataba de importar directamente de sus colonias de ultramar las materias primas que necesitaba, mientras exportaba sus excedentes textiles y metalúrgicos. La banca inglesa, además, se benefició de esa segunda etapa de la revolución industrial en que estaba sumido el país y multiplicó sus activos, sobre todo gracias a los préstamos a los grandes industriales. Así, el Banco de Inglaterra se convirtió en el mayor banco del mundo y la libra esterlina en la divisa internacional de referencia. Su rapidísima expansión económica vino fundamentalmente de la mano de industrias como las del textil, el hierro, el acero y el carbón. No solo los productos británicos, sino también los barcos británicos, el capital británico y las instituciones financieras británicas dominaban el comercio mundial.

LA POLÍTICA VICTORIANA

Una de las claves de la grandeza de la era victoriana radicó en su inalterable estabilidad política. La reina Victoria tuvo muy claro que reinaba, pero no gobernaba. La relación personal que mantuvo con los diferentes primeros ministros de Gran Bretaña durante su reinado no fue siempre cordial, aunque en todo momento supo preservar la imagen pública de neutralidad que debía guardar la monarquía, y con ello consolidó definitiva-

Una de las claves de la grandeza de la era victoriana radicó en su estabilidad política

LA GRAN EXPOSICIÓN DE 1851

Concebida para mostrar el progreso industrial de todo el mundo y promovida por el príncipe Alberto, fue la primera Exposición Universal, todo un acontecimiento internacional que marcó el pico del dominio económico británico. En ella se pudieron ver los frutos de la creciente industrialización y de la ilimitada imaginación humana —maquinaria, productos manufacturados, esculturas, materias primas...—, y el lugar en el que se vieron, el Crystal Palace, fue a su vez un gran avance, un monumental y visionario logro arquitectónico construido en Hyde Park. No pudo haber mejor escaparate para una Gran Bretaña que dominaba el comercio mundial (lo haría durante algunas décadas del siglo) con sus manufacturas. Pero el efecto de la Gran Exposición tuvo sus límites y el crecimiento de la economía británica se desaceleró desde la década de 1870.

En algunas industrias británicas, sobre todo en la textil, se produjeron cambios masivos —tecnológicos y organizativos— que provocaron un crecimiento espectacular de la productividad. La mayoría de los artículos fabricados en serie se produjeron de manera más eficiente y competitiva en Gran Bretaña que en cualquier otro lugar y, además, tenían el poder comercial, financiero y político para superar a sus rivales nacionales y extranjeros. Ningún otro país pudo competir al principio, por lo que Gran Bretaña se convirtió en el taller del mundo. Esto fue así, aunque no se puede exagerar el alcance de la transformación: en muchos sectores y regiones del país, este cambio fue lento o menor. Creció el número de grandes empresas con miles de trabajadores que empleaban maquinaria motorizada, pero fueron aún excepciones (incluso en la fabricación de algodón): la mayoría de los trabajadores de las empresas típicas de mediados de siglo no eran operarios de máquinas. Gran parte de la industria siguió siendo de pequeña escala e intensiva en mano de obra, orientada hacia mercados de nicho más que de masas. Es más, proliferaron talleres no regulados y callejeros con mano de obra femenina o infantil barata, así como pequeñas empresas familiares. Es cierto que creció la demanda de otras naciones industrializadas y que se amplió la gama de manufacturas británicas, sobre todo del hierro, el acero y la ingeniería, pero otros países, como Alemania y EE. UU., estaban alcanzando a Gran Bretaña, ya que disponían de suministros de energía y materias primas más abundantes y baratos. Además, los ferrocarriles pronto abrirían los grandes graneros del mundo en Rusia y América del Norte, inundando Europa con su grano barato.

GETTY

GETTY

Sin pausa. Arriba, una fotografía de finales del XIX muestra el tráfico en la ciudad de Londres; abajo, obreros trabajando en una fábrica de mantas en Oxfordshire.

mente el prestigio del régimen constitucional —y monárquico— del país.

Bajo su largo reinado se sucedieron casi una decena de primeros ministros, algunos tan destacados como Robert Peel, lord Palmerstone o lord Salisbury, aunque sin duda los más brillantes y recordados fueron el conservador Benjamin Disraeli y el liberal William Gladstone. De hecho, la rivalidad política entre ambos dominó la política británica durante decenios, y para muchos representan el nacimiento de la política moderna.

Durante los años treinta y cuarenta se produjo la gran expansión del ferrocarril británico

Gladstone y Disraeli eran muy distintos: el primero era de carácter fuerte, muy religioso, serio e idealista (solía ir al encuentro de prostitutas, con las que conversaba para 'redimirlas'), mientras que el segundo, el único primer ministro de origen judío que ha tenido el Reino Unido hasta la fecha, era más bien extravagante, cínico y no demasiado religioso. Ambos, a pesar de su férrea rivalidad política, impulsaron sucesivas ampliaciones del sufragio e idearon campañas electorales de nuevo cuño, precedentes de las modernas. La Campaña Midlothian de 1879, por ejemplo, llevó a Gladstone a recorrer ciudades y villas británicas durante dos semanas, acompañando sus mítines de espectáculos de baile y eventos deportivos. Disraeli, por su parte, trató con cierto éxito de adaptar su discurso conservador a las necesidades de la clase trabajadora, tratando así de atraer el voto de los obreros y de los sectores más desfavorecidos de la sociedad hacia su partido.

LA ERA DE LAS LUCES

Impulsada por la estabilidad política, la era victoriana significó un momento histórico en el que se produjeron importantísimos avances en el Reino Unido, en casi todos los ámbitos.

En 1839 se inventó la fotografía y, de hecho, fueron los victorianos los primeros en tener algún que otro retrato fotográfico en sus salones. También fue la época en la que se extendió el alumbrado a gas en edificios públicos, calles y domicilios. Las bicicletas empezaron a utilizarse allá por 1870, aunque no fue hasta la década de los ochenta que ganaron popularidad, mientras que los primeros automóviles hicieron su aparición a mediados de la misma década. Durante los años treinta y cuarenta se produjo la gran expansión del ferrocarril británico con la construcción de miles de kilómetros de vías férreas que vertebraron el país, lo que permitió que tanto las familias adineradas como las más humildes pudieran viajar del campo a la ciudad y del interior a la costa en tren, dado lo asequible de los billetes.

En el ámbito laboral se produjeron avances que dignificaron las miserables condiciones en las que trabajaban los obreros británicos, como el establecimiento de la jornada laboral de diez horas en 1847, el reconocimiento de los sindicatos obreros en 1871 o el del derecho de huelga en 1875.

En 1845 se promulgó la ley que permitía a los gobiernos locales crear bibliotecas gratuitas, lo que posibilitó que en pocas décadas la inmensa

GETTY

Movimientos sociales. Imagen de una reunión en St. James's Hall (Londres) para promover el sufragio femenino.

mayoría de grandes ciudades del Reino Unido disfrutaran de bibliotecas a disposición de sus ciudadanos. Además, en1870 se aprobó la importantísima Ley de Educación Primaria Forster, origen del actual sistema educativo británico y al amparo de la cual se crearon escuelas primarias no confesionales y gratuitas por todo Reino Unido, a las que debían asistir obligatoriamente los menores de trece años. Y, con el acceso universal a la educación primaria y la alfabetización masiva de las nuevas generaciones, se popularizaron la prensa y la literatura de autores británicos de la época como Oscar Wilde, Charles Dickens o las hermanas Brontë. La literatura fue uno de los pocos ámbitos de la cultura en el que las mujeres gozaron de alguna presencia. En este sentido, se avanzó en el derecho al sufragio, aunque a finales del reinado de Victoria I las mujeres aún no tenían reconocido el suyo. Las reformas electorales de 1832, 1867 y 1884 extendieron cada vez más el derecho al voto y fueron una de las causas que explican que en el Reino Unido no se produjeran estallidos revolucionarios de aspiraciones liberales como los que sacudieron buena parte de Europa en 1830 y 1848.

LA EXPANSIÓN COLONIAL

La era victoriana fue también la época de máxima expansión territorial del Imperio británico. De hecho, su política exterior estuvo marcada por la doctrina del 'espléndido aislamiento', que consistía en evitar alianzas permanentes con las demás potencias. Esta doctrina, llevada a su máxima expresión por primeros ministros conservadores como Benjamin Disraeli o lord Salisbury, defendía que un Imperio con unas fronteras tan extensas y unos intereses comerciales tan importantes y variados, hasta el punto de que su supervivencia dependía de asegurar las importaciones de materias primas para su galopante industria, no podía comprometerse con ningún otro país de igual a igual. Es decir, la política exterior del Imperio británico debía tener como único objetivo el tratar de consolidarse y mantenerse en esa posición, la de primer imperio o potencia mundial.

Parece evidente que la doctrina funcionó, al menos hasta la firma de la Entente Cordiale en 1904, ya que durante toda la época victoriana el Imperio británico amplió sin cesar sus territorios coloniales. En Asia los ingleses arrebataron Hong Kong a China tras la Guerra del Opio, consolidaron su dominio en Birmania y Malaca y conquistaron Afganistán, mientras que en África se aseguraron en 1875 el control del Canal de Suez —construido entre 1859 y 1869—. El primer ministro Disraeli convenció a la reina Victoria de la necesidad de comprar las acciones sacadas a la venta por el pachá de Egipto, y con ello lograron el control de las rutas comerciales hacia la India. En 1882, Inglaterra ocupó militarmente Egipto, y la Convención de Constantinopla de 1888 declaró el canal zona neutral bajo protección británica. Además, se hicieron con el control de amplísimos territorios de Sudán, Zanzíbar, Rodesia del Sur (actual Zambeze), Somalia, Uganda y Kenia, mientras consolidaban su influencia en la zona de la actual Nigeria.

Pero, si bien, suele presentarse el colonialismo británico como expansión y dominación exitosa, a menudo se silencia que la internacionalización del comercio y el proteccionismo provocaron enormes hambrunas en los territorios coloniales, con varios millones de muertos. ESte capítulo queda magníficamente retratado en el libro *Los Holocaustos del fin de la era Victoriana: Las hambrunas de El Niño y la formación del Tercer Mundo (Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World)* de Mike Davis.

EL PROBLEMA IRLANDÉS

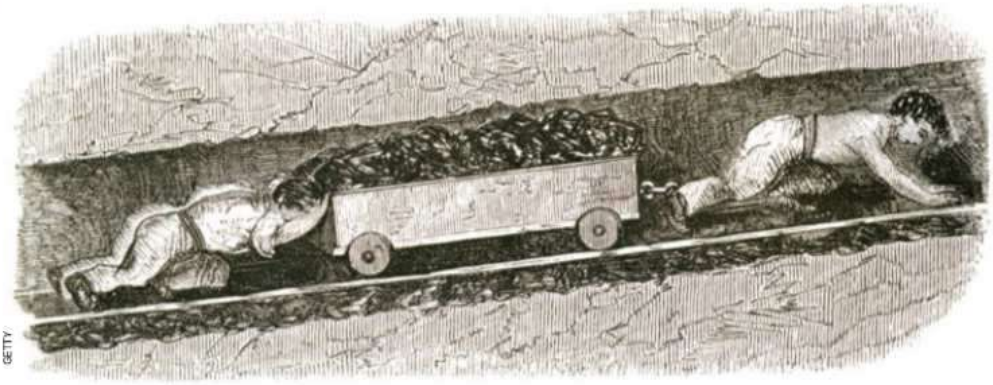
En Irlanda se localizó el principal problema colonial al que se enfrentó Gran Bretaña. Fue en 1800, con la aprobación del Acta de Unión, cuando se formalizó legalmente la unión de ambos reinos, aunque lo cierto es que durante todo el siglo XIX la mayoría de la población irlandesa estuvo imbuida de un fuerte nacionalismo de profundas raíces sociales, políticas y religiosas. El malestar irlandés se vio exacerbado tras la 'gran hambruna', la plaga que afectó a las cosechas de patatas y que condenó a millones de irlandeses a la muerte o la emigración. Desde entonces, el Imperio británico tuvo que enfrentarse a la oposición, tanto pacífica como armada, de prohombres políticos y de rebeldes irlandeses partidarios de la independencia. Fue el caso, por ejemplo, de Daniel O'Connell, más conocido como 'el libertador', y del movimiento feniano.

Irlanda se mantuvo bajo soberanía británica durante todo el reinado de Victoria I a pesar de las tensiones, pero estas se agudizaron durante el de su hijo Eduardo VII, desencadenando una guerra abierta que desembocó, finalmente, en la indepen-

LOS NUEVOS CONSUMIDORES

Sin duda, la demanda de productos alimentó la economía victoriana. Aunque las manufacturas británicas dominaban los mercados europeos y transatlánticos, fue el consumo interno el que proporcionó un cimiento seguro para la prosperidad que vivió Gran Bretaña a mediados de siglo. Esta demanda fue impulsada, por un lado, por la explosión demográfica —más ciudadanos, más consumidores— y, por otro, por el aumento de los ingresos, especialmente para las clases medias y los trabajadores con habilidades particulares, como la ingeniería. El aumento de las oportunidades de ganar un salario para mujeres y jóvenes impulsó el gasto familiar, especialmente en los distritos textiles y en las ciudades. Más personas compraban una mayor variedad de ropa, zapatos, artículos para el hogar; en su lista de la compra figuraban loza, cubiertos, espejos, libros, relojes, muebles, cortinas y ropa de cama, así como una gran variedad de artículos pequeños como hebillas, cintas, botones, cajas de rapé u otros artículos de lujo. Se compraba más cerveza, mantequilla, pan, leche, carne, verduras, frutas, pescado y todos los demás productos alimenticios, en lugar de fabricarlos o cultivarlos en casa. Esta «revolución del consumo» del periodo victoriano fue sin duda impulsada también por la emulación social. Cada clase social aspiraba a los hábitos y patrones de consumo de las superiores. En un periodo de cambio y transformación social, no hay duda de que la ropa, las pertenencias personales y el hogar eran formas importantes de comunicar la posición de uno en la sociedad. Las modas y los diseños en constante cambio también estimularon la demanda, mientras que las nuevas formas de marketing y venta minorista hicieron que los productos estuvieran más fácilmente disponibles para el consumidor. Esto se manifestó en el crecimiento de las tiendas —tanto en las ciudades como en los pueblos— y en el uso de escaparates en ellas, así como en el desarrollo de los grandes almacenes en las ciudades (desde la década de 1880) y en la extensión de la publicidad en periódicos y vallas. A las agresivas campañas publicitarias se unieron la imposición de precios fijos (se acabaron los regateos) y la posibilidad de devolución de los bienes defectuosos y del dinero.

ALBUM



GETTY

Sombras en el imperio. A la izda., la reina en una caricatura contra su política irlandesa titulada 'Muertes por la hambruna en Irlanda'. A la dcha., ilustración de dos niños trabajando en un pozo de carbón de Lancashire en el siglo XIX.

dencia de Irlanda, ya bajo el reinado de Jorge V. Apenas habían transcurrido veinte años desde el fallecimiento de su abuela Victoria.

LOS INEVITABLES Y PROFUNDOS CAMBIOS SOCIALES

A pesar de sus avances, la sociedad victoriana estaba lastrada por profundos contrastes y desigualdades. La cúspide de la pirámide social seguía estando ocupada por la nobleza, propietaria aún de enormes propiedades urbanas y rurales, aunque ahora debían compartir el poder con la alta burguesía capitalista, conformada en su mayoría por grandes inversores y dueños de fábricas.

La clase media, en aumento constante, la constituían profesionales liberales, comerciantes mayoristas y funcionarios de alto rango. Fue esta clase social la que asumió como propios los ideales victorianos ensalzados por la monarquía: sobriedad, discreción en las costumbres, devoción religiosa, exaltación del trabajo, conservadurismo.

La clase social más baja era la conformada por los trabajadores, sobre todo obreros fabriles, cada vez más numerosos a causa de la segunda ola de industrialización que se vivió durante el reinado de Victoria. Estos asalariados se habían ido agrupando en barrios de nueva construcción, ocupando edificios húmedos e insalubres en los que convivían bajo el mismo techo familias de muchos miembros en condiciones infames.

Friedrich Engels, el gran teórico del comunismo y del socialismo, era profundo conocedor de esta realidad, pues su padre era propietario de una importante fábrica textil en Manchester. En *La situación de la clase obrera en Inglaterra* afirmó que en Manchester, la segunda ciudad del Reino Unido y la primera ciudad industrial del mundo, vivían decenas de miles de personas en condiciones de hacinamiento, suciedad e insalubridad extremas, hasta el punto de describir algunos barrios de la ciudad, como el de Angel Meadow, como auténticos «infiernos en la tierra». Igual ocurría con muchos distritos de la metrópoli, como el de Seven Dials, una barriada obrera de Londres que, desde mediados del XIX hasta avanzado el XX, fue sinónimo de pobreza y delincuencia.

De hecho, la precariedad económica de estas familias era tal que muchos niños, hijos de familias obreras, acudían diariamente a trabajar en las fábricas. El trabajo infantil estaba a la orden del día, tanto que el gobierno tomó cartas en el asunto y en 1842 prohibió emplearlos en las minas y en 1878, mediante la Ley de Fábricas, prohibió trabajar a los menores de 10 años.

En cuanto a las mujeres, en una época en la que la familia era el eje central de la sociedad, se vieron relegadas al ámbito doméstico. Aquellas que deseaban o necesitaban trabajar solo podían hacerlo como sirvientas, comerciantes en tiendas minoristas, empleadas en las industrias del algodón y de la lana —muy importantes en zonas como Manchester, Lancashire o West Yorkshire— o, en el mejor de los casos, como maestras o institutrices.

Y, aunque hablamos de que las mujeres fueron relegadas, también hubo algunas que supieron abrirse hueco en un mundo de hombres. Una de ellas fue Emily Warren Roebling, ingeniera jefe del puente de Brooklyn, en Nueva York. Por supuesto, la reina quiso conocer a aquella mujer americana que había conseguido ponerse al mando en la construcción del puente más largo hasta la fecha. No hay nada que represente mejor las luces y las sombras de la época victoriana que su encuentro en el Palacio de Buckingham en aquel lejano año de 1896. MH

Winston Churchill. El político y futuro primer ministro británico (1940-1945 y 1951-1955), en un retrato coloreado de 1919.

GETTY

CHURCHILL

EL HOMBRE DETRÁS DEL HÉROE

Testarudo, de espíritu indomable y peculiar sentido del humor, antes de ser el estadista de profundas contradicciones que ha pasado a la historia, Winston Churchill fue oficial de Ejército británico, periodista y corresponsal de guerra, escritor, historiador autodidacta y pintor. Con su ceño fruncido, su puro siempre en la mano y su saludo con la V de Victoria, llegó a personificar el esfuerzo bélico británico. Es considerado una de las figuras más importantes del siglo XX.

CRISTINA ENRÍQUEZ
Periodista

Político de carrera y controvertido parlamentario, Winston Churchill se enfrentó al mayor desafío del siglo XX cuando fue nombrado primer ministro en mayo de 1940. Cuando la mayoría de aristócratas clamaban por sellar *in extremis* la paz con Hitler, el premier, con una perseverancia que rozaba la temeridad, no claudicó ante las pretensiones expansionistas de Alemania. Su tesón y persuasión a la hora de convencer a Estados Unidos para entrar en la contienda serían un punto de inflexión a la hora de derrotar al Tercer Reich. Partidario del espionaje y la llamada «guerra secreta», no dudó en armar a ejércitos clandestinos para contrarrestar a la fuerza más letal conocida por la Historia.

Individuo complejo y provocador nato, amado y odiado a partes iguales por su pueblo, Churchill fue un estadista todoterreno que, además de militar y político (tenaz y obcecado, tanto que a veces desafiaba a su propio partido, el conservador, aprobando leyes progresistas), fue ensayista, crítico literario e historiador, y realizó un monumental compendio de los hechos acaecidos en la Segunda Guerra Mundial —desde el punto de vista de los vencedores, claro—, por el que sería galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1953. Y a pesar de las múltiples sombras que jalonan su carrera militar y política, el líder inglés sería el principal azote del nazismo.

INFANCIA Y CARRERA MILITAR

Winston Leonard Spencer-Churchill nació el día de San Andrés, el 30 de noviembre de 1874, en el Palacio de Blenheim, en Oxfordshire, Inglaterra. Allí vivía su abuelo, el séptimo duque de Marlborough. Y es que, por parte de padre, el carismático político conservador (ministro de Hacienda de Reino Unido en 1886) Lord Randolph Henry Spencer-Churchill, pertenecía a la aristocracia pues descendía directamente de John Churchill, primer duque de Marlborough, el héroe de las guerras contra Luis XIV de Francia a principios del siglo XVIII. En cuanto a su madre, era la bella Jennie Jerome, nacida en Estados Unidos, hija del corredor de bolsa, financiero, propietario de un periódico de Nueva York y aficionado a las carreras de caballos, Leonard W. Jerome. Fue una destacada *socialite* británica. Winston tuvo un hermano menor (nacido en 1880), John Strange Spencer-Churchill, conocido como Jack, que fue Mayor del Ejército Británico.

Sus padres fueron distantes con él y Winston vivió una infancia infeliz, redimida solo por el afecto de la señora Everest, su devota niñera. La mayor

GETTY

La bella Jennie Jerome, su madre. Fotografía de Winston a los 10 años (dcha.) junto a su madre, lady Randolph Churchill, y su hermano menor, John (izda.).

parte del tiempo estuvo en internados escolares. Fue enviado a St George's, cerca de Ascot, Berkshire, y a Brighton antes de acabar en abril de 1888 en la Harrow School. Aunque era voluntarioso, desde pequeño mostró un fuerte temperamento y una personalidad difícil que chocaba con la disciplina escolar. Destacaba únicamente en matemáticas, historia y esgrima, deporte del que fue campeón de la escuela. De todos modos, apuntaba maneras, pues a los diecisiete años, estando en la Harrow School, le dijo a su amigo Murland Evans que tenía sueños sobre el futuro: «Te digo que estaré al mando de las defensas de Londres... En la alta posición que ocuparé, me corresponderá salvar la Capital y salvar el Imperio». También en estos años diría: «Todos somos gusanos, pero creo que yo soy una luciérnaga».

Su notablemente pobre expediente académico en Harrow hizo que no se le considerara lo suficientemente inteligente como para ir a la universidad y justificó la decisión de su padre de inscribirlo en la carrera militar. Hasta el tercer intento no logró aprobar el examen de ingreso al Royal Military College, hoy Academia, Sandhurst, pero, una vez allí, se esforzó y se graduó —en el puesto 20 de una clase de 130— en diciembre de 1894.

La muerte de su padre el 24 de enero de 1895, con tan solo cuarenta y cinco años, y antes de que Winston pudiera demostrar su valía a su padre, tuvo claramente un profundo efecto en el joven. Solo un mes después, se convirtió en oficial de caballería del 4.º Regimiento de Húsares de la Reina, como segundo teniente. Sin embargo, todos los historiadores coinciden en que, desde el principio su mente estaba puesta en seguir los pasos de su padre en la política, para lo que necesitaba fama y fortuna. En los siguientes años, su nombre comenzó a ser popular por sus crónicas desde el frente de batalla en Cuba, la India y Sudán, pero lo que le brindó mayor notoriedad fueron sus acciones en la Guerra.

En noviembre de 1895, Churchill logró que lo destinaran a Cuba como observador. Allí pasó un par de meses de permiso informando y escribiendo artículos sobre la guerra de independencia cubana de España. Era su primer destino como corresponsal de guerra financiado por el periódico londinense *The Daily Graphic*. También fue en Cuba donde refinó por primera vez su conocido gusto por los buenos puros cubanos. Estuvo destinado en las fuerzas españolas como observador, pero sus escritos revelan considerables simpatías hacia los rebeldes cubanos.

En 1896 su regimiento fue enviado a la India, donde prestó servicio como soldado y periodista en la Frontera Noroeste. Sus despachos atrajeron tanta atención que lo lanzaron a la carrera de escritor. Publica su primer libro, *The Story of the Malakand Field Force: An Episode of Frontier War,* el 14 de marzo de 1898; en él describe su estancia en la Frontera del Noroeste como parte de una campaña militar del ejército británico en lo que hoy es el oeste de Pakistán y el este de Afganistán.

A los 25 años, pudo utilizar su fama de escritor para conseguir ser enviado a la guerra de Sudáfrica como corresponsal de guerra del londinense *The Morning Post*. En noviembre de ese mismo año fue de patrulla con el ejército británico a bordo de un tren y se vio envuelto en una emboscada. Los bóers lo tomaron prisionero y, en la noche del 12 al 13 de diciembre, saltó la valla del campo de prisioneros cuando los guardias le dieron la espalda. Recorrió 480 km hasta alcanzar la bahía de Delagoa y logró llegar a Durban.

UN JOVEN POLÍTICO

Al regresar a Gran Bretaña como un héroe militar, se presentó como candidato por Oldham en las Elecciones de 1900. El lunes 1 de octubre de ese año Churchill fue elegido por primera vez por este distrito electoral, por el que se presentó entre 1900 y 1906. El electorado favorecía la política

Al regresar de Sudáfrica convertido en un héroe militar, **se presentó como candidato para Oldham** en las elecciones de 1900. Fue elegido por primera vez

conservadora de proteccionismo, que abogaba por la imposición de aranceles sobre los textiles extranjeros baratos.

Por fin estaba en el Parlamento. Comenzaba una carrera parlamentaria que abarcó 64 años y en la que representó a cinco distritos electorales y sirvió bajo el mando de trece primeros ministros.

Inició una gira por Reino Unido, Estados Unidos y Canadá, dando conferencias y discursos que le reportaron buenos beneficios. En Norteamérica estaría del 8 de diciembre de 1900 al 2 de febrero de 1901. Fortalecido por las 10 000 libras que sus escritos y giras de conferencias le habían hecho ganar y catapultado a la fama mundial por su heroica huida del campo de prisioneros de guerra de los bóers en Sudáfrica en 1899, estaba en posición de abrirse camino en la política. Regreso a Gran Bretaña el 10 de febrero de 1901 y enseguida ocupó su asiento en la Cámara de los Comunes, donde su discurso inaugural obtuvo una amplia cobertura de prensa.

Se asoció con un grupo de conservadores conocido como los Hughligans, pero fue crítico con el gobierno conservador en varios temas, especialmente en la forma de financiación del ejército. Por esto se enfrentó a la mayoría de su partido. Comenzaba así su oposición al partido conservador y su viraje hacia el Partido Liberal, en el que continuó haciendo campaña para eliminar tarifas arancelarias, buscando encaminar a los países occidentales hacia una política de mercado libre.

Para diciembre de 1905 y tras la sustitución al frente del gobierno de los conservadores por los liberales, y el nombramiento de Henry Campbell-Bannerman como primer ministro, Churchill se convirtió en subsecretario de Estado para las Colonias. Participó en la elaboración de una constitución para territorios de Sudá-

GETTY

En Sudáfrica. Prisioneros británicos esperan ser a liberados del campo de Nooitgedacht, Sudáfrica, durante la segunda guerra bóer. Churchill, corresponsal para *The Morning Post*, protagonizó una espectacular huida.

frica y trabajó para solucionar el problema de la esclavitud en las minas. Sin duda, se estaba convirtiendo en uno de los miembros más prominentes del gabinete.

Su acenso político continuó. En 1908 fue nombrado Presidente de la Dirección de Comercio y en 1910, Ministro de Asuntos Interiores.

Aunque célebre por su buen humor y brillante oratoria, su espíritu independiente y su testarudez le granjearon importantes enemigos en la Cámara de los Comunes, incluso entre sus correligionarios, a pesar de ostentar varias carteras ministeriales. Así, cambió varias veces de partido y sus intervenciones en el Parlamento solían ir seguidas de una gran polémica.

MATRIMONIO Y LORD DEL ALMIRANTAZGO

En este periodo y en su vida personal, también hubo grandes cambios. Tras haberse declarado a la actriz Ethel Barrymore y haber sido rechazado, Winston se casó el 2 de septiembre de 1908 con Clementine Hoziere, una mujer reconocida por su belleza pero de escasos recursos económicos, en St. Margaret's, Westminster. La pareja tuvo cinco hijos: Diana (1909), Randolph (1911), quien también fue miembro del parlamento, Sara (1914), actriz que actuó con Fred Astaire en la película *Royal Wedding,* Marigold (1918), (fallecida de niña) y Mary (1922), que escribiría la biografía de sus padres.

Churchill podía ser muy encantador, pero también era conocido por ser bastante difícil a veces. Tenía tal presencia y reputación que había muy pocos hombres que se le pudieran enfrentar. Sin embargo, había una mujer de voluntad muy fuerte que siempre lo hacía: su esposa.

En 1922, compraron la residencia Chartwell House, su querida casa de campo en la campiña de Kent, que se convertiría en su refugio y donde Winston escribió la mayoría de sus obras y pudo dedicar tiempo a desarrollar su afición por la pintura. Cuando la familia Churchill no se encontraba viviendo en Londres estaba en esta amada casa familiar. A tan solo una hora de Londres, Churchill dijo una vez que «un día lejos de Chartwell es un día perdido».

Pero retrocedamos a 1911, pues en el mes de octubre de ese año fue nombrado Primer Lord de Almirantazgo. Este puesto ministerial es el de jefe civil de la Marina Real Británica. Churchill adoraba la vida en la Marina —especialmente a bordo del yate del Almirantazgo Enchantress—,

GETTY

El matrimonio de Winston y Clementine. El futuro primer ministro inglés y su esposa en el desfile aéreo de Hendon en 1914. Ese año nacería su hija Sara, ya tenían a Diana y Randolph y llevaban seis años casados.

Su momento clave llegó cuando, **como Lord de Almirantazgo, tuvo la tarea de supervisar el esfuerzo naval británico** al comienzo la I Guerra Mundial en 1914

por eso, después de asumir el cargo, se propuso visitar todos los buques capitales y todas las bases de la Marina Real en las islas británicas. Churchill previó con extraordinaria clarividencia los acontecimientos que desencadenarían la Primera Guerra Mundial, por eso desde este cargo impulsaría importantes reformas militares. Se volcó en una profunda reestructuración del Ejército británico y la Armada y en 1912 también impulsó la mejora de la Fuerza Aérea Británica.

Pero su momento clave llegó cuando, como Lord de Almirantazgo, Churchill tuvo la tarea de supervisar el esfuerzo naval de Gran Bretaña cuando comenzó la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914. Fue él quien concibió y dirigió la campaña de Galípoli. Winston tuvo muchos reveses en su vida, sin embargo, el fracaso del ataque a los Dardanelos durante la campaña de Galípoli fue uno de los más devastadores. Aunque la Comisión de los Dardanelos lo exoneró más tarde de la mayor parte de la culpa por el fracaso militar, fue el defensor más vocal de la maniobra estratégica para cortar el apoyo turco al Imperio austrohúngaro en la Primera Guerra Mundial. Por eso, después de este desastre, en mayo de 1915, se vio obligado a dimitir de su cargo de Primer Lord del Almirantazgo. Este acontecimiento fue un golpe devastador para él, tanto a nivel personal como político. Durante este periodo, Churchill se vio sumido en una gran depresión. Decidió dedicarse a la pintura como pasatiempo para superar una depresión que ya le acompañaría de por vida.

A pesar de su anticipación, su fracaso en los Dardanelos en 1915 le obligó a dejar su cargo, pasando a ocupar un papel secundario en la política de su país, hasta que, tras varias idas y venidas, le llegaría su gran momento, la Segunda Guerra Mundial.

EL RENACER GRACIAS A LA POLÍTICA

Tras la Gran Guerra, Churchill regresa a la política siendo elegido por el Partido Conservador (el Partido Liberal había sufrido una división interna). Sí, cambió de partido (por primera vez) en 1904. Fue su viejo amigo, mentor y rival, David Lloyd George —quien se convirtió en primer ministro en tiempos de guerra, en diciembre de 1916—, quien lo alentó a hacer el cambio y fue fundamental para ayudar a Churchill a rehabilitar su imagen política después del desastre de la campaña de Galípoli, al traerlo de vuelta al gobierno como ministro de municiones, decisión muy controvertida.

En julio de 1918, en su calidad de secretario adjunto de la Marina de los EE. UU., Franklin Roosevelt visitó Gran Bretaña. Fue recibido en Portsmouth y luego conducido en automóvil a Londres, donde se alojó en el Hotel Ritz en Piccadilly. Roosevelt asistió a una cena en Gray's Inn en Londres, donde conoció a Winston Churchill. No quedó impresionado en absoluto.

Churchill había dejado a los conservadores en 1904 para unirse al Partido Liberal después de haber sido miembro del Parlamento durante cuatro años. En 1925, después de más de veinte años con

GETTY

Primer Lord del Almirantazgo. Winston Churchill desempeñaría este cargo de 1911 a 1915 y de 1939 a 1940. En esta fotografía de 1914, posa con el uniforme.

UN VISIONARIO ARRINCONADO

Desde el comienzo del ascenso del Tercer Reich, Churchill advirtió del peligro que suponía aquel régimen. Tras la llegada de Hitler al poder, el 30 de enero de 1933, el inglés insistió en que era una amenaza para la civilización occidental y expresó su preocupación por el hecho de que el gobierno británico hubiera reducido el gasto de su fuerza aérea, señalando que pronto Alemania les superaría en dicho terreno, crucial en caso de guerra. Sabía bien de lo que hablaba, ya que el futuro premier, en un momento en el que permanecía marginado en la política, mientras ostentaba el cargo de primer ministro Stanley Baldwin, recibía en su residencia de Chartwell House informes de forma clandestina sobre el rearme de la Luftwaffe que le facilitaban dos funcionarios públicos de inteligencia, Desmond Morton y el oficial del Foreign Office Ralph Wigram.

En mayo de 1937, Baldwin dimitió y fue sucedido en el puesto por Neville Chamberlain, nombramiento que Churchill aplaudió. Sin embargo, en febrero de 1938, la política de apaciguamiento hacia las pretensiones de Hitler y de Mussolini provocó la dimisión del secretario de Relaciones Exteriores, Anthony Eden. Ese mismo año, Churchill advirtió al Gobierno sobre el riesgo de dicha actitud, exigiendo una acción colectiva para disuadir la agresión alemana. Tras la anexión de Austria (el *anchluss*), el parlamentario ofreció un duro discurso en la Cámara de los Comunes resaltando la gravedad de los hechos e insistió en pedir un pacto de defensa mutua entre los Estados europeos.

Sus peticiones resultaron inútiles y en septiembre el Führer movilizó las tropas para invadir los Sudetes, en territorio checoslovaco. Aunque Churchill visitó a Chamberlain en el 10 de Downing Street y le instó a que advirtiese a Berlín de que declararía la guerra a Alemania si invadía Checoslovaquia, el primer ministro se negó, y el 30 de septiembre rubricó el llamado Acuerdo de Múnich, que permitía esa anexión alemana de los Sudetes disfrazada de legalidad y por la que Neville fue recibido prácticamente como un héroe por la opinión pública británica. Aquello motivó que unos días después, el 5 de octubre, Churchill, nuevamente en la Cámara de los Comunes, calificase aquel acuerdo como «una derrota total y absoluta».

Si algo demostró siempre este descendiente del duque de Marlborough fue su determinación y su oposición abierta a todo aquello que consideraba una afrenta, y no dudó en enfrentarse a su propio partido o a los personajes más poderosos de la nación cuando creyó que era lo que debía hacer. Y aunque se equivocó no pocas veces a lo largo de su carrera, en el caso del Tercer Reich sus advertencias fueron cuasi visionarias.

GETTY

Bombas sobre Berlín. Edificio bombardeado en Wittenberg Platz, en la capital alemana. Varios de los carteles que se ven en la fotografía indican cómo llegar a las nuevas ubicaciones de los comercios destruidos.

los liberales, se reincorporó formalmente al Partido Conservador. Antes en 1924, tras presentarse a las elecciones generales como «constitucionalista», en lugar de liberal o unionista, obtuvo un escaño en representación del distrito electoral de Epping, y aceptó el nombramiento en el gobierno unionista de Stanley Baldwin como Ministro de Hacienda.

Desde este cargo supervisó el retorno de Reino Unido al patrón oro, lo que provocaría una fuerte deflación, mucho desempleo, una huelga de mineros y, finalmente, la huelga general de 1926. Todos estos acontecimientos desencadenaron la derrota del Partido Conservador en las elecciones de 1929 y que Churchill no fuera invitado a participar en el gobierno nacional de Ramsay MacDonald en el 31.

HITLER APARECE EN ESCENA

Fuera del gobierno durante sus llamados «años de intemperie» en la década de 1930, Churchill tomó la iniciativa al pedir el rearme británico para contrarrestar la creciente amenaza del militarismo en la Alemania nazi. Fue el único que denunció el peligro de esto y su preocupación por la inversión alemana en armamento y el aumento de su fuerza aérea. En noviembre de 1932, visitó Múnich y vio con sus propios ojos a los nazis de camisas pardas marchando por las calles. Empezó a hablar en la Cámara y a escribir artículos en la prensa sobre los peligros potenciales de una Alemania rearmada y la necesidad vital de reconstruir las defensas aéreas de Gran Bretaña. Lo curioso es que se le llamó belicista por hablar así abiertamente. Este sentimiento anti-Churchill se prolongó durante toda la década. Tuvo muchos detractores en ambos lados de la Cámara. El primer ministro Stanley Baldwin invitó a Churchill a unirse al Comité de Defensa Imperial. Él y Churchill intercambiaron varias cartas en las que se establecían las condiciones para que Churchill tuviera libertad para defender su posición sobre el estado de las defensas aéreas de Gran Bretaña.

Los años de caminar solo en el desierto de Churchill terminaron cuando quedó claro que tenía razón sobre el rearme alemán y los planes de expansión de Hitler. La realidad era que el viernes 30 de enero de 1933, el presidente Paul von Hindenburg nombró a Adolf Hitler canciller alemán. El Partido Nacional Socialista Obrero Alemán (o Partido Nazi) había experimentado un meteórico ascenso de popularidad en varias elecciones anteriores, debido principalmente al fracaso económico y político de la República de Weimar. Seis años después, los alemanes invadieron Polonia el 1 de septiembre de 1939. Cuando dos días después los franceses y británicos declararon la guerra, Churchill fue incorporado nuevamente al Gobierno. Esta sería la segunda vez que sería nombrado Primer Lord del Almirantazgo. con la misión de fortalecer las bases de Escocia y evitar que los navíos alemanes atravesaran el Atlántico Norte.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Era un momento muy delicado, pues como él mismo advirtió, la nación no estaba preparada para una guerra de esas características. Los primeros pasos de la intervención británica en la contienda fueros de todo menos exitosos: el fracaso de la campaña de Noruega, la fallida Operación Wilfred, costó la vida de 4000 soldados británicos. Aquello, unido al precio que debía pagar por el Pacto de Múnich, obligaron a Chamberlain a dimitir. El 10 de mayo de 1940, el mismo día en que Hitler lanzaba sus ejércitos contra Bélgica y Holanda, Winston Churchill era nombrado primer ministro del Reino Unido.

En sus *Memorias,* dejó escrito que en la fecha en que el rey Jorge VI le llamó para recibirle ceremonialmente tras ser elegido primer ministro: «Sentía como si toda mi vida hubiese sido una preparación para este momento». Ese mismo día, pronunció el más conmovedor de su discurso ante la Cámara de los Comunes, el que contenía la célebre frase, tomada de Roosevelt: «No tengo nada más que ofrecer que sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor». Y a pesar de su tenacidad y entereza ante los focos, esa primera noche rompió a llorar y confesó a uno de sus generales: «esa pobre gente confía en mí y yo tan solo podré ofrecerles un desastre durante mucho tiempo». Pero sus palabras surtieron efecto. El pueblo británico asumió aquel desafío y convirtió la frase «No tengo nada más que ofrecer que sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor» en un auténtico mantra. No se rendirían ante Hitler. El nuevo premier se aseguraría la colaboración de sus enemigos políticos formando un gobierno de concentración nacional y a su vez ordenó la creación del Ministerio de Defensa con el objetivo de una mejor dirección del esfuerzo de guerra.

El 28 de mayo de 1940 Bélgica se rinde. La situación era desesperada. El ministro de Asuntos Exteriores, Lord Halifax, y otros querían negociar con Herr Hitler, pero Churchill se mostró desa-

Aclamado por el pueblo. Una multitud vitorea a Winston Churchill en agosto de 1945, frente a la residencia oficial del primer ministro británico, el número 10 de Downing Street, después de la rendición de Japón.

fiante y dijo: «Las naciones que cayeron luchando se levantaron de nuevo, pero las que se rindieron mansamente estaban acabadas».

Tras seis semanas de lucha, Francia también sucumbió y el ejército británico fue evacuado de Dunkerque. El Reino Unido se quedó solo ante la maquinaria bélica más gigantesca jamás concebida, enfrentándose a un ataque directo en la Batalla de Inglaterra y el *Blitz*. A pesar de todo, un sentimiento, el de guiar al pueblo británico, le acompañaría siempre y sería capital en «la hora más oscura», como denominó a los prolegómenos de la Batalla de Inglaterra.

El *Blitz* sería particularmente intenso en octubre y noviembre de ese año. Pero el desarrollo del radar a favor de la RAF (el secreto mejor guardado) y la alta moral de Churchill contribuirían al fracaso de la Luftwaffe. Eso sí, el líder británico era muy consciente de que no podría ganar la guerra sin la ayuda estadounidense. De modo que él mismo lideraría una coalición nacional en 1940: junto con Franklin D. Roosevelt y Joseph Stalin, dio forma a la estrategia aliada.

Una nota sobre la escribanía de Churchill en la Sala del Gabinete de su búnker durante el *Blitz* reza: «No existe posibilidad de una derrota» y esa fe inquebrantable en su propio destino y en el de su pueblo fue, a modo casi de revelación, fundamental para aguantar el bloqueo alemán, los bombardeos, la falta de víveres y finalmente comenzar a avanzar en la derrota del Tercer Reich. Cuando Hitler vio la imposibilidad de conquistar la antigua Britania, desencadenó la conquista del Este contra los soviéticos. La Operación Barbarroja supuso el fin de la neutralidad soviética y empujó a Stalin a una frágil alianza con Inglaterra que Churchill, con su habilidad política, supo mantener gracias a su pragmatismo, relegando a un segundo plano su visceral anticomunismo.

A pesar de tener 67 años, Churchill trabajaba

hasta altas horas de la madrugada consultando informes o leyendo manuales de contrainteligencia, como apasionado que era del espionaje. Treinta y dos años atrás, cuando era Ministro del Interior, influyó en el nacimiento del MI6, y en julio de 1940 impulsó la creación de la Ejecutiva de Operaciones Especiales (SOE por sus siglas en inglés) bajo el paraguas del ministro de Economía de Guerra, Hugh Dalton, al que el premier ordenó sin contemplaciones: «Prende fuego a Europa». Todo valía para combatir al nazismo.

También fue decisivo su apoyo a la criptografía y a las comunicaciones «Ultra», como se conocieron las decodificaciones de la máquina Enigma nazi, llevadas a cabo en Bletchley Park, a 80 kilómetros de Londres, donde trabajaban, en el más absoluto de los secretos, los mejores científicos del país. Él era una de las pocas personas que tenían acceso directo a su contenido. Además, Churchill acostumbraba a salir a las calles tras los bombardeos del *Blitz*, con gran serenidad, haciendo su característico signo de la victoria con los dedos de la mano, todo un símbolo del siglo XX, manteniendo la moral alta en las zonas más devastadas.

Tras el bombardeo japonés de Pearl Harbor, el premier viajó a Estados Unidos para reunirse con Roosevelt y diseñar un plan de ataque conjunto. Intervino en el Congreso estadounidense, el 26 de diciembre de 1941, y en un discurso lleno de elocuencia, vehemencia y una buena dosis de ironía y humor, predijo que las fuerzas aliadas necesitarían al menos 18 meses para «cambiar la marea de la guerra». Aquel ajetreo, intenso para un hombre de su edad, le provocó un infarto, pero Churchill pidió a su médico personal que lo mantuviera en secreto, pues en aquel momento decisivo un pueblo «no seguiría a un líder con un corazón débil». Tras unos días de obligado descanso, volvió con energías renovadas y con la determinación absoluta de aplastar a Adolf Hitler.

PLANES PARA GANAR UNA GUERRA

La intercesión de Churchill, junto con el ejército estadounidense, sería decisiva en la planificación del Desembarco de Sicilia en 1943, paso previo al Día D, y sería el punto de inflexión para rendir la llamada Fortaleza Europa, mientras los soviéticos avanzaban desde el Este hacia Berlín. También fue capital su apoyo a los ejércitos clandestinos, los servicios de inteligencia (fundamentales a la hora de que triunfasen tanto la Operación Husky como la Operación Overlord, nombre en clave de los desembarcos en el continente) y en la derrota de Alemania e Italia en el norte de África.

El Día D, a bordo del HMS *Kelvin*, Churchill cruzó el Canal de la Mancha hasta la costa francesa y visitó las playas de Normandía, donde observó la destrucción

El 6 de junio 1944, se puso en marcha la Operación Overlord (Jefe Supremo), en la que tropas estadounidenses, británicas y canadienses desembarcaron en las playas de Normandía (Francia), en la costa del Canal de la Mancha al este de Cherburgo y el oeste de El Havre. Había llegado el Día D. Bajo el mando del general Dwight D. Eisenhower y, en tierra, del general británico Bernard Montgomery, más de 130 000 tropas aliadas desembarcaron en cinco playas, con el nombre en código de Omaha, Gold, Juno, Sword y Utah. En la noche previa a los desembarcos anfibios, 23 000 paracaidistas estadounidenses y británicos aterrizaron en Francia detrás de las líneas de defensa alemanas, en paracaídas y planeadores. La fuerza de invasión de más de 155 000 topas incluía 50 000 vehículos (incluidos 1000 tanques). Casi 7000 embarcaciones navales y más de 11 500 aviones respaldaron la invasión.

En el Día D, las tropas aliadas sufrieron más de 10 000 bajas: las fuerzas británicas y canadienses sufrieron alrededor de 3700 bajas; las fuerzas estadounidenses tuvieron alrededor de 6600 bajas. Los defensores alemanes perdieron entre 4000 y 9000 hombres. Churchill cruzó el Canal de la Mancha hasta la costa francesa a bordo del HMS *Kelvin* y visitó las playas de Normandía, donde observó la destrucción. El general Sir Bernard Montgomery se reunió con él y más tarde almorzaron juntos en el cuartel general americano, a solo tres millas del frente.

El 25 de julio de 1944, las tropas aliadas rompieron la cabeza de playa de Normandía cerca del pueblo de St. Lo y empezaron a llegar al norte de Francia. Para mediados de agosto, las tropas aliadas habían rodeado y destruido gran parte

del ejército alemán en Normandía, en la bolsa de Falaise. Encabezados por el Tercer Ejército del general George Patton, los aliados avanzaron rápidamente por Francia. El 25 de agosto, las fuerzas francesas libres liberaron París; el 16 de septiembre, las tropas estadounidenses llegaron a la frontera alemana.

DE NUEVO, FUE PROFÉTICO

Después de la ruptura de la alianza, tras la guerra, Churchill alertaría a Occidente sobre la amenaza expansionista de la Unión Soviética sobre Europa y promovió la unidad europea. De esto trata uno de los discursos más importantes de su vida: «Los nervios de la paz», también conocido como el discurso de la «cortina de hierro», pronunciado en el Westminster College de Missouri, apenas un año después del final de la Segunda Guerra Mundial. De nuevo, el inglés fue profético al describir las ambiciones de la Unión Soviética. De hecho, este discurso sentaría las bases para los siguientes cuarenta y cinco años de la «Guerra Fría».

GETTY

La V de la victoria. Winston Churchill a la entrada del número 10 de Downing Street saludando a los concentrados frente a su residencia oficial con el característico signo de la victoria que él popularizó.

Como primer ministro en plena guerra le correspondió participar en las conferencias de Casablanca, El Cairo y Teherán, celebradas en 1943, y en las de Yalta y Potsdam, que tuvieron lugar en 1945. Precisamente en Yalta, Churchill advirtió del riesgo que amenazaba los territorios liberados por el Ejército Soviético y de lo que podría suceder en la zona de Europa del Este, adelantándose, nuevamente, a la Guerra Fría en lo que denominó «el Telón de Acero», que según él dividiría el viejo continente en un bloque occidental y otro comunista. Hace unos años, el historiador británico Jonathan Walker sacó a la luz un informe clasificado durante décadas y que fue conocido como Operación Impensable *(Operation Unthinkable),* nada menos que un plan británico para invadir la URSS impulsado por el propio Churchill, y que podría haber desencadenado una Tercera Guerra Mundial.

Cuando Alemania firmó la capitulación (aunque continuaba la guerra en el Pacífico), y se declaró el Día de la Victoria en Europa, el 8 de mayo de 1945, Occidente estalló en júbilo. Los británicos que aclamaron a Churchill como un héroe a las puertas de Downing Street, estaban eufóricos, pero también muy cansados de la guerra.

A pesar de su papel en la contienda, el viejo león perdió las elecciones de julio de 1945 ante el laborista Clement Attlee. Churchill ganó fácilmente su escaño en el Parlamento para Woodford, pero los conservadores fueron expulsados del gobierno. Si bien, tras el anuncio de que habían ganado la guerra, Winston Churchill fue considerado un gigante político, lo cierto es que tenía bastantes detractores en su país debido a desacuerdos con sus políticas de no mejorar el sistema de salud y la educación pública.

Finalmente, renunciaría al cargo de primer ministro para dejar paso a Attlee y al Partido Laborista. Él se convirtió en líder de la oposición.

EL ÚLTIMO RUGIDO DEL LEÓN

Habrían de pasar seis años para que fuera elegido nuevamente Primer Ministro de Reino Unido.

GETTY

Homenaje final. El féretro de Churchill, cubierto con la Union Jack y transportado sobre un armón de artillería, es escoltado hasta la catedral de san Pablo en Londres durante el funeral de Estado celebrado el 30 de enero de 1965.

Tras la victoria en las elecciones de 1951, llevó al Partido Conservador de regreso al poder, pero nunca consiguió la aclamación del pueblo como en aquella hora más oscura. Permaneció como primer ministro hasta 1955, cuando su mala salud le obligó a renunciar. Durante este mandato dedicó gran parte de su tiempo a las relaciones internacionales, especialmente a forjar lazos con Estados Unidos, mientras intentaba preservar el Imperio británico, a pesar de la descolonización en curso.

Al darse cuenta del deterioro en su salud y de que sus capacidades se veían limitadas, Churchill dimitió de su puesto como primer ministro en 1955 —siendo sustituido por quien fuera su aprendiz y protegido, Anthony Eden—, aunque siguió siendo diputado hasta las elecciones de 1964.

Lo cierto es que la salud siempre fue un campo de batalla para el líder inglés. En lo personal, al tiempo que Churchill lideraba a su país en la lucha contra los alemanes, luchaba también contra su mala salud. De hecho, en 1941 sufrió un ataque cardíaco y en 1943 enfermó gravemente de neumonía. Como hemos visto, en 1955 sus achaques le obligaron a renunciar a su cargo, y en enero de 1965 sufrió un segundo ataque cardíaco que le produjo una trombosis cerebral. Moriría el día 24, en la misma fecha que su padre 70 años antes.

Los restos mortales de Sir Winston Churchill fueron velados durante días en Westminster y el 30 de enero recibió un multitudinario funeral de Estado, un funeral solemne con honores, algo que solo había sucedido en dos ocasiones en los últimos dos siglos. Tuvo lugar en la catedral de San Pablo, siendo el primero celebrado allí para un hombre no perteneciente a la realeza desde 1914. Asimismo, la artillería realizó 19 disparos en su honor y 16 aviones de la Real Fuerza Aérea Británica sobrevolaron Londres. Lady Clementine Churchill diría: «Esto no fue un funeral, fue un triunfo». No merecía menos el hombre que frenó los planes de conquista del Tercer Reich

Finalmente, sus restos fueron enterrados en la tumba familiar en la iglesia de Saint Martin de Blandon, cerca de su lugar de nacimiento en

ALBUM

Destrucción brutal. En la *Kristallnacht*, los hombres de Himmler –jefe de las SS– se lanzaron a allanar viviendas, profanar e incendiar miles de sinagogas, tiendas y librerías y violar, torturar y asesinar a hombres, mujeres y niños.

LA NOCHE DE LOS CRISTALES ROTOS

ESTALLIDO DE VIOLENCIA ANTISEMITA

Del 9 al 10 de noviembre de 1938, Adolf Hitler decidió poner en marcha un plan masivo de persecución, hostigamiento y expulsión de la población judía que habitaba en el Reich. Aquellas horas fueron el preludio del episodio más abominable de la historia: el Holocausto.

FERNANDO COHNEN
Periodista

Pocos meses después del ascenso de los nazis al poder, los alemanes tuvieron claro que el principio rector en torno al cual se iba a organizar la nación sería la raza. Con Hitler al mando del país, los judíos alemanes fueron recibidos con miradas hostiles por gran parte de la población. La Ley para la Restauración de la Administración Pública Profesional obligó a dejar sus cargos a todos los funcionarios que fueran de esa minoría étnica.

Los vecinos que antes se entendían dejaron de hablarse. Los arios comenzaron a despreciar a la comunidad hebrea. «El reconocimiento de que había una diferencia fundamental entre los alemanes y los judíos resucitó supersticiones mucho más antiguas, según las cuales el contacto físico con los judíos era dañino y los varones judíos corrompían a las mujeres alemanas», afirma el historiador Peter Fritzsche en su libro *Vida y muerte en el Tercer Reich*.

El diez por ciento de los judíos que vivían en Alemania emigraron entre 1933 y 1934. Aunque la mayoría de ellos no quería abandonar su país, la presión a que fueron sometidos fue en aumento día a día. En septiembre de 1935, los nazis regularizaron la esterilización de personas con enfermedades supuestamente hereditarias y dictaron numerosas leyes contra los judíos; entre ellas, las de Núremberg, que denegaron la nacionalidad alemana a esa minoría étnica y prohibieron los matrimonios y las relaciones sexuales entre judíos y alemanes arios. Ese fue el caso del periodista y escritor Victor Klemperer, que al ser de origen semítico perdió su empleo en 1935 por haberse casado con una mujer de raza aria, la pianista Eva Schlemmer. Tras incautar su piso, la Gestapo realojó a la pareja en dos minúsculas habitaciones para judíos, donde sobrevivieron hasta el final de la guerra.

PRECEDENTES DEL POGROMO

El acoso hacia los judíos se endureció desde finales de 1937, cuando los pasaportes de los miembros de la comunidad hebrea fueron confiscados. El 26 de abril de 1938, los judíos fueron obligados a registrar sus bienes y propiedades, lo que facilitaría su incautaciónpor parte del Reich.

Para los ideólogos del nacionalsocialismo, Alemania era «la comunidad del pueblo» *(Volksgemeinschaft)*, compuesta por individuos arios de raza superior y en la que no cabían las razas inferiores, como judíos, gitanos o eslavos. En un abrir y cerrar de ojos, «lo colectivo aplastó el pensamiento individual; la libertad fue abolida y comenzó el dominio de la oscuridad y el terror», escribe Sebastian Haffner en su libro Historia de un alemán.

ALBUM

Identificando las 'subrazas'. Un hombre es sometido al 'Test de determinación de la raza aria' en 1940.

Hagamos un paréntesis para decir que el relato suele focalizarse en el antisemitismo de los nazis, y rara vez apunta una corresponsabilidad occidental. Pero lo cierto es que, en julio de 1938, tuvo lugar la Conferencia internacional de Evian (32 países participantes) para encontrar una solución a los refugiados judíos alemanes y de centro Europa y en ella ningún país occidental se comprometió a ayudarles. Unos meses después Hitler adoptó las medidas de persecución y tuvo lugar la Noche de los Cristales Rotos.

ASC / ARCHIVO DE YAD VASHEM 138FC6

Fin de la calma. Varones judíos detenidos en el pogromo de la ciudad balnearia de Baden-Baden.

Un hombre con la estrella de David de la sinagoga de Múnich, atacada en junio de 1938.

ALBUM

POLÍTICA ANTISEMITA DEL TERCER REICH

Mediante un decreto del Führer de agosto de 1938, se creó el ala armada de las SS, cuya misión iba a ser el exterminio de los enemigos ideológicos de Alemania. El gran salto hacia esa meta se consumó en el célebre pogromo del 9 y 10 de noviembre de 1938, conocido como la Noche de los Cristales Rotos *(Kristallnacht)*. «Esa noche de horror, un retroceso de un Estado moderno al salvajismo asociado con épocas antiguas, puso al descubierto ante el mundo la barbarie del régimen nazi», afirma el historiador británico Ian Kershaw, autor de una de las mejores biografías que se han escrito sobre Hitler.

Aquella orgía de violencia, que marcó un punto sin retorno en la política antisemita del Tercer Reich, fue la culminación de una oleada de odio racial contra el pueblo hebreo que había comenzado ya en 1933 y se exacerbó cinco años después en la primavera de 1938, cuando los nazis atacaron a los judíos de Viena. Meses antes de la Noche de los Cristales Rotos, se produjeron actos vandálicos en los cementerios hebreos y ataques violentos a muchas sinagogas en Alemania. «Cientos de judíos se vieron forzados, a menudo a través de extorsiones propias de gánsteres, a vender por una miseria a hombres de negocios 'arios' sus propiedades, entre las que figuraban bancos privados de renombre como Warburg y Bleichröder», recuerda Kershaw. Otras entidades, como el Deutsche Bank y el Dresdner Bank, así como grandes empresas como Krupp, Thyssen, Flick, Mannesmann e IG-Farben, se beneficiaron de las ventas forzadas de negocios judíos a empresarios arios a precios irrisorios.

VIOLENCIA CONTRA LA POBLACIÓN JUDÍA

El 27 de mayo del año 1938, miles de personas recorrieron las calles de Berlín destrozando escaparates de comercios judíos, y semanas después activistas del Partido Nazi pintaron consignas antisemitas en las tiendas hebreas de la elegante Kusfürstenddam Strasse, la principal arteria comercial de la capital alemana. Goebbels quería iniciar cuanto antes la limpieza racial en Berlín. La justificación para ponerla en marcha llegó el 7 de noviembre, cuando un judío de 17 años, Herschel Grynszpan, disparó contra el secretario de la embajada alemana en París, Ernst vom Rath, acabando con su vida.

A la mañana siguiente, la prensa nazi lanzó una campaña de odio que incitaba a la violencia contra la población hebrea. El 8 de noviembre, los

SEMBRANDO EL FANATISMO

La exposición antisemita *Der ewige Jude* (El judío eterno) se exhibió de agosto a octubre de 1938 en el Nordwest-bahnhalle de Viena (a la derecha, el cartel que la anunciaba). Entre otras cosas, se mostraba una foto del exalcalde de la capital austríaca, Richard Schmitz (que se había opuesto al nazismo y sus tácticas), y el artista de cabaret Fritz Grünbaum encarcelados en Dachau. La leyenda que acompañaba a la imagen decía: «Judíos y sirvientes de los judíos en Dachau, en un lugar de veraneo». 350 000 vieneses visitaron la exposición.

GETTY

CONDENA DE LAS DEMOCRACIAS

Los salvajes ataques contra la comunidad judía que se produjeron en la Noche de los Cristales Rotos se difundieron por todo el mundo, lo que desacreditó a los nazis en Europa y Estados Unidos. La prensa internacional condenó la ola de violencia que se había desatado en Alemania y la comparó con los pogromos que impuso el Imperio ruso en la década de 1880. Muchos países rompieron relaciones diplomáticas con el Tercer Reich como protesta y Estados Unidos retiró a su embajador, aunque mantuvo el vínculo diplomático con Alemania. En España, que en aquel entonces estaba sufriendo la Guerra Civil, el bando franquista justificó e incluso aplaudió la brutalidad del régimen nazi contra los judíos, mientras que el bando republicano apoyó a la comunidad hebrea alemana y condenó el pogromo ordenado por Hitler. El diario estadounidense The New York Times aportó pruebas fotográficas que demostraron que los nazis estaban detrás de los asesinatos de judíos y la quema de sinagogas.

Eco internacional. Manifestación cerca del trasatlántico alemán SS Bremen, en Nueva York.

GETTY

dirigentes locales del partido en diversos puntos de Alemania instigaron por iniciativa propia, ya que no habían recibido órdenes de Berlín, ataques que incluyeron el maltrato a esa minoría étnica, la destrucción de sus propiedades y la quema de sinagogas. El 9 de noviembre, por la noche, Goebbels pronunció un discurso en el que anunció a los asistentes el asesinato de Ernst vom Rath. Una vez finalizó el acto, el todopoderoso ministro de Propaganda dio instrucciones a las autoridades locales para que ordenaran más ataques y mejor organizados.

ÓRDENES TERRIBLES EN MARCHA

Poco después, un pelotón de asalto nazi *(Stosstrupp Hitler)* llevó a cabo actos vandálicos en las calles de Múnich, pegó palizas a los judíos que se cruzaban en su camino y demolió la sinagoga de Herzog-Rudolf-Strasse, que había sobrevivido a los actos vandálicos que se produjeron en la ciudad meses antes. Goebbels también llamó a Berlín para ordenar que se demoliese la sinagoga de Fasasen Strasse. Reinhardt Heydrich, que meses después sería uno de los organizadores del Holocausto, envió un télex a los departamentos de policía del país ordenando detener a todos los varones judíos para los que hubiera sitio en las cárceles. También ordenó a los policías y bomberos que no frenaran la destrucción de sinagogas, que se mantuvieran al margen.

La ola de violencia se extendió por todo el país. Sus consecuencias fueron dramáticas para la comunidad hebrea. Se demolieron unas cien sinagogas y otras tantas fueron incendiadas. Se destruyeron en torno a 8000 comercios y se saquearon innumerables viviendas. Las aceras de las principales ciudades estaban llenas de trozos de cristal de los escaparates de las tiendas, cuyas mercancías quedaron tiradas en la calle. Los muebles astillados, los espejos, colchones y utensilios de todo tipo quedaron esparcidos tras ser lanzados por las ventanas de los domicilios hebreos. Pero lo más grave fue el asesinato de aproximadamente un centenar de judíos, a los que hay que sumar los frecuentes suicidios que se produjeron tras aquella abominable noche de locura y violencia. 30 000 varones fueron internados en los campos de concentración de Sachenhausen, Buchenwald y Dachau. Los carceleros los sometieron a todo tipo de vejaciones y torturas. Mientras los trasladaban

Los muebles astillados, los espejos, colchones y **utensilios de todo tipo quedaron esparcidos tras ser lanzados por las ventanas** de los domicilios hebreos

a los campos, grupos de adolescentes se mofaban de ellos, los insultaban y les tiraban piedras.

El pogromo demostró que Hitler y los suyos estaban en condiciones de llevar a la práctica su política más radical de limpieza racial con la ayuda de la policía, los funcionarios y muchos ciudadanos, unos de forma activa y otros mirando a otra parte. En sus diarios, Goebbels anotó: «La información fluye desde todas partes del Reich: cincuenta, luego setenta sinagogas han sido incendiadas (...). Mientras me llevan al hotel se rompen los escaparates. ¡Bravo! ¡Bravo!».

DEMONIZACIÓN DEL PUEBLO HEBREO

Sin duda, hubo alemanes que quedaron horrorizados ante la brutalidad de los militantes nazis, pero otros muchos aplaudieron aquel aquelarre medieval. La propaganda antisemita había sido todo un éxito. El pueblo judío fue tan demonizado y excluido de la sociedad alemana que a casi nadie le sorprendieron las nuevas medidas económicas contra esa minoría. Hitler quería que fueran los propios judíos los que pagaran la factura por la destrucción de sus propiedades. «Las víctimas tenían la culpa de su propia persecución. Tendrían que costear los daños sin que las empresas de seguros alemanas tuviesen que aportar nada y sus propiedades serían expropiadas», escribe Kershaw.

Finalmente, a las empresas de seguros se les dijo que tendrían que cubrir las pérdidas ocasionadas aquella noche por los propios militantes nazis, pues de no hacerlo peligrarían sus actividades en el extranjero. Pero el nuevo reglamento dejaba muy claro que los pagos debían hacerse al Reich y no a los damnificados judíos que lo habían perdido todo. Pocas horas después de la Noche de los Cristales Rotos, Göring emitió decretos que imponían una multa de mil millones de marcos (una fortuna en la época), lo que excluyó a los judíos de la economía alemana.

Hitler y sus secuaces cumplieron a medias uno de sus objetivos. Entre finales de 1938 y septiembre de 1939, cuando estalló la guerra, los judíos que pudieron huyeron de Alemania. Se supone que fueron cerca de 80 000. Pero había muchísimos más a los que les esperaba un futuro dramático. Pocos meses antes de invadir Polonia, Göring creó una oficina para la «emigración judía», cuyo mando quedó en manos de las SS.

«Los nazis fomentaron "el amor de lo propio y el odio de la ajeno" en igual medida e hicieron de cada uno el fundamento del otro. Este vínculo entre la vida de Alemania y la destrucción del poder de los judíos dotó de un barniz idealista a las políticas antisemitas de los nazis», afirma el historiador Peter Fritzsche. En ese sentido, Hitler afirmó que el causante de la guerra que se avecinaba era el pueblo judío, al que curiosamente acusaba de dos pecados antagónicos: instigar el marxismo bolchevique y manipular el capital financiero del mundo.

En enero de 1939, en uno de sus inacabables discursos, el líder nazi lanzó una amenaza: «Si los judíos desencadenan el conflicto mundial, la consecuencia será su aniquilación». Pero fue Hitler y no el pueblo judío el que provocó la guerra, al invadir Polonia en septiembre de ese mismo año. Él fue el que desató una tempestad de fuego y destrucción que arruinó Europa y causó la muerte a millones de seres humanos.

LA ANIQUILACIÓN ESTÁ DECIDIDA

En junio de 1941, tras haber conquistado Austria y Checoslovaquia sin disparar un tiro y haber invadido Polonia y parte de Francia sufriendo escasas bajas, el envalentonado Reich lanzó a unos tres millones de soldados a la conquista de la Unión

EL GERMEN DE LA SOLUCIÓN FINAL

En enero de 1942, el Tercer Reich oficializó el Holocausto en la Conferencia de Wannsee, celebrada en un lujoso palacete situado junto al idílico lago del mismo nombre, muy cerca de Berlín. El protocolo de la Solución Final *(Endlösung)* fue firmado por un puñado de jerarcas nazis, entre los que figuraban los oficiales de las SS Reinhard Heydrich y Adolf Eichmann, representantes de los ministros del Reich del Interior y de Justicia, el SS-GruppenFührer Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, y los altos cargos de las SS Klopfer y Hofmann. Ese año fueron asesinados cerca de 2,7 millones de judíos. No contento, Himmler buscó la manera de que algunos presos judíos colaborasen en el esfuerzo de guerra antes de ser exterminados. El responsable de las SS consideró que Auschwitz-Birkenau era la única instalación capaz de aunar el trabajo de los presos con las labores de genocidio. En los alrededores de Auschwitz hubo veintiocho campos secundarios que facilitaban mano de obra gratuita a varias instalaciones industriales distribuidas por la Alta Silesia.

GETTY

GETTY

GETTY

Barbarie impensable. Arriba, de izda. a dcha., la sinagoga de Frankfurt en llamas, una de las muchas incendiadas, y restos de cristales de los establecimientos destruidos, que darían nombre a la terrible noche. A la izda., familias judías de Berlín embalando sus pertenencias para huir de la Alemania nazi.

Soviética. No fue ninguna casualidad que el inicio de la Operación Barbarroja coincidiese con el comienzo del genocidio. El objetivo ideológico de erradicar el «judeobolchevismo» era fundamental en la guerra de aniquilación que habían proyectado los nazis.

En los primeros días de la invasión, el ataque mortífero de los Einsatzgruppen respaldados por la Wehrmacht estableció el carácter genocida del conflicto. «No tardaría en convertirse en un programa genocida total, como jamás había visto el mundo», afirma Kershsaw. Fue en enero de 1942 cuando los jerarcas nazis oficializaron la Solución Final en la Conferencia de Wannsee, celebrada en un palacete situado muy cerca de Berlín [ver recuadro]. De ese modo y en aquel lugar, el protocolo de la Solución Final fue firmado por un nutrido grupo de altos mandos del nazismo, entre los que figuraban Heydrich, Eichmann y representantes de algunos ministerios del Reich.

Ya no hubo trabas que limitaran la conducta inhumana de un gobierno que iba a poner en marcha la maquinaria exterminadora de Auschwitz, Treblinka, Sobibor y los demás campos de la muerte. Pero ¿cómo pudo ocurrir una cosa así? ¿El pueblo alemán no sabía lo que estaba ocurriendo en los campos de exterminio? En realidad, el genocidio no fue el crimen perpetrado por un líder sanguinario y paranoico. En su ejecución colaboraron cientos de miles de personas. Y la mayoría era gente normal. No estaban locos. Hay quien piensa que ninguna dictadura se impone y se mantiene durante tantos años sin la ayuda de una parte importante de la sociedad. El historiador Daniel Jonah Goldhagen, autor de *Los verdugos de Hitler* (Taurus, 1997), afirma que parte de la sociedad alemana facilitó el genocidio. «Hubo al menos 100 000 alemanes que contribuyeron directamente a la muerte de los judíos, aunque creo que el número de personas involucradas en el exterminio podría ascender a medio millón».

La Sinagoga Nueva de Berlín, situada en Oranienburger Strasse 30, fue parcialmente destruida durante la infame Noche de los Cristales Rotos de 1938. Cinco años después, el edificio sufriría más daños durante los bombardeos aliados, y acabó siendo derruido en 1958. Su posterior reconstrucción y la inauguración del Museo del Holocausto Judío, diseñado por el arquitecto Daniel Libeskind, constituyen un recordatorio de aquellos años de barbarie, la etapa más siniestra de la historia alemana. MH

HORAS OSCURAS

El objetivo de Hitler era entrar en Francia en noviembre de 1939, pero las pérdidas tanto humanas como logísticas de la invasión alemana de Polonia propiciaron un aplazamiento hasta el mes de mayo del 40. El Estado Mayor alemán aún debía mejorar la *blitzkrieg* antes de atacar el corazón de Europa.

RUBÉN BUREN
Escritor

LA BATALLA DE FRANCIA

La Francia más libre. De Gaulle desde el exilio en Londres y la Resistencia en el interior siguieron luchando contra los nazis tras la ocupación de Francia. En la imagen, desfile de Francia Libre en Inglaterra, 1942.

GETTY

Francia y el Reino Unido no eran contrincantes menores como Polonia, Checoslovaquia o los países escandinavos. El ejército francés estaba considerado el mejor de Europa y uno de los mejores del mundo, tanto en número de efectivos como en preparación, aunque sus oficiales eran de la vieja guardia y todavía pensaban en el modo de hacer la guerra vigente en 1914. La *blitzkrieg* con la que Hitler pretendía conquistar Francia era un mecanismo que debía funcionar como un reloj: el punto de máximo esfuerzo *(schwerpunkt),* en el que los carros blindados y la Luftwaffe concentrarían toda su presión, debía ser complementado con una modernización del sistema de mando *(auftragstaktik)* consistente en que cada oficial tuviese una orden concreta que se pudiera ejecutar ágilmente, sin necesidad de aprobaciones piramidales.

ALEMANIA, A LA ESPERA

Entretanto, Maurice Gamelin, comandante en jefe del ejército francés y un buen estratega en la Gran Guerra, no supo ver la evolución de la industria militar y cometió el error de preparar otra contienda de trincheras. Así, entre septiembre del 39 y el verano del 40, los franceses, en lugar de tomar la iniciativa del ataque, se dedicaron a llenar de víveres y munición los búnkeres de la Línea Maginot. Esta inacción de los aliados sería llamada Guerra de Broma. Sin embargo, los alemanes denominaron a dicha espera *sitzkrieg* (guerra de asiento). Realmente, Hitler no estaba para bromas.

El Reichstag sabía que ni los políticos británicos ni los franceses estaban por la labor de incrementar la tensión bélica, como habían demostrado en España, los Sudetes, Polonia o el Sarre. Su política de no intervención o apaciguamiento había dejado vía libre para que Mussolini, Japón y los nazis avanzaran posiciones ninguneando a la recién creada Sociedad de Naciones. Por si acaso, en 1928, el Parlamento francés aprobó por abrumadora mayoría el plan de André Maginot de crear una línea de fortificaciones en la frontera del este, pensando también en la posibilidad de una invasión por la política imperial de Mussolini: desde la frontera italiana de los Alpes y desde Suiza hasta Bélgica, aunque dejando libre la frontera belga, que mantenía su propio sistema de defensa con bastiones como el fuerte Eben-Emael (que sería, empero, fácilmente tomado por los paracaidistas alemanes, los *fallschirmjäger*, en los primeros días de la invasión). Bélgica, además, estaba protegida por los británicos desde su independencia en 1830.

GETTY

ASC

Muerte desde el aire. Róterdam tras el devastador bombardeo alemán del 14 de mayo de 1940. En la imagen de arriba, dos soldados británicos repelen fuego aéreo en la playa durante la evacuación en Dunkerque.

GETTY

Operación Ariel. Barco de pesca con efectivos británicos rescatados en Brest (uno de los puertos más occidentales de Francia) a bordo.

De Gaulle fue uno de los militares que dieron la voz de alarma —sin éxito— al observar cómo **se despilfarraba una gran cantidad de dinero** en unas defensas anticuadas

Por desgracia para los aliados, los búnkeres de la Maginot —108 fuertes, con fortines de apoyo separados entre sí por unos 15 km, que costaron a las arcas del Estado francés entre cinco y seis mil millones de francos— apenas dispararon un solo tiro (o eso dirían los americanos cuando se adentraron en ellos en 1944 y hallaron la munición intacta). De Gaulle fue uno de los militares que dieron la voz de alarma —sin éxito— al observar cómo se despilfarraba tal cantidad de dinero en unas defensas anticuadas mientras los nazis renovaban todo su material y estrategia. Un ejemplo notable fueron los carros blindados: mientras que los aliados los veían como un apoyo ocasional y disperso de la infantería, los alemanes crearon diez divisiones de Panzers que funcionaban independientemente como fuerzas de choque y avance rápido.

«CUIDADO CON LA GRIPE»

Los franceses pensaban que se repetiría el Plan Schlieffen —el ejército alemán entrando por Bélgica hasta la capital francesa— diseñado por Alfred von Schlieffen y que en la I Guerra Mundial realmente nunca fue llevado a cabo, ya que Von Schlieffen murió en 1913 y su sucesor, Von Moltke, lo modificó coyunturalmente con los desastrosos resultados conocidos. De hecho, el Estado Mayor alemán había aprobado la misma estrategia, pero entonces se produjo el Incidente Mechelen: el 10 de enero de 1940, un Messerschmitt Bf 108 realizó un aterrizaje de emergencia en suelo belga con dos oficiales alemanes; uno de ellos portaba los planes de la invasión que, en principio, iba a tener lugar el 17 de enero.

En una peripecia digna de una novela de espías —con intento de suicidio del mayor Reinberger, el que portaba los documentos—, los planes cayeron en manos de los aliados, aunque estos hicieron creer a los alemanes que se habían quemado en el accidente. Pero el rey Leopoldo III de Bélgica le envió a la gran duquesa Carlota de Luxemburgo un mensaje que decía: «Cuidado con la gripe» (la gripe era la invasión nazi), y eso hizo sospechar a los alemanes, que decidieron esperar.

10 DE MAYO DE 1940

Desde septiembre del 39, los aliados habían aprovechado para llevar a los niños a lugares seguros o instalar baterías antiaéreas en las grandes ciudades, ante la inminencia del ataque. Los ingleses enviaron al norte de Francia a su Fuerza Expedicionaria (BEF), formada por más de 100 000 soldados de infantería; un cuerpo de tierra creado en contra de las ideas renovadoras de buena parte de la prensa y la clase política británicas, que creían más en la modernización de la maquinaria bélica que en esta medida (con razón, como luego se vería). En primavera, la BEF se asentó cerca de la frontera belga, sumándose a las 100 divisiones francesas.

Al fin, el 10 de mayo comenzó la invasión del Frente Occidental, justo el día en que Winston

Churchill fue nombrado primer ministro en sustitución del pasivo Chamberlain, que se había creído las promesas de paz de Hitler. Roosevelt diría de Churchill: «Tiene cien ideas en un solo día; cuatro son buenas y las otras noventa y seis son sumamente peligrosas».

El mariscal Von Manstein había diseñado un plan, el *Fall Gelb* —Plan Amarillo—, para que Von Rundstedt atravesase el bosque impenetrable de las Ardenas con el grueso de las divisiones Panzer al mando de Guderian y Rommel (el llamado *Heeresgruppe A* o Grupo de Ejércitos A). Mientras, el Grupo B (antes llamado Grupo de Ejércitos del Norte), con unos 300 000 hombres al mando de Von Bock, se adentraría en los Países Bajos y Bélgica apoyando las sospechas aliadas sobre el Plan Schlieffen y provocando el movimiento de tropas entre los ríos Mossa y Dyle. ¿Quién iba a imaginar que los alemanes estarían tan locos como para cruzar un tupido bosque con sus blindados?

La Línea Maginot fue así evitada, para sorpresa de Gamelin, y la XIX División Panzer de Guderian llegó rauda y veloz a Sedán el 12 de mayo, en un frenético avance diario (construyendo puentes con los zapadores y conquistando ciudad tras ciudad). Holanda se rindió después del terrorífico bombardeo de Róterdam el 14 de mayo. Paul Reynaud, el primer ministro francés, intentó que las colonias continuasen la guerra por su cuenta, pero confirmó telefónicamente a Churchill que todo estaba perdido.

Tres días después, el coronel De Gaulle intentó en vano romper la delgada línea alemana en Crécy. La idea era buena, pero la engorrosa jerarquía francesa desorganizó el ataque y Guderian siguió su avance impertérrito, incluso sin el apoyo de la infantería —la Wehrmacht—, que le iba a la zaga a pie o a caballo, incapaz de seguir el ritmo de los blindados. Entretanto Rommel dirigía la «División Fantasma» —la 7ª de Panzers—, que en determinados días desaparecía hasta del mapa del Estado Mayor nazi (se dice que ni Hitler sabía exactamente dónde se encontraba). Cuando Alemania tomó Noyelles, en la costa noroeste, el frente aliado se rompió en dos y debió replegarse. Se produjo otro desesperado ataque británico en Arrás el 21 de mayo, con lentos pero intraspasables carros de combate Matilda II que fueron rechazados gracias a la brillante idea de

MANO DE OBRA ESCLAVA ESPAÑOLA EN LA DEFENSA DE FRANCIA

La emigración republicana española hacia Francia tuvo su punto culminante en 1938 con la caída del Frente de Aragón y la entrada de los sublevados en Cataluña. El gobierno francés, ignominiosamente, internó a los exiliados en campos de concentración a la intemperie en el sudeste del país (Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien, Le Barcarès...). Algunos tuvieron suerte: los que poseían dinero o contactos consiguieron algún trabajo o emigraron a América o Rusia. Pero la mayoría debía elegir entre alistarse en el ejército francés, enrolarse en la Legión Extranjera o pasar a formar parte de la CTE (Compañía de Trabajadores Extranjeros). Muchos optaron por la repatriación, hasta que la Ley de Responsabilidades Políticas que dictó Franco en febrero del 39 llenó España de penas de muerte. Dentro de la CTE, unos 60 000 españoles fueron mano de obra semiesclava en la Línea Maginot, donde realizaron labores de fortificación, construcción de trincheras, etc. Tras la invasión alemana, unos lucharon hasta la muerte y otros fueron apresados y llevados a campos de concentración, como los 9000 de Mauthausen. Al identificarlos como españoles, Himmler escribió a las autoridades franquistas para ver qué hacía con ellos. La respuesta de Serrano Suñer fue declararlos «apátridas», y así vivieron el resto de sus días.

PHOTOALSA

Rumbo al exilio. Un grupo de republicanos vascos cruzando a Francia a principios del año 1939.

Rommel de utilizar los cañones antiaéreos Flak 18 de 88 mm como antitanques. La BEF y el Primer Ejército francés quedaron entonces atrapados entre Boulogne y Calais (que cayeron el 25 y el 27 de mayo) y se refugiaron en Dunkerque. No había hecho falta atacar la Línea Maginot para conquistar todo el norte de Francia. A la desesperada, Churchill decidió que Calais luchase hasta la muerte con unos 2000 soldados para dar tiempo a un plan alocado, pero que resultaría uno de los más decisivos de la contienda.

LA EPOPEYA DE DUNKERQUE

A este plan de evacuación angustioso y épico se le llamó Operación Dinamo y se desarrolló entre el 27 de mayo y el 4 de junio. Los alemanes habían detenido sus tanques a 20 km de Dunkerque, donde estaban atrapados ante el mar más de 200 000 británicos y 100 000 franceses y belgas, sin armamento pesado y aterrorizados. Hitler decidió no atacar, provocando el enfado de Rommel y Guderian; este incluso dimitió y se enfrentó al Führer (el historiador John Lukacs escribiría años más tarde: «Hitler privó a Guderian de ganar la Segunda Guerra Mundial en una sola mañana»). Así, siete divisiones francesas pudieron defender el dilatado frente de 80 km mientras Lord Gort daba la orden a Bertram Ramsey, oficial de la Marina, de evacuar a los soldados en secreto con 40 destructores (de los que casi una decena fueron hundidos) y un centenar de barcos mercantes. Cuando el 31 de mayo la opinión pública inglesa conoció la noticia, decenas de embarcaciones privadas cruzaron el Canal de La Mancha para rescatar a su vez a cientos de

EL VAGÓN DEL ARMISTICIO

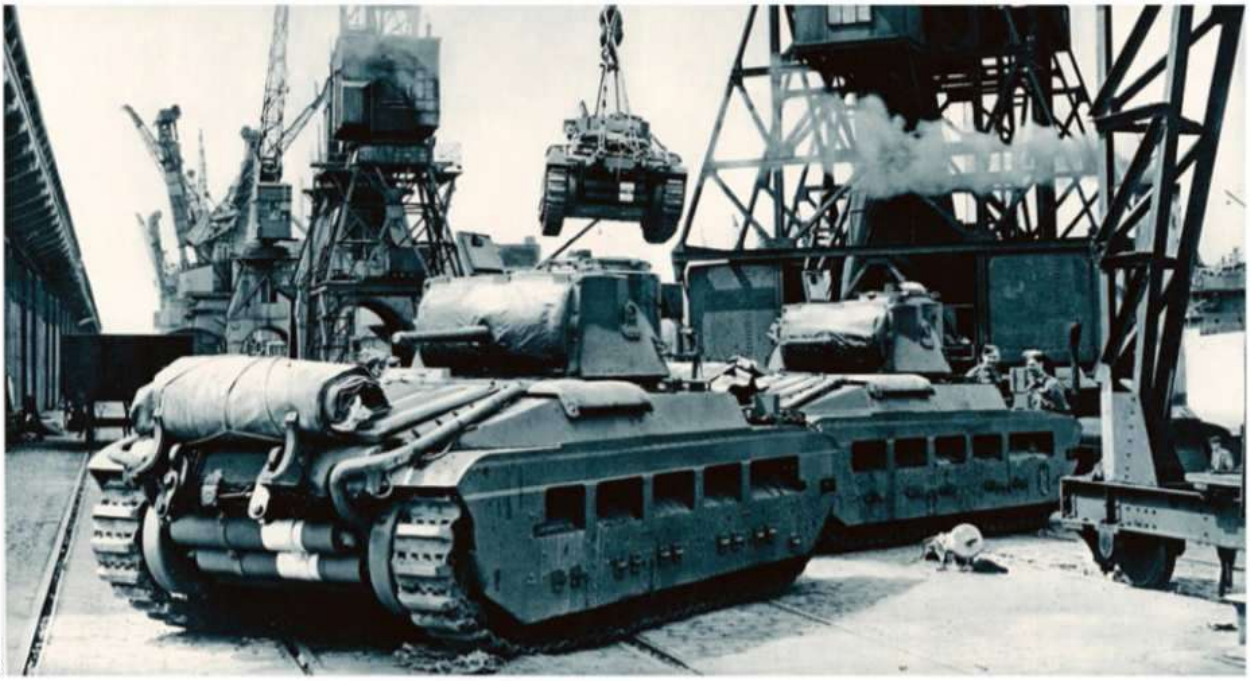
Nació como coche restaurante –con el número CIWL 2419-D– en Saint-Denis en 1914 y luego fue el cuartel móvil del mariscal Ferdinand Foch. Dentro de él, en el pueblo de Compiégne, se firmó el armisticio de la Gran Guerra el 11 de noviembre de 1918; una vergüenza a ojos de Hitler, que siempre buscó venganza. Nadie esperaba que para la rendición francesa, el 25 de junio de 1940, el Führer hiciera trasladar el vagón al punto exacto de la firma de la rendición alemana, para humillar así a los generales franceses tras apenas un mes de conflicto. El vagón fue llevado luego por carretera a Berlín para ser expuesto como símbolo del poder nazi.
Su periplo no acabó allí. Ante el avance aliado, deambuló de una estación a otra, camuflado y escondido. Temiendo que los aliados les obligaran a firmar su rendición de nuevo en él como en el 18, se dio orden a las SS de volar el vagón y quemar sus restos. Los americanos encontraron lo poco que quedaba de él en Crawinkel, Turingia. Más tarde, las autoridades francesas decidieron encargar a la compañía ferroviaria la búsqueda de un vagón de la misma serie para reconstruirlo; encontraron el WR 2439-D, que fue reconvertido en un falso 2419-D que puede verse desde 1950 en un museo de Compiégne.

GETTY

Parecido más que razonable. El falso 2419-D en el Museo del Armisticio de Compiégne.

Sombras en la ciudad de la luz. De izda. a dcha., Albert Speer, Adolf Hitler y Arno Breker posan ante la Torre Eiffel, en junio de 1940, en una fotografía coloreada.

GETTY



ALAMY

Carros de combate. Los tanques Matilda II jugaron un importante papel en la Batalla de Francia.

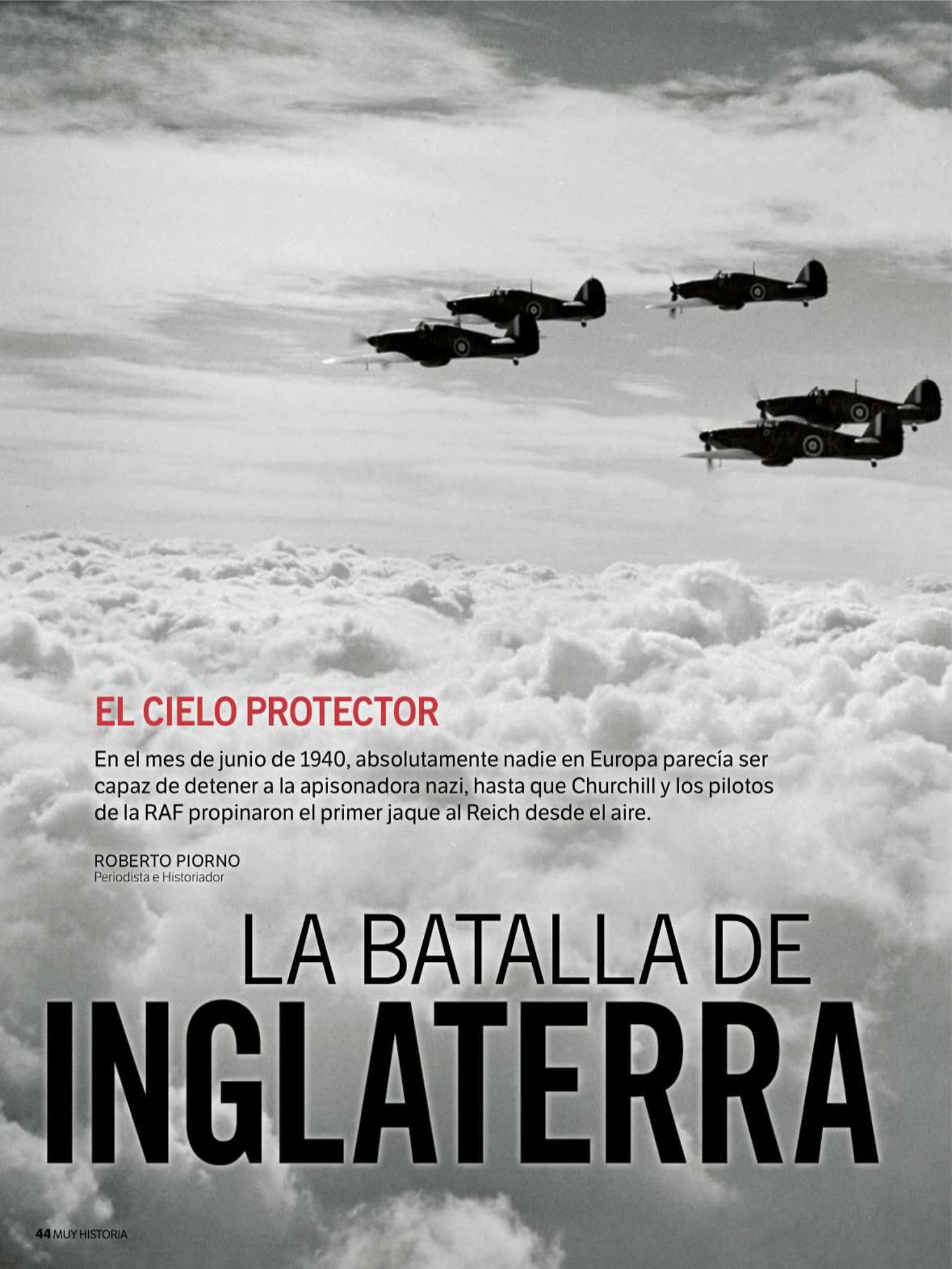
hombres (aunque hay quien afirma que esa idea partió de Churchill).

¿Fue un error de Hitler? Hay varias teorías: que no quiso aniquilar a la BEF con un bombardeo total y un ataque de Guderian para posibilitar la búsqueda de una alianza con los británicos frente a la URSS, pacto que el mismo Churchill estaba ya sopesando; que los nazis temían que sus tanques se quedaran aislados, sin gasolina o munición en pleno ataque y prefirieron esperar, con la mala suerte de que luego la lluvia embarró el avance de los Panzers; que Hitler se creyó la promesa del engreído Göring, mariscal del aire, de que se haría dueño del Canal con la Luftwaffe. El caso es que, a pesar de la pérdida de casi una decena de destructores y de muchos barcos menores, de todo el material pesado (cañones, carros Matilda, etc.), de miles de hombres muertos o hechos prisioneros..., más de 300 000 soldados fueron salvados, entre ellos miles de oficiales. Sin ese ejército, los aliados no hubieran podido organizarse en muchos meses, quizá años, y seguramente habrían perdido la guerra o firmado el pacto antisoviético anhelado por los nazis.

HITLER EN PARÍS

Pese a este éxito, ahora Francia estaba sola y sin sus cuerpos de élite; para colmo, Italia le declaró la guerra el 10 de junio. Aunque el avance de los 300 000 soldados transalpinos fue tosco y poco efectivo, poco a poco se fueron instalando en Niza, los Alpes Marítimos o Saboya. Finalmente, los nazis tomaron París el 14 de junio; el gobierno francés había huido antes a Burdeos. Los ingleses no estaban dispuestos a enviar más hombres ni más aviones, en previsión de las escasas posibilidades de defensa de sus propias islas, y el 25 de junio, después de una ofensiva de Guderian contra la Línea Maginot, se firmó la rendición en Compiégne (el mismo lugar donde Alemania se rindiera en la I Guerra Mundial).

Hitler se fotografió con sus hombres de confianza junto a la Torre Eiffel y Pétain, «el héroe de Verdún», aceptó vergonzantemente comandar el colaboracionista gobierno títere de Vichy en el sur. Comenzaba así la ocupación de dos tercios de Francia, que duraría más de cuatro años. Pétain como Jefe de Estado y Laval como presidente del Consejo de Ministros cambiaron la denominación de República Francesa por la de Estado Francés y organizaron un sistema filofascista. De Gaulle, mientras tanto, refugiado en Gran Bretaña, aprovechó la oportunidad que le dio Churchill en la BBC para proclamar la Francia Libre, que calaría en la formación de la Resistencia francesa en el interior, en la que participaron muchos exiliados republicanos españoles. Desde Londres, De Gaulle dijo: «Pase lo que pase, la llama de la Resistencia no debe apagarse y no se apagará». Pero por ahora Francia había caído. MH



EL CIELO PROTECTOR

En el mes de junio de 1940, absolutamente nadie en Europa parecía ser capaz de detener a la apisonadora nazi, hasta que Churchill y los pilotos de la RAF propinaron el primer jaque al Reich desde el aire.

ROBERTO PIORNO
Periodista e Historiador

LA BATALLA DE INGLATERRA

Resiliencia de la RAF. En la imagen, varios cazas Hawker Hurricane británicos durante la Batalla de Inglaterra.

GETTY

Lucharemos en los mares y océanos; lucharemos con confianza creciente y fuerza creciente en el aire; defenderemos nuestra isla, al precio que sea; lucharemos en las playas, lucharemos en los aeródromos, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas; no nos rendiremos jamás». 4 de junio de 1940. No hacía un mes de la investidura de Winston Churchill como primer ministro británico. El viejo continente atravesaba su hora más oscura: Europa occidental había sucumbido ante el arrollador empuje de la Wehrmacht. Bélgica era la última presa de Hitler, y Francia, acorralada, contaba las horas previas a la inminente capitulación. Nada ni nadie parecía ya capaz de contener, y mucho menos revertir, el tsunami nazi que estaba anegando Europa.

El discurso de Churchill marcó un antes y un después en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. Celebrando la «dulce» derrota en Dunkerque, el primer ministro se dirigía por primera vez a la nación sin esconder la magnitud del peligro al que Gran Bretaña se enfrentaba. La evacuación de más de 300 000 soldados de sus playas sitiadas era la primera noticia halagüeña para los aliados en mucho tiempo. Dinamarca, Noruega, Polonia, Checoslovaquia, Holanda, Luxemburgo, Bélgica y, pronto, Francia era el demoledor «parte de bajas» de una Europa en la que ya ondeaban banderas nazis en casi todas las plazas. La enorme carga simbólica del formidable rescate de la Operación Dinamo, en la que los héroes fueron los civiles británicos y no los militares, supuso un poderosísimo golpe de moral que Churchill supo exprimir. El discurso era también una advertencia muy tangible de lo que estaba por llegar. Francia era el último dique de contención entre Hitler y Gran Bretaña. El siguiente objetivo del rodillo alemán sería Londres. Había llegado el momento de que Churchill preparara a sus compatriotas para lo peor. La Batalla de Inglaterra estaba a punto de comenzar.

GETTY

Palabras decisivas. En mayo de 1940, durante la debacle en Francia, Winston Churchill fue elegido primer ministro para reemplazar al dimitido Neville Chamberlain. En la imagen, fotografiado en la BBC el día 13 de ese mes de mayo de 1940, después de su discurso en la Cámara de los Comunes.

OPERACIÓN LEÓN MARINO

Hitler era muy consciente de las enormes dificultades logísticas de una invasión anfibia de Inglaterra. El Canal de la Mancha era un muro difícilmente franqueable y el Führer esperaba que la capitulación de Francia hiciera fuertes en Gran Bretaña a los partidarios de un compromiso de paz, pero lo cierto es que existía ya un bosquejo de plan de invasión de Inglaterra desde finales de 1939. A comienzos de julio, un mes después del inspirador discurso de Churchill en la Cámara de los Comunes, el primer ministro británico no tenía la menor intención de alzar la bandera blanca. Así las cosas, comenzó a cobrar forma la Operación León Marino, cuyo propósito no era otro que la invasión de Inglaterra.

Conscientes de la superioridad de la Marina Real Británica, los alemanes sabían que el éxito pasaba por el control de los cielos. Neutralizar a la Real Fuerza Aérea (RAF) era el primer paso para, según los planes de Hitler, estar en condiciones de acometer la invasión con garantías a mediados del mes de agosto. Se esperaba, para entonces, realizar el desembarco en la franja de costa entre Yarmouth y Portland o en el estuario del Támesis y Newcastle. Un desembarco ejecutado por la Kriegsmarine (la marina alemana), apoyada desde el aire por los aviones de la Luftwaffe, que previamente habría neutralizado por completo los

Hitler **subestimó el liderazgo político y militar de Churchill** y la capacidad de los pilotos de la RAF

aparatos de la RAF. Unidades aerotransportadas serían las encargadas de establecer una cabeza de puente en las playas de Dover. Nunca antes el ejército alemán se había enfrentado a un operativo de magnitud semejante, y Hitler y sus halcones sabían muy bien de la titánica dificultad de la empresa. También lo sabía Churchill, que confiaba en la superioridad de la Marina Real Británica y en que los pilotos de la RAF aguantaran el envite y contuvieran las feroces acometidas de la Luftwaffe. La Batalla de Inglaterra se iba a librar en los cielos. El control del espacio aéreo era la clave de bóveda que posibilitaría o desmantelaría los planes de invasión alemanes.

Azuzado por el desmesurado entusiasmo de su ministro del Aire y mano derecha, Hermann Göring, el Führer pecó, como en otras ocasiones, de un exceso de confianza: subestimó el liderazgo político y militar de Churchill y la capacidad de los pilotos de la RAF, así como la resistencia de la población británica, que compartía con su primer ministro la firme voluntad de no claudicar a ningún precio. «Lo que el general Weygand llamaba la Batalla de Francia ha terminado. Supongo que la Batalla de Inglaterra está a punto de empezar». Churchill, en otro memorable discurso de junio, bautizó para la historia la sucesión de ataques de la Luftwaffe y contraataques de la RAF que tuvieron lugar entre el 10 de julio de 1940 y el 10 de mayo de 1941 en el espacio aéreo británico, en la que fue la dilatadísima primera fase de la Operación León Marino, que, en verdad, nunca estuvo cerca de desatar la segunda.

Fue la batalla aérea más importante y trascendente por su dimensión, y decisiva por su resultado, de la historia de la aviación militar. La ofensiva fue fundamentalmente llevada a cabo por las flotas aéreas 2.ª y 3.ª, bajo las órdenes de Albert Kesselring y Hugo Sperrle, que sumaban al inicio de la campaña hasta 875 bombarderos, 316 bombarderos de ataque y 929 cazas (Messerschmitt 109 y 110, fundamentalmente). La RAF, por su parte, tras las pérdidas sufridas en Francia, disponía de un total de 650 aparatos (la mayoría, Hurricanes y Spitfires). En un principio, la Luftwaffe gozaba de superioridad numérica y también técnica, pero ninguna de las dos acabó siendo determinante en la suerte de la batalla. Mucho más lo fue la

LA SEÑAL DE LA VICTORIA

Descendiente de James Watt, inventor de la máquina de vapor, Robert Watson-Watt fue uno de esos casi anónimos científicos cuyos descubrimientos resultaron determinantes para el triunfo de los aliados. Watson-Watt, natural de Escocia, fue el padre del radar, invento que patentó en abril de 1935. La guerra aún estaba lejos, pero el Ministerio del Aire comprendió pronto la excepcional ventaja que esta tecnología podía otorgar a la aviación británica en caso de conflicto. Poco a poco, Watson-Watt trabajó en aumentar el alcance de detección de las ondas. Los primeros prototipos llegaban hasta los 27 kilómetros, pero después de unos meses de investigaciones el ratio aumentó más allá de los 100 kilómetros. En 1938, se inició la instalación de una red de estaciones de radares en la costa conocida como Chain Home, que resultaría decisiva en las primeras fases de la Batalla de Inglaterra para anticipar los movimientos del enemigo. En 1940, el ingeniero escocés fue un paso más allá creando radares portátiles que se comenzaron a instalar en el interior de los cazas durante el *Blitz*. Su inmediata difusión en los meses decisivos de la batalla otorgó una ventaja determinante a los aviones de la RAF.

ALAMY

Un avance clave. Estatua de Robert Watson-Watt, creador del radar, en Angus, Escocia.

HÉROES SIN FRONTERAS

Pese al heroico desempeño de los pilotos británicos durante la Batalla de Inglaterra, esos pocos a los que, según decía Churchill, tantos debían tanto no eran, en modo alguno, exclusivamente oriundos de las islas británicas. De los 2937 pilotos que tomaron parte en la batalla, 595 fueron extranjeros procedentes de trece naciones diferentes (muchos de ellos, exiliados de los países ocupados por los nazis). Así, pilotos polacos, belgas o franceses —y el republicano español Antonio García Borrajo— defendieron los cielos con el mismo celo con el que lo hicieron los británicos. El Escuadrón 303, por ejemplo, estaba enteramente formado por polacos, considerados los mejores pilotos foráneos de la RAF, y fue responsable del derribo de hasta 100 aparatos alemanes en apenas un mes. Mención aparte merece el checoslovaco Josef Frantisek, responsable del derribo de hasta diecisiete aviones en el transcurso de la batalla. Otros pilotos extranjeros provenían de países de la Commonwealth, muy especialmente de Nueva Zelanda y Canadá (y algunos incluso de países como Jamaica o Barbados), sin olvidar a los nueve estadounidenses que prestaron servicio voluntario en el Escuadrón 609 con dedicación admirable. Ellos fueron la única ayuda —eso sí, a título particular— que los británicos recibieron de Estados Unidos, por aquel entonces aún neutral.

ASC

Josef Frantisek. Retrato del piloto checoslovaco, héroe de la RAF en la Batalla de Inglaterra.

ventaja otorgada por los radares (que se habían inventado muy recientemente), situados en puntos estratégicos a lo largo y ancho de todo el país, que permitían a los británicos prever los movimientos de los aviones enemigos y concentrar sus fuerzas en los lugares adecuados.

EL ÁGUILA DE GÖRING

La tensa espera de los británicos, que aguardaban resignados el inicio de la tormenta, terminó el 10 de julio cuando los aviones de la Luftwaffe lanzaron su primer ataque en el Canal de la Mancha. En esta primera fase de bombardeos, el objetivo eran las defensas costeras del canal y algunas industrias estratégicas, pero la limitada autonomía de los aparatos alemanes hizo modificar la táctica inicial. A mediados de agosto, Göring puso en marcha la llamada Operación Día del Águila, llevando los bombardeos a suelo británico y buscando golpear a diario en aeródromos, infraestructuras e industrias, sin dar tregua ni descanso al enemigo. Solo el 14 de agosto se ejecutaron 1786 salidas. Pero los resultados no fueron los esperados: los británicos derribaron hasta 75 aviones, perdiendo solo 34. Los pilotos de la RAF habían presentado una resistencia heroica. «Nunca en el campo de los conflictos humanos tantos debieron tanto a tan pocos», proclamó Churchill al día siguiente. El rendimiento de los aviones de la RAF superó ampliamente las expectativas de Göring, pero pronto salieron a la luz los dos principales obstáculos a los que se enfrentaba la Luftwaffe. El primero eran los obsoletos servicios de inteligencia de los alemanes. El segundo, la climatología inestable del Canal de la Mancha y de las islas Británicas en general. El exceso de confianza también volvió a ser una losa muy pesada. Göring, conocedor de los progresos británicos en el diseño y fabricación de radares móviles, desdeñó por completo la utilidad del invento, que a la postre otorgó una ventaja decisiva a los ingleses para explotar las debilidades del enemigo, pese a la inferioridad numérica.

En las primeras semanas, parecía imposible que los británicos resistieran, y lo peor estaba por llegar. El día 24 de agosto, un grupo de escuadrillas de la Luftwaffe que se dirigía a la desembocadura del Támesis para atacar objetivos clave se desvió por el mal tiempo y soltó la carga letal, aparentemente por error, sobre la ciudad de Londres, causando la muerte de numerosos civiles. Hasta entonces, todos los ataques alemanes habían respetado las

GETTY

Dia y noche. La ciudad de Londres quedó devastada por la artillería aérea alemana en los duros meses del *Blitz*.

reglas de la guerra evitando el bombardeo de ciudades o núcleos habitados y limitándose a apuntar a objetivos estratégicos y militares. El gobierno alemán pidió disculpas, pero cayeron en saco roto. Churchill ordenó una operación de represalia enviando a la RAF a bombardear Berlín, donde no se causaron grandes daños. Pero se había cruzado ya un Rubicón sin retorno: Hitler reaccionó ordenando un cambio de estrategia que tenía más de impulso emocional y de revancha que de directriz orientada a lograr los objetivos marcados al comienzo de la campaña.

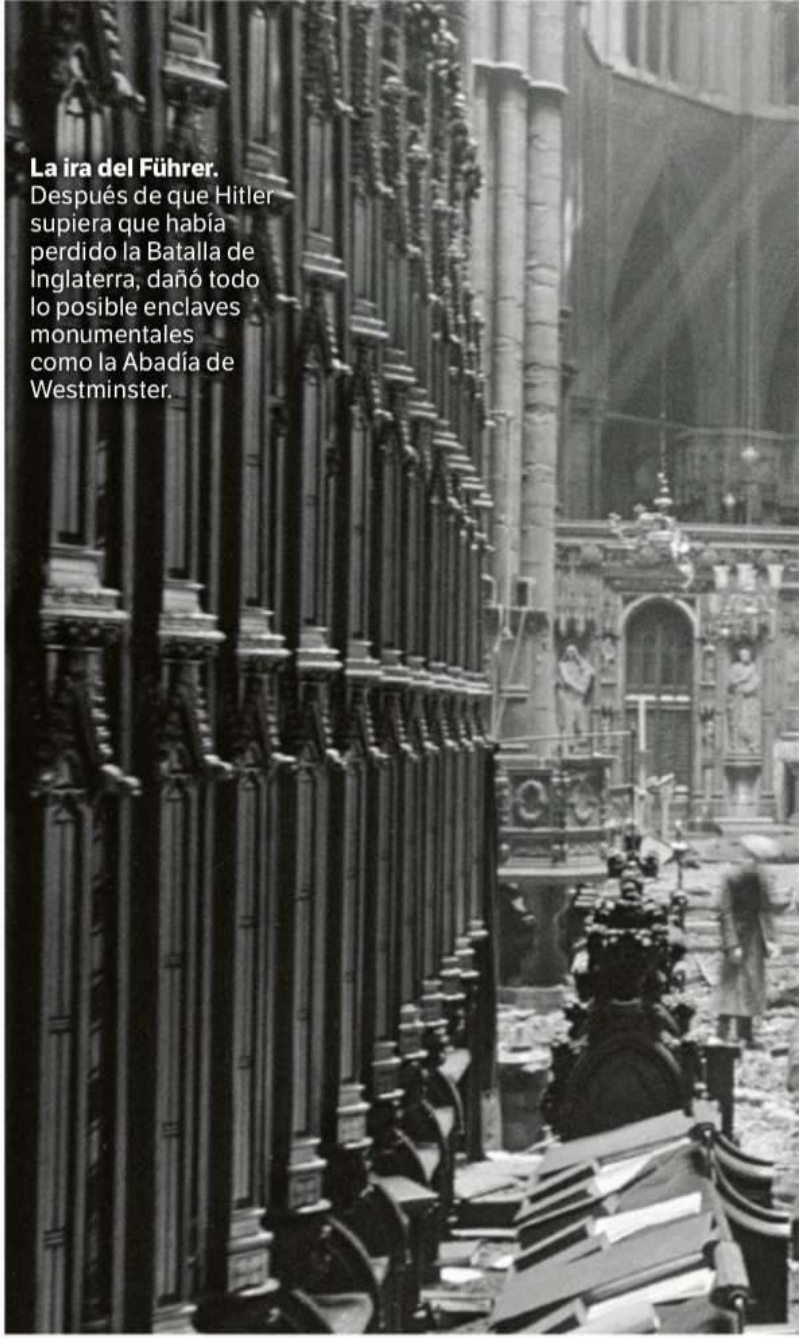
En las primeras semanas, **parecía imposible que los británicos resistieran,** y lo peor estaba por llegar

TORMENTA SOBRE LONDRES

Así, no se interrumpieron los bombardeos a enclaves estratégicos, pero el 7 de septiembre de 1940 se desataron todos los infiernos desde los cielos británicos. El Führer ordenó obviar las leyes de la guerra *(ius in bello)* y centrar todos los esfuerzos en bombardear sistemáticamente objetivos civiles, buscando el mayor número posible

GETTY

Masacre de civiles. Pintura del alemán Georg Lebrecht (1875-1945) que muestra cazas de la Luftwaffe bombardeando una ciudad inglesa.



La ira del Führer. Después de que Hitler supiera que había perdido la Batalla de Inglaterra, dañó todo lo posible enclaves monumentales como la Abadía de Westminster.

de víctimas pero también implantar una estrategia de terror que aplastara la moral británica. Así comenzó el *Blitz,* siete meses de bombardeos ininterrumpidos, día y noche, contra la población indefensa de las principales ciudades del país (sobre todo, Londres).

A esas alturas, Hitler ya demoraba indefinidamente la puesta en marcha de la segunda fase de la Operación León Marino, prevista inicialmente para agosto y después pospuesta hasta septiembre. Los pilotos de la RAF estaban demostrando ser un hueso mucho más duro de roer de lo previsto y Hitler estaba furioso y sediento de venganza. El primer día del *Blitz,* la RAF logró derribar 41 aparatos alemanes, atenuando así notablemente la masacre. No pudieron evitar, eso sí, que el día se saldara con 3000 muertos y 1300 heridos. Y aquello era solo el principio. Ningún ciudadano británico estaba ya a salvo bajo el techo de su casa. Eso sí, el empeño de la aviación británica y el mal tiempo permitieron que, en los siguientes meses, los alemanes bombardearan con dificultad y sin la continuidad deseada. Pero Londres no estaba preparado para el enorme desafío. Los refugios brillaban por su ausencia y apenas contaba con una centena de defensas antiaéreas. Estaciones de metro y sótanos de edificios habilitados por las autoridades permitieron, al menos, a muchos londinenses refugiarse de las bombas.

La muerte y la destrucción poblaban cada calle y la pesadilla parecía no tener fin. Pero resistir era vencer: Churchill se negó a abandonar Londres para dirigir las operaciones desde un lugar seguro. Una vez más, el primer ministro predicaba con el ejemplo: o todos o ninguno. Durante esos fatídicos meses, los Spitfire británicos lograron frenar las acometidas de los aparatos de la Luftwaffe gracias a su enorme maniobrabilidad, repeliendo a las escuadrillas alemanas una y otra vez y salvando miles de vidas. Poco a poco, los ataques teutones

GETTY

fueron perdiendo ímpetu y fe en el éxito, pero a costa de dejar un reguero de muertos y escombros en Liverpool, Coventry, Birmingham, Bristol, Newcastle, Belfast... Los radares, los aviones ingleses, la tenacidad de Churchill y la resiliencia del pueblo británico estaban ganando, empero, la batalla. El 10 de mayo de 1941 tuvo lugar el último bombardeo sobre Londres. Hitler se había rendido, pero murió matando: destrozó monumentos emblemáticos como el Museo Británico o la Abadía de Westminster. Era su puñetazo en la mesa. El cielo británico era un muro infranqueable y, finalmente, dio orden de abortar la invasión de Inglaterra. Los ataques continuaron de manera esporádica durante algunos meses, pero fueron solo incursiones testimoniales.

Hitler había perdido la Batalla de Inglaterra y había decidido concentrar todos los esfuerzos de la Luftwaffe en la inminente Operación Barbarroja, en el frente soviético. Fue el primer revés serio para la Alemania nazi después de una imparable sucesión de éxitos y, en cierta manera, el primer punto de inflexión. El invierno en el frente ruso y la anhelada invasión anfibia, pero en sentido opuesto —desde Inglaterra hacia Francia, rubricada con el desembarco de Normandía—, terminarían de inclinar la balanza. Los pilotos de la RAF habían demostrado que el monstruo era vulnerable. Por el camino, eso sí, quedó un reguero de 43 000 muertos, 100 000 heridos y ciudades devastadas. «Nunca tantos debieron tanto a tan pocos». Los nazis habían empezado a perder la guerra. MH

Conferencia de Yalta. La reunión que mantuvieron Iósif Stalin, Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt, como jefes de Gobierno de la Unión Soviética, del Reino Unido y de Estados Unidos, del 4 al 11 de febrero de 1945, suele considerarse como el comienzo de la Guerra Fría.

GETTY

EL MUNDO REACCIONA CONTRA EL FASCISMO

La confianza del Führer fue decayendo a medida que las fuerzas aliadas crecían más y más según avanzaba la guerra. Con la decisiva entrada de Estados Unidos en el conflicto, la balanza se iba a inclinar hacia los enemigos del Eje.

JUAN CARLOS LOSADA
Especialista en historia militar y escritor

DE LA DEBILIDAD A LA VICTORIA ALIADOS

Los enemigos de las fuerzas fascistas en la Segunda Guerra Mundial, los llamados aliados, no dejaron de crecer en número y poder desde el inicio de la guerra. De los cuatro millones escasos de soldados con los que contaban al principio de la contienda se pasó a los más de cincuenta millones que estaban combatiendo al final. Este crecimiento de efectivos fue determinante para resolver victoriosamente el conflicto. Sobre todo desde 1942, año en que la balanza comenzó a inclinarse aceleradamente hacia su lado.

Desde 1936, China venía siendo derrotada por Japón sin que ninguna potencia occidental le prestase ayuda. Ciegas ante los peligros del expansionismo nipón, creían que aquella guerra de claros tintes genocidas era un asunto de incumbencia exclusivamente asiática y que a los Estados de Occidente no les afectaría jamás. Este desinterés no era más que una extensión de la suicida política de apaciguamiento que, hasta el momento, británicos y franceses habían practicado en Europa, en la ingenua creencia de que las claudicaciones ante Hitler alejarían el peligro de la guerra.

SOLAS ANTE EL PELIGRO

Por ello, cuando en septiembre de 1939 Alemania se lanzó contra Polonia, los aliados fueron cogidos por sorpresa sin poder reaccionar. No les quedó otra opción que declarar la guerra en apoyo de Polonia, aunque en tres semanas los polacos estaban vencidos y a partir de entonces solo pudieron aportar a la lucha unos cuantos miles de hombres reclutados en el exilio. China, Francia y Gran Bretaña estaban solas ante el peligro, sensación que

GETTY

Sin vuelta atrás. Vendedores de periódicos en Piccadilly Circus anuncian la invasión de Polonia.

ASC

La Línea Maginot. Cruce de galerías de la extensa fortificación que no bastó para defender Francia.

se acrecentó cuando Stalin invadió tres semanas más tarde el este de Polonia, tras su pacto secreto con Hitler. Por si fuera poco, en Estados Unidos imperaban las tesis aislacionistas que preconizaban la indiferencia ante los asuntos alejados de su continente, en donde, además, el Führer contaba con no pocas simpatías. Impotentes, británicos y galos asistieron a la imparable conquista alemana de Dinamarca y Noruega, en donde sus fuerzas expedicionarias fracasaron. Sus temerosos ejércitos, desplegados en la frontera franco-alemana, se aprestaron pasivamente a resistir, confiando ilusamente en las defensas de la Línea Maginot y renunciando a cualquier ofensiva. Simplemente, no sabían qué hacer.

Cuando en mayo de 1940 se desató la ofensiva germana sobre Francia, Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos, todo se desmoronó como un castillo de naipes. El ataque relámpago acabó con toda la resistencia armada de sus ejércitos y del cuerpo expedicionario británico. La derrota fue colosal, Francia tuvo que rendirse —pasando a colaborar con los nazis— y solo la exitosa evacuación en Dunkerque de la mayor parte de las fuerzas británicas evitó que la derrota fuese más grave. La Europa occidental continental estaba totalmente ocupada y Gran Bretaña había quedado aislada. En esos momentos parecía que para los aliados estaba todo perdido, pues solo restaba el gobierno de Londres como enemigo de Hitler. Pero la insularidad salvó a los británicos y, ante el fracaso en el aire de la Luftwaffe ante la RAF, los planes de desembarco en las islas se aplazaron *sine die*. En ese momento el Führer cometió su más terrible y

decisivo error o, más bien, dos concatenados. El primero fue pensar que, para obligar a Londres a firmar la paz, nada mejor que aniquilar a la Unión Soviética, el tradicional enemigo ideológico del nazismo. Con ello no solo ampliaría hacia el este el «espacio vital» de Alemania y sus aliados, sino que amedrentaría a los británicos ante tal exhibición de poder. El segundo fue despreciar la capacidad de resistencia de Stalin y del pueblo soviético. El curso de la guerra pronto iba a cambiar inexorablemente.

LA URSS SE INCORPORA A LA LUCHA

Antes de atacar a Rusia, Alemania tuvo que entretenerse en conquistar Yugoslavia y resolver la toma de Grecia, en donde los italianos se habían atascado. Ello no solo le hizo distraer fuerzas sino que le obligó a demorar su ofensiva contra la Unión Soviética. El retraso se demostró fatal pues, aunque el ataque de junio de 1941 cogió por sorpresa a Stalin y fue aniquilador, las fuerzas alemanas quedaron en diciembre empantanadas ante Moscú sin el equipo de invierno necesario; se comenzaba a pagar el exceso de confianza.

En la primavera de 1942 se reanudaron las operaciones hacia el sur de la URSS, hacia los pozos de petróleo del Cáucaso. Pero por entonces Moscú ya había comenzado a recibir cientos de miles de toneladas de armas y vehículos de transporte enviados por Gran Bretaña y Estados Unidos a través del Ártico y el estrecho de Bering y desde Persia. Esto, unido a las grandes reservas humanas de las que la URSS disponía —y tras saber Stalin por su espía Richard Sorge que Japón no iba a atacar por Siberia al estar planeando su ataque a los estadounidenses—, permitió al Ejército Rojo concentrar a millones de hombres bien equipados en el oeste para hacer frente a los nazis. Todo ello se plasmó con rotundidad, por vez primera, en la terrible derrota que los soviéticos infligieron a los alemanes en Stalingrado, entre fines de 1942 y principios de 1943, que causó más de 850 000 bajas a los invasores. Los soviéticos sufrieron aún más pérdidas, pero tenían reservas para reponerlas y, además, poseían una enorme motivación, fruto de las ansias de venganza por las atrocidades sufridas a manos de los nazis.

LOS ALEMANES PIERDEN TERRENO

Al disponer de muchas reservas humanas, la estrategia se basó en la masiva acumulación de medios, en oleadas y oleadas de soldados que eran enviados al combate como carne de cañón, a veces sin armas, debiendo coger las del camarada caído. Los comisarios políticos de las distintas unidades se encargaban de que nadie flaquease en el combate, castigando con la ejecución inmediata cualquier muestra de debilidad o retirada ante el enemigo. Era una estrategia cruel, pues despreciaba la vida

GETTY

La Francia Libre. El primer ministro británico Winston Churchill inspecciona las tropas junto al general Charles De Gaulle, en junio de 1940.

GETTY

Churchill y Stalin, extraña pareja. En 1944, el mundo capitalista y el comunista trabajaban por un fin común.

Batalla de Stalingrado. Este enfrentamiento significó el declive del avance de los ejércitos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, gracias a la tenaz resistencia de las tropas soviéticas.

de los combatientes, pero sin duda efectiva, ya que permitía explotar la superioridad numérica ante un adversario cada vez más falto de recursos.

Desde la primavera de 1943, a pesar de los intentos de contraataque nazis —como el que ese verano provocó la batalla de Kursk, el combate de tanques más grande de toda la historia—, los alemanes fueron perdiendo terreno de modo inexorable, lo que anunciaba el inevitable final. Para añadir más presión, en ese mismo verano británicos y estadounidenses desembarcaban en Italia tras haber expulsado al Eje del norte de África; Alemania estaba cada vez más cercada.

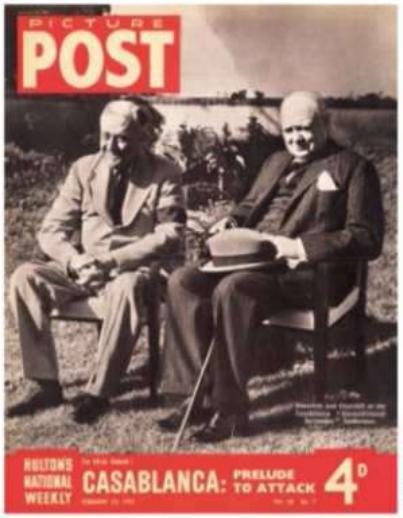
Mientras tanto, en diciembre de 1941, Japón se lanzó a la guerra contra Estados Unidos atacando Pearl Harbor. Al mismo tiempo, conquistaba fácilmente Indochina, Malasia, Indonesia y Filipinas. En otro exceso de confianza y despreciando al enemigo, pensaba que el golpe sería demoledor para los norteamericanos y que estos no se lanzarían a la guerra, presos de su política aislacionista.

Desde la primavera de 1943, a pesar de los intentos de contraataque nazis, **los alemanes fueron perdiendo terreno** de modo inexorable

Pero Washington se había ido involucrando progresivamente en la guerra desde hacía más de un año, prestando y vendiendo armas y toda clase de productos a británicos primero, y luego a soviéticos, y perdiendo numerosos mercantes en el Atlántico a manos de los sumergibles alemanes. Los americanos fueron sorprendidos, pero reco-

Duro frente del Este. Tropas alemanas se refugian detrás de un tanque durante el ataque a un pueblo al norte de Moscú, en el invierno de 1941.

GETTY



GETTY

Artillería aliada. En 1943, las tropas de EE. UU. llegaron al sur de Italia al tiempo que la Wehrmacht se retiraba hacia el norte (a la izda., un tanque Chaffee en Bolonia en 1945). A la dcha., Roosevelt y Churchill en Casablanca, en 1943.

gieron el guante y se lanzaron a reconquistar paso a paso el Pacífico. Su potente industria, siempre a salvo de ataques, se puso a producir a un ritmo frenético y suministró armas, equipos, alimentos y medicinas tanto a sus hombres como a los británicos y chinos que combatían en Asia contra los invasores japoneses.

En otro acto de incomprensible irresponsabilidad política y militar, Hitler dio un salto adelante y aprovechó el ataque de los nipones para declarar también la guerra a Estados Unidos. Creía ciegamente en la potencia militar japonesa, impresionado por sus éxitos fulgurantes de los primeros meses en el Extremo Oriente y el Pacífico. Ciertamente, el ejército norteamericano estaba oxidado y no tenía la preparación de sus enemigos, pero sí contaba con motivación, con unas enormes reservas demográficas y, sobre todo, con una potencia económica, industrial y científica superior a la del resto de contendientes. Cuando toda esta maquinaria se puso en marcha, solo era cuestión de pocos meses que sus tropas comenzasen a adquirir experiencia. Se habían visto atacados por sorpresa y les sobraban motivos de venganza ante Japón, pero además necesitaban la victoria de los británicos y soviéticos contra los alemanes si querían recuperar las inversiones económicas en préstamos y ventas que les habían hecho.

ARRANCA EL TEATRO DEL PACÍFICO

Millones de soldados americanos fueron a la guerra. En primer lugar, se centraron en recuperar las islas del Pacífico que les habían arrebatado los nipones. Su potencia aeronaval fue decisiva en este teatro de operaciones aunque, como es sabido, en este escenario la guerra no concluyó hasta agosto de 1945, cuando lanzaron las bombas nucleares sobre Japón que demostraron su superioridad tecnológica y científica. En segundo lugar, se centraron en el norte de África y en Europa, apoyando a los británicos y a los franceses de De Gaulle que se negaban a obedecer al gobierno colaboracionista de Vichy. Así,

PACTOS EN CASABLANCA, TEHERÁN Y YALTA

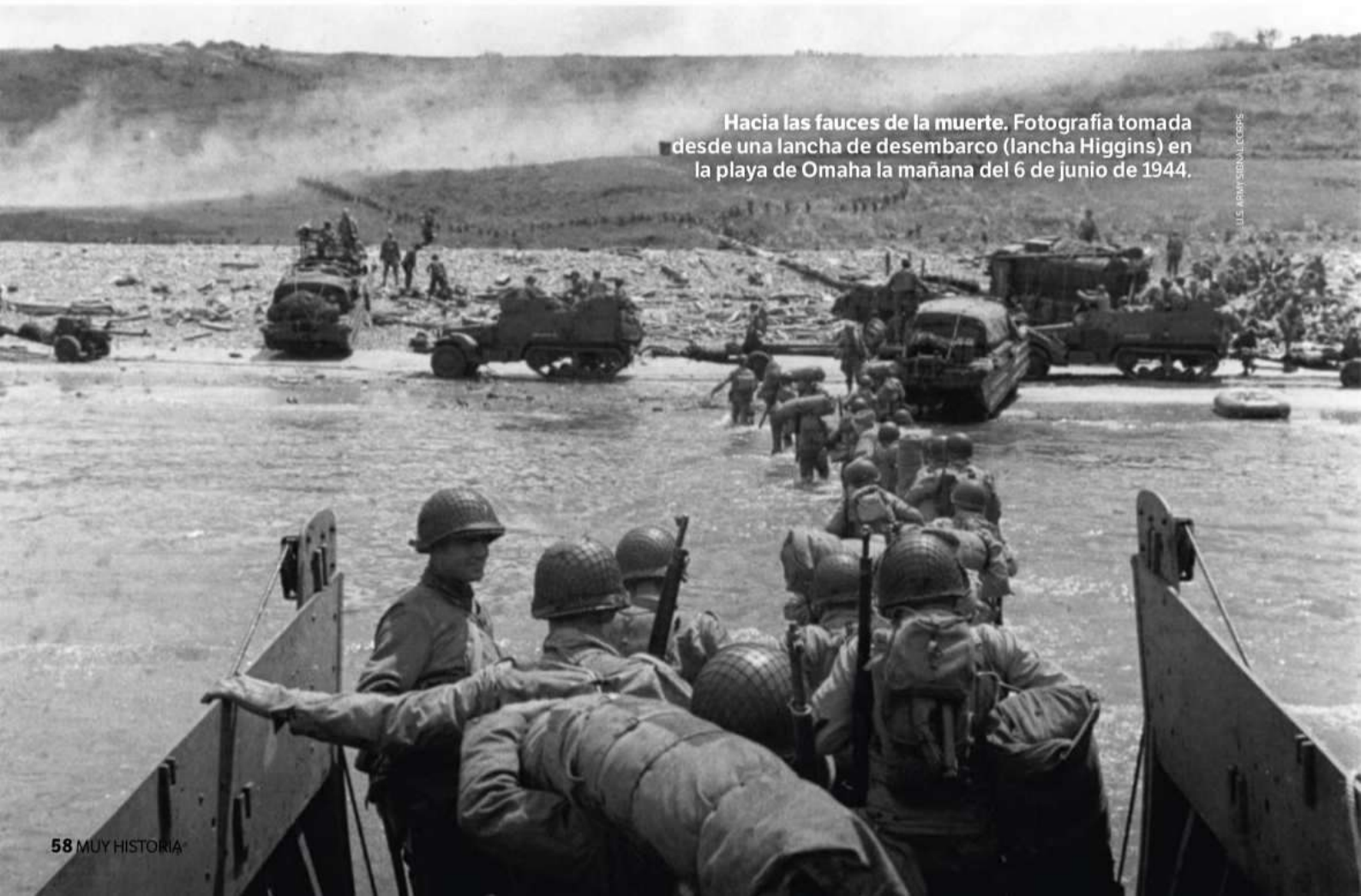
A pesar de tener el objetivo común de derrotar a las fuerzas del Eje, las relaciones entre los aliados distaron mucho de ser plácidas, tanto por discrepancias sobre los objetivos militares como por diferencias de tipo político. En la Conferencia de Casablanca (Gran Bretaña, EE. UU. y Francia Libre), en enero de 1943, se planeó la ofensiva sobre el sur de Italia al tiempo que se reconocía a De Gaulle como interlocutor. Las posteriores de Teherán y Yalta, en diciembre de 1943 y febrero de 1945, respectivamente, ya contaron con la presencia de la URSS. En la primera se planteó abrir el frente occidental en Francia para aliviar el esfuerzo soviético y también —aunque sobre todo en la segunda— los debates se centraron en la configuración del mapa de las fronteras tras el fin de la guerra y la fragmentación de Alemania.

LOS HUMILDES SOCIOS DE IBEROAMÉRICA

Aparte de los grandes países conocidos, hubo otros más pequeños que también se involucraron en el bando aliado. Eran de América central y del sur y buscaban ganarse el apoyo de EE. UU. y favorecer sus exportaciones. Todos se unieron tras el ataque a Pearl Harbor: Panamá y Costa Rica de forma casi inmediata, y Cuba, días después, arguyendo que varios de sus buques habían sido hundidos por submarinos alemanes. En 1942 se sumaron Brasil y México. El primero aportó 30 000 hombres, que combatieron casi en su totalidad en el frente italiano y sufrieron unas 1500 bajas mortales. El segundo envío un grupo de pilotos de aviación, que se encuadraron en el ejército estadounidense y lucharon contra Japón en el Pacífico. Colombia se afilió en 1943, aunque solo contra Alemania. Por último, en 1945, poco antes de finalizar la contienda, se sumaron Argentina, Uruguay, Chile y Venezuela, aunque desde hacía años ya venían colaborando económicamente con los aliados.

Desde hacía tiempo, **Stalin exigía a sus aliados la apertura de un frente en el oeste** que le aliviase del esfuerzo de combatir a los nazis en Europa

en noviembre de 1942, más de 100 000 hombres de las fuerzas británicas, estadounidenses, de la Francia Libre y de países de la Commonwealth (sobre todo canadienses) desembarcaron en Marruecos para acabar con las fuerzas francesas colaboracionistas. Luego, desde Argelia, avanzaron sobre Túnez y Libia y obligaron a las fuerzas del Eje a evacuar definitivamente África en mayo de 1943, para pasar dos meses después a Sicilia. La invasión de Italia provocó, además, la destitución de Mussolini y que parte del ejército italiano se pasase ahora a las filas aliadas, reforzándolas aún más.



Hacia las fauces de la muerte. Fotografía tomada desde una lancha de desembarco (lancha Higgins) en la playa de Omaha la mañana del 6 de junio de 1944.

U.S. ARMY SIGNAL CORPS

GETTY

Campaña en África del Norte. Arriba, conferencia en el cuartel general de las Fuerzas Aliadas en el norte de África, en junio de 1943 (en el centro, Winston Churchill). Con esta campaña los Aliados occidentales ayudaron a disminuir la presión en el frente ruso.

GETTY

Operación Torch. Los aliados lucharon en el norte de África contra las tropas italianas y francesas que apoyaban al Gobierno de Vichy. Arriba, una imagen del desembarco el 8 de noviembre de 1942.

Pero la aportación más determinante de los militares estadounidenses fue, sin duda, el famoso desembarco de Normandía en junio de 1944. Desde hacía tiempo, Stalin exigía a sus aliados la apertura de un frente en el oeste que le aliviase del casi exclusivo esfuerzo de combatir a los nazis en Europa.

En Italia se avanzaba muy lentamente y era preciso abrir otro escenario más decisivo. Cerca de dos millones y medio de soldados desembarcaron en ese mes en las playas de Francia, en la operación anfibia más nutrida de la historia. Iban a bordo de unos 7000 buques y apoyados por 11 000 aeronaves. Más de la mitad serían estadounidenses, y el resto británicos y, en menor medida, canadienses. También había varios miles de holandeses, belgas, polacos y franceses, estos últimos ansiosos de participar directamente en la liberación de su país.

Una vez vencida la resistencia nazi, y a pesar de esporádicos contraataques como en las Ardenas, el camino hacia el corazón de Alemania estaba abierto. Se iniciaba ahora una carrera entre anglosajones y soviéticos por ver quién llegaba antes a Berlín, cosa que lograrían los segundos en mayo de 1945, poniendo fin de ese modo a la Segunda Guerra Mundial.

UNA DERROTA ANUNCIADA

Mientras Alemania se había quedado sin reservas humanas y materiales, los aliados las habían ido acumulando incesantemente y de modo creciente. Obviamente, la moral también jugó su papel: los aliados estaban cada vez más convencidos de la victoria, mientras que en las fuerzas del Eje no dejaba de cundir el desánimo ante una derrota que ya se percibía como inevitable. Fue esa desproporción la que acabó, finalmente, decidiendo la suerte de la contienda. MH

Cava por la victoria. Miembros de la Defensa Civil y soldados retiran los escombros que han sepultado la estación de metro de Bank, frente al edificio neoclásico de la Royal Exchange, la bolsa de la City londinense, bombardeada en enero de 1941.

GETTY

RESILIENCIA ENTRE LAS RUINAS

LA VIDA BAJO LAS BOMBAS

La devastadora campaña de bombardeos alemanes sobre Gran Bretaña dejó ciudades arrasadas y miles de víctimas, pero también cimentó el espíritu de resistencia británico, que bajo el liderazgo de Churchill y con la determinación de la población, resistió la embestida y mantuvo viva la lucha contra el Tercer Reich.

LAURA MANZANERA
Periodista y escritora

Según escribo estas líneas, seres humanos sumamente civilizados me sobrevuelan intentando matarme. No sienten ninguna enemistad personal hacia mí, ni yo hacia ellos. La mayoría, no me cabe duda, son hombres bondadosos, respetuosos con las leyes, que jamás soñarían con cometer un asesinato en su vida privada. Pero si uno de ellos consigue hacerme pedazos con una bomba bien lanzada no dormirá peor. Están al servicio de su país, que tiene plenos poderes para absolverlo de todo mal». Lo escribió en septiembre de 1941 un vecino de Londres. Se llamaba Eric Blair, aunque firmaba sus artículos como George Orwell, uno de los grandes escritores del siglo XX.

No sabemos si el resto de habitantes se mostraban tan comprensivos como Orwell, pero sí que cuando este hizo la reflexión, la Luftwaffe llevaba un año bombardeando la capital británica. Eso sí, los ingleses lo vieron venir.

Cuando Gran Bretaña y Francia accedieron a que la Alemania nazi se anexionase los Sudetes checoslovacos con la vana esperanza de frenar su expansión, el Gobierno británico había repartido 38 millones de máscaras antigás entre la población. Un año más tarde, el 3 de septiembre de 1939, tras la declaración de guerra a Alemania y mientras se desarrollaba la batalla del Atlántico,

GETTY

Testigo del *Blitz*. El escritor y periodista George Orwell frente a un micrófono de la BBC.

El día después. Una escena en el centro de Londres la mañana siguiente a un bombardeo, en 1940.

GETTY

en Londres se oyó una sirena y los niños fueron evacuados. Pese a la alarma, los temidos ataques aéreos germanos se hicieron esperar. A finales de la primavera de 1940 la gente ya no cargaba sus máscaras de gas y muchos refugios abandonados se habían inundado.

Tras la caída de Francia el 14 de junio de 1940 los británicos aguardaban una ofensiva aérea sin precedentes. «Un banquete de 14 000 aviones oscureciendo los cielos se abatirán sobre nosotros muy pronto», anunció el recién nombrado primer ministro: Winston Churchill.

LONDRES: EJEMPLO DE RESISTENCIA

El 7 de septiembre de 1940 a las 4:43h, el cielo del sureste de Inglaterra se ensombreció y se oyó el rugido de los motores de los aviones en dirección Londres. La sirena apodada «el lamento de Winnie» se dejó oír con fuerza. Las bombas incendiarias cayeron sobre los muelles y las bo-

ASÍ EMPEZÓ TODO

Los primeros ataques a Gran Bretaña desde el aire fueron sobre objetivos estratégicos y económicos en el Canal de la Mancha. Hasta que el día 24 de agosto de 1940, las escuadrillas destinadas a bombardear la desembocadura del Támesis se desviaron (tal vez a causa de la climatología adversa) y terminaron por soltar las bombas sobre algunos barrios de Londres. Aparte de causar daños destacados, hubo víctimas civiles. Que el Gobierno alemán alegase un error y pidiese disculpas no disminuyó un ápice la indignación en Gran Bretaña, cuya población se encontraba ya a esas alturas bastante desmoralizada. La respuesta inglesa no se haría esperar.

Nada más ser nombrado primer ministro, Churchill había advertido que «la supervivencia de la civilización cristiana» dependía de la resistencia de Inglaterra. Nada más y nada menos. Según declaró el premier, si el país caía, el mundo naufragaría «en el abismo de una Edad Oscura». Tal convencimiento le llevó a responder de inmediato al enemigo con la misma moneda. Al día siguiente de que lloviesen sobre los londinenses las primeras bombas, los aviones de la RAF bombardearon unas fábricas en la capital alemana. Era asimismo la primera vez durante la contienda en que esta resultaba atacada, así que también la moral germana se vio afectada.

El bombardeo de Berlín coincidió con la reunión de los ministros de Exteriores alemán y soviético, Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Molotov. Mientras Ribbentrop explicaba a su homólogo la buena marcha de la campaña contra Gran Bretaña, hubieron de interrumpir el encuentro para correr a un refugio antiaéreo. Una vez allí, parece que Molotov preguntó: «Si los británicos están derrotados, ¿quién nos está bombardeando?». No iba desencaminado. Todo hacía pensar que Gran Bretaña no pondría las cosas fáciles.

Aunque a efectos reales el ataque a Berlín fue leve, estaba cargado de simbolismo y fue el detonante para iniciar la ofensiva aérea conocida como Blitz, el bombardeo casi diario durante ocho meses sobre Inglaterra con el que Hitler pretendía forzar su rendición. Empezó en Londres el fatídico 7 de septiembre de 1940, cuando los muelles, el East End y barrios comerciales, residenciales y administrativos del centro fueron bombardeados indiscriminadamente. Cayeron edificios históricos pero también barriadas enteras de viviendas.

Los británicos no olvidarían aquella fecha, que supuso un punto de inflexión. Desde entonces, los alemanes dejaron de respetar las reglas bélicas que obviaban los objetivos civiles. Por descontado, continuarían los ataques a objetivos militares e industriales, pero la mayoría serían a las ciudades, y Londres se llevaría la peor parte. Los objetivos ya no eran solo militares, sino civiles. Se pretendía desmoralizar a los británicos y forzar la capitulación del Gobierno.

GETTY

Un impulso para la moral. Los restos de un caza Messerschmitt Bf 109 de la Luftwaffe derribado por la RAF durante la Batalla de Inglaterra son exhibidos ante los curiosos frente al Palacio de Westminster.

degas junto al Támesis fueron pasto de las llamas. Los fuegos sirvieron de faro a los pilotos para una segunda oleada de bombas. La zona pasó a ser un amasijo de licor ardiendo, cereales chamuscados y azúcar derretido. Las ratas huían despavoridas en todas direcciones y los bomberos a duras penas avanzaban, pues las botas se enganchaban en el suelo pegajoso.

Aunque en un principio la población civil no era el objetivo de los alemanes, los elevados «daños colaterales» resultaron inevitables, en gran parte porque los empleados vivían cerca de muelles y fábricas.

A las 6:30h los bombarderos ya estaban en Francia de regreso. Se avisó de que el peligro había pasado, pero apenas hubo tiempo de respirar. A las dos horas los aparatos volvieron y las bombas se extendieron desde el puente de Londres a lo largo de unos once kilómetros. El East End se quedó sin agua, sin gas, sin electricidad y sin teléfono.

En aquella primera gran ofensiva participaron más de 900 aviones, entre bombarderos y cazas, una cifra jamás vista hasta entones. Unas 450 personas perdieron la vida y 1600 resultaron heridas.

Hubo un antes y un después de aquello. La tormenta de bombas sobre Londres se tornó rutina y prosiguió durante 57 noches consecutivas. «Hitler ha encendido un fuego que arderá hasta que quememos los últimos vestigios de la tiranía nazi». Las palabras de Churchill habían resultado proféticas y, mientras la tiranía era vencida, las bombas transformaron radicalmente el paisaje de la capital.

Aunque para Navidad hubo una fugaz tregua, el 29 de diciembre la Luftwaffe reincidió con un nuevo destino: la City, el distrito financiero. Casi de golpe llovieron 300 bombas alrededor de la catedral de San Pablo, que se salvó gracias al dispositivo de protección desplegado por bomberos y voluntarios. No corrió la misma suerte la Cámara de los Comunes y sus señorías tuvieron que mudarse a una iglesia cercana. Las bombas alcanzaron de pleno el Museo Británico, la abadía de Westminster y el palacio de Saint James. Un artefacto impactó en el elegante Café de París y los saqueadores no tardaron en hacer acto de

Aunque al principio la población civil no era objetivo de los alemanes, **los elevados «daños colaterales»** cerca de muelles y fábricas resultaron inevitables

GETTY

GETTY

Destrucción sin descanso. De izda. a dcha., una bomba incendiaria alemana del modelo B1E cae sobre la ciudad de Londres durante el *Blitz*; las instalaciones portuarias del estuario del Támesis son pasto de las llamas después de los primeros bombardeos alemanes del 7 de septiembre de 1940; foto aérea con los objetivos alcanzados por el bombardeo alemán sobre Coventry del 14 de noviembre de 1940.

presencia. Buscaban carteras y joyas que arrebatar a los cadáveres.

Parecía imposible que los británicos pudiesen resistir. Las escuadrillas del Reich aparecían a cualquier hora y descargaban su mortífera carga en los lugares más inesperados: hospitales, escuelas, orfanatos, iglesias... Calles repletas de cadáveres, charcos de sangre en las aceras, familias sin hogar y escombros por doquier transformaron Londres en un escenario dantesco. Numerosas empresas cesaron su actividad y otras tantas tiendas cerraron. Los londinenses solo pensaban en sobrevivir, un milagro ante las bombas y la escasez de alimentos y medicinas.

REFUGIOS IMPROVISADOS

La ciudad solo contaba con unas 90 defensas aéreas y apenas refugios, así que hubo que improvisar. La mayoría de londinenses se escondía en refugios de hierro en sus jardines o en otros públicos de ladrillo, así como en lugares oficialmente destinados, normalmente sótanos de edificios de oficinas. Otros lo hacían bajo puentes y muchísimos escogieron estaciones de metro. Aunque la política oficial prohibía refugiarse en ellas, nadie lo impedía. Ya en la primera noche de bombardeos, presos del pánico, los habitantes del East End compraron billetes para hacer viajes cortos y se negaron a salir a la superficie. Para las autoridades era obvio que obligarles a cumplir la prohibición provocaría enfrentamientos y una bajada de moral que no podían permitirse.

Unas ochenta estaciones proporcionaron cobijo a miles de personas que esperaban a que pasase el peligro hacinadas, con frío y en condiciones realmente insalubres. El 14 de octubre de 1940, una bomba impactó en la de Balham y murieron 68 personas, bastantes de ellas ahogadas en aguas cloacales. Ni siquiera bajo tierra la salvación estaba asegurada.

Había que animar a la población como fuese, sobre todo a los más jóvenes. Una promoción en el periódico *Daily Herald* alentaba a los padres a «mantenerse en calma y joviales» durante los

GETTY

ataques por el bien de sus hijos. Y con el fin de intentar quitar hierro al asunto, proliferaban los juegos de bombardeos y los pequeños jugaban a ser socorristas entre las ruinas.

Una noche, los oyentes de la BBC escucharon un fuerte estruendo. Una bomba había alcanzado la sede de la corporación. El presentador en antena exhibió nervios de acero al hacer una brevísima pausa y seguir como si nada. Y es que el boletín de noticias de las 21h era indispensable para los londinenses, necesitados más que nunca de información.

Mantener la calma resultaba extremadamente difícil. Churchill lo sabía y quiso predicar con el ejemplo. Se negó a trasladar su despacho, en un sótano vulnerable del Whitehall, la sede del Gobierno, a un lugar más seguro. Tuvo suerte y ninguna bomba impactó en el edificio.

Por contra, una de las alas del palacio de Buckingham quedó considerablemente afectada sin que ningún miembro de la familia real resultase herido. Es más, quedarse en Londres fortaleció su imagen. Una frase de la reina consorte Isabel lo dejaba claro: «Mis hijos no se irán sin mí, y yo no me iré sin mi marido, que por supuesto permanecerá en Buckingham».

Habría otros bombardeos sobre Londres, pero el último contundente tuvo lugar el 10 de mayo de 1941. Cuando Hitler volvió la vista hacia el este pensando en invadir Rusia, el ataque aéreo contra el Reino Unido llegó a su fin.

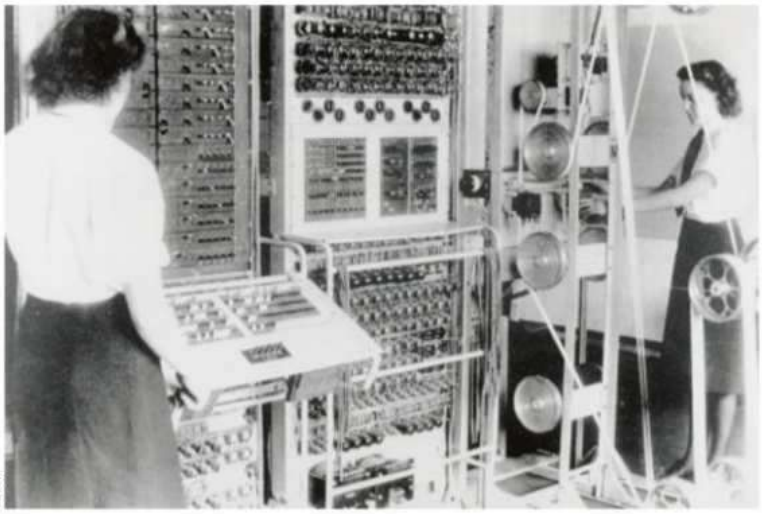
COVENTRY: OPERACIÓN SONATA CLARO DE LUNA

El *Blitz* de Londres quedaría en el recuerdo no solo como la batalla aérea más espectacular de todos los tiempos, sino también como uno de los episodios más crueles llevados a cabo por Alemania en la guerra. Aun así, las bombas no se limitaron a castigar la capital. La Luftwaffe atacó toda la isla: Birmingham, Portsmouth, Plymouth, Southampton, Newcastle, Glasgow, Cardiff…

El 14 de noviembre de 1940, Coventry aguantó estoicamente el impacto de 150 000 bombas en solo doce horas. El ensañamiento tenía su porqué: era un enclave estratégico por acumular la mayor parte de la industria de guerra británica. El problema era que las fábricas estaban tan cerca de los edificios civiles que desde el aire no podían distinguirse. El resultado fue una Coventry arrasada y una cifra de víctimas mortales sin precedentes en una sola noche: 568.

SANGRE, SUDOR Y LÁGRIMAS: CÓMO VENCER AL INVASOR ALEMÁN

Churchill era consciente de que para hacer frente a los inevitables ataques nazis era indispensable contar con la entereza y la implicación del pueblo británico. Así lo prueba el discurso que dio en el Parlamento el 13 de mayo de 1940 y que radió la BBC. En él aclaraba que para plantar cara a Alemania haría falta sacrificio y mucho sufrimiento. Pronunció una frase que pasaría a la historia: «...no puedo ofrecer otra cosa más que sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas». En esa misma línea, además de pedir a los miembros de su gabinete y a los altos oficiales que mantuviesen la moral alta, dio desde el principio mensajes de sacrificio y lucha a todos los británicos.
Después de que Hitler ordenase neutralizar la fuerza aérea de Gran Bretaña, y sabiendo que los alemanes contaban con más bombarderos, se preparó a los habitantes de la isla para resistir. El Ministerio de Información envió a millones de hogares el folleto Beating the Invader (Venciendo al invasor), que más que tranquilizar a la población intentaba que participase de la Batalla de Inglaterra.
«Cuando empiece el ataque, será demasiado tarde para irse... Aguanten firmes», advertía. Frente a los bombardeos constantes, se aconsejaba esconder las bicicletas y otros vehículos particulares. «Quite la cabeza del distribuidor y los cables, y vacíe el depósito o quite el carburador. Si no sabe cómo hacerlo, infórmese ahora en el garaje más cercano», se instruía a los que tenían automóvil. También se les recomendaba quedarse en casa para evitar que fuesen ametrallados desde los aviones. Y ocultar mapas que pudiesen facilitar la movilidad a los alemanes. Muchos tenderos decidieron venderlos solo a quien exhibiese un permiso de la policía. Se pintaron buzones con pintura amarilla que cambiaba de color en caso de detectar gas venenoso y en Londres se cavaron trincheras y se construyeron nidos de ametralladoras.
Los mensajes del Gobierno de Churchill surtieron efecto y entre la gente de a pie el esfuerzo por resistir aumentó. Al mismo tiempo que la RAF se reforzaba día a día, menos dispuestos parecían los ingleses a ceder.


GETTY

Colossus fue la primera computadora del mundo y estaba en Bletchley Park, el centro de inteligencia de las fuerzas británicas durante la II Guerra Mundial, y donde los criptógrafos descifraron, con ayuda de Colossus, el código que los alemanes creían irrompible.

El ataque, con el nombre en clave de Operación Sonata Claro de Luna, resultó tan decisivo que Joseph Goebbels, jefe de la propaganda nazi, acuñó el verbo 'coventrate' (coventrizar), «devastar por medio de un fuerte bombardeo», para hablar de destrucciones parecidas en otras urbes inglesas.

Años después del brutal bombardeo de Coventry se propagó la sospecha de que Churchill sabía de antemano que este iba a ocurrir. Según el capitán F. W. Winterbotham, que trabajó para la inteligencia militar británica durante el conflicto, lo hizo gracias al desciframiento de los códigos de la máquina Enigma con la que los nazis transcribían sus mensajes. Así lo plasmó en su libro *The Ultra Secret*. Según este oficial, el primer ministro habría callado para que los alemanes no sospechasen que sus comunicaciones habían sido interferidas.

Otra ciudad en la diana de los bombardeos nazis fue **Liverpool, el centro de control de la batalla del Atlántico,** con 2500 muertos y más de 70 000 personas sin hogar

Su teoría cuenta con detractores. Entre ellos Peter Calvocoressi, jefe de la sección aérea en Bletchley Park, encargada del desciframiento de las comunicaciones de la Luftwaffe. Para ella, en la información de Enigma no aparecía Coventry y, aunque Churchill estaba al tanto de un ataque inminente, ignoraba el objetivo y creyó que sería Londres.

Coventry sufriría nuevas ofensivas aéreas. La última, el 3 de agosto de 1942. Pero para aquel momento nadie dudaba de que Gran Bretaña no se iba a doblegar ante Alemania.

GETTY

El área metropolitana de Liverpool fue, después de Londres, la zona más bombardeada del Reino Unido. En la imagen, una familia que ha perdido su hogar.

BRISTOL, MANCHESTER Y LIVERPOOL

Diez días después de Coventry, le tocó a otra ciudad histórica: Bristol. Aunque el plan alemán era destruir el puerto, donde se fabricaban y reparaban buques de guerra, así como la Bristol Airplane Company, los mayores estragos los sufrió el centro medieval.

Bristol vivió seis bombardeos. En total, alrededor de 1300 personas perdieron la vida. Mildred Ford, que entonces era una niña, declararía a la BBC que pasó aquella noche «en un gran armario bajo las escaleras». Y que, durante un parón, salió al jardín con un casco de hojalata en la cabeza y vio llamas en la iglesia de la Santa Natividad. «Era un sentimiento extraño: emocionante y aterrador al mismo tiempo», reconocería.

Como «aterrador» fue para Eric Tyley, bombero voluntario. Él y sus colegas no fueron del todo conscientes del peligro al que se enfrentaban. Tanto es así que se dispusieron a recoger los proyectiles con palas.

A medida que se acercaba la Navidad de 1940, las bombas arrasaron el centro de Manchester. En la noche del 22 de diciembre, el llamado *Christmas Blitz* mató a cientos de personas y sembró de ruinas la ciudad. Durante el ataque, la gente quemaba muebles viejos en el jardín para calentarse y aprovechaba para cocinar. Más de uno y más de dos se vieron obligados a beber agua de la cisterna porque las tuberías habían sido dañadas.

Otra ciudad en la diana de los bombardeos nazis fue Liverpool, el centro de control de la batalla del Atlántico. En el condado del que es capital, Merseyside, se contaron ochenta ataques aéreos, concentrados en mayo de 1941.

Los muelles de Liverpool permanecieron inoperativos una semana y aunque el número de muertos fue bastante menor que en otros casos (unos 2500), más de 70 000 personas se quedaron sin casa. Y es que la mitad de los edificios quedaron demolidos. Entre ellos, la iglesia de San Lucas, cuya fachada se ha conservado como símbolo de resistencia.

LA VIDA SIGUE...

«Cuando irrumpieron los alemanes y vi los *docks* [muelles] ardiendo pensé que nadie podía contemplar esos enormes fuegos sin pensar que eran el fin de una época, que habría inmensos cambios en la sociedad, pero ese sentimiento era equivocado. Para mi asombro las cosas han vuelto a la normalidad, gracias a la inmensa solidaridad de la gente corriente», escribió Orwell.

Efectivamente, la vida en Londres y en el resto de ciudades bombardeadas siguió. Atrás quedaron las carreras, las taquicardias, los llantos... Pero los daños provocados por el *Blitz* difícilmente podrían olvidarse. Los del patrimonio artístico son incalculables, no así los de las víctimas humanas: 43 000 civiles en toda Gran Bretaña (20 000 solo en Londres), más de cien mil heridos y un millón de familias sin vivienda. MH

LA GUERRA EN LA SOMBRA

EL SOE
(EJECUTIVO DE OPERACIONES ESPECIALES)

Con la famosa orden a sus agentes de "incendiar Europa", el primer ministro británico Winston Churchill impulsó en 1940 la creación de la ultrasecreta Special Operations Executive (SOE), una organización que se encargaría de sembrar el sabotaje y el caos en territorio enemigo. El variopinto grupo que componía la organización tuvo un éxito desigual, pero ha sido la fuente de inspiración para los espías ficticios más famosos del mundo.

JAVIER JUÁREZ
Periodista y escritor, especializado en temas de espionaje

La intención era incendiar Europa. Sin mayor eufemismo, Churchill definió así la finalidad del Servicio de Operaciones Especiales con el que el Reino Unido pretendía sembrar el caos y alentar la resistencia sabotaje tras las líneas alemanas. Desde esta idea inicial, el SOE creció en dimensión y eficacia hasta convertirse en el mayor ejército en la sombra de la Historia, con más de 13 000 efectivos. La leyenda adornó a sus integrantes con un aura de heroicidad y sacrificio que persiste hasta nuestros días.

La derrota parece inminente. La ofensiva germana ha aniquilado en semanas a los dos mayores aliados del Reino Unido en el continente: Francia y Polonia. En mayo de 1940, Churchill asume la jefatura del Gobierno, y con él lidera el compromiso de la resistencia a toda costa. La amenaza de invasión es real, especialmente tras el desembarco alemán en las islas del Canal. Junto al famoso discurso en el que el premier promete «sangre, sudor y lágrimas», planifica en privado una estrategia clandestina que pretende extender la guerra a todos los territorios y en todos los ámbitos. El SOE será el fruto de ese afán desesperado por combatir la expansión de Hitler con la guerra total.

Hasta entonces, los servicios secretos británicos se habían desarrollado bajo una fórmula convencional que respondía a la doble actividad de espionaje y contraespionaje. A la primera correspondía el Servicio Secreto de Inteligencia

ASC

Apuntando a matar. Winston Churchill realiza prácticas de tiro con un subfusil Sten, una de las armas preferidas de los agentes del SOE.

(SIS), más popularmente conocido como el MI6 (Inteligencia Militar Departamento 6). Al contraespionaje se dedicaba el MI5, de menor presupuesto y actividad, pero con un protagonismo creciente desde el inicio de la guerra a fin de evitar la infiltración de agentes alemanes. En 1938, bajo el criterio de una guerra inmediata en Europa, el MI6 creó el primer equipo secreto de guerra encubierta. Se llamó la sección D, y su objetivo era planificar acciones de sabotaje y propaganda negra contra el nazismo, incluso antes del inicio de las hostilidades. No obstante, sus medios y sus resultados fueron modestos. La evolución del conflicto en sus primeros meses aconsejaba una acción a mayor escala. Urgía una organización amplia que amenazara la retaguardia alemana.

ASC

Sir Frank Nelson (1883 -1966) fue el primer director del SOE.

Aunque el decreto de constitución del SOE se firmó bajo el mandato de Neville Chamberlain, fue Churchill quien suscribió el 22 de julio de 1940 la orden de creación del Special Operations Executive (SOE), el Departamento o Servicio de Operaciones Especiales. El SOE nació como un organismo autónomo desvinculado tanto del Ministerio de Guerra como de la estructura de los servicios de espionaje. De hecho, se asignó su funcionamiento al Ministerio de Guerra Económica bajo la supervisión del titular de la cartera, el malhumorado y enérgico Hugh Dalton, si bien en la práctica el control lo asumió el propio primer ministro, muy interesado en orientar personalmente las actuaciones de sabotaje en el corazón de Europa.

LOS IRREGULARES DE BAKER STREET

Su primera sede fue una modesta oficina en el número 64 de Baker Street, muy próxima al domicilio ficticio de Sherlock Holmes. En el umbral de la entrada se colocó una placa con el anodino nombre de Inter Services Research Bureau. El autor de Sherlock Holmes, Arthur Conan Doyle, había acuñado el término de los irregulares de Baker Street en su novela *Estudio en escarlata,* y así fueron conocidos los primeros integrantes del SOE, cómodos en esa actividad abiertamente desafiante de incendiar Europa con las «manos libres», como había pedido expresamente Winston Churchill. Pronto las actividades del SOE requirieron de mayor espa-

Churchill asumió en la práctica el control del SOE, muy interesado en **orientar personalmente las actuaciones de sabotaje** en el corazón de Europa

cio y ocupó otros inmuebles de la misma calle, incluido un local de la cadena comercial Marks & Spencer.

En su fase inicial, el SOE se nutrió del M.I.R. (Military Intelligence Research) y de la mencionada sección D del MI6. La sección D estaba, a su vez, dividida en dos áreas: S.O1 (Electra House), encargada de la propaganda, y el S.O2, centrada en el sabotaje. Ambos departamentos se fusionaron en el SOE y se convirtieron en una prioridad estratégica del Estado Mayor británico.

Su primer oficial al mando fue un militar curtido en la India, sir Frank Nelson, aunque la mayor parte de su actividad la desarrolló como civil y miembro del Parlamento. Había presidido la Cámara de Comercio de Bombay y, en sus últimos años antes de ser convocado para dirigir el SOE, compaginó la labor diplomática con la de inteligencia, en su condición de cónsul británico en Basilea.

Desde el anonimato y la modestia de recursos, el SOE desplegó con eficacia una doble actuación centrada en la captación de agentes y en el entrenamiento de los mismos. Como regla general se buscaban hombres y mujeres que fueran originarios de las zonas donde se pensaba actuar, asumiendo que el conocimiento del lugar y el idioma serían condiciones idóneas para su infiltración.

Respecto a las sedes, se establecieron numerosos centros de entrenamiento y alojamientos para sus agentes, a menudo camuflados como tradicionales mansiones victorianas o tranquilas casas solariegas en la campiña. La formación se centralizaba desde la que podría denominarse escuela principal de instrucción del SOE en Beaulieu Manor, un palacio medieval situado en el condado de Hampshire, en el sureste de Inglaterra.

Allí se formaba a los agentes en las más variadas disciplinas prácticas alejadas de los cánones de la formación militar convencional: salto en paracaídas, manipulación de explosivos, operar una radio, superar un interrogatorio de la Gestapo, defensa personal o técnicas de guerrilla. El coronel F. T. Davies se hizo cargo de la formación de los futuros agentes.

ASC

Agentes en la campiña inglesa. Fotografía actual de la residencia de origen medieval de Beaulieu Manor, situada al sur de Inglaterra en la costa de Hampshire, que se convirtió en centro de entrenamiento del SOE.

EL ASESINATO DE HEYDRICH

ASC

La actuación más célebre del SOE fue el asesinato de Reinhard Heydrich en Praga por un grupo de comandos checos entrenado en Londres. Heydrich era una figura principal y temida del régimen nazi. Teniente general de las SS y máximo responsable del RSHA, la organización central de seguridad del Reich, fue designado por Hitler como protector de Bohemia y Moravia. Antes de ocupar su cargo como responsable de la Checoslovaquia ocupada, Heydrich había sido el azote de las fuerzas de oposición al nazismo en su condición de responsable máximo de la Gestapo y de todos los cuerpos de inteligencia interna a excepción del servicio de información militar, el Abwher, que dirigía el almirante Canaris. Su personalidad refinada pero cruel le había hecho acreedor de una merecida fama de funcionario diligente y despiadado. Gustaba de mostrar su figura altiva y desafiante, y esa vanidad temeraria fue la principal razón de su muerte. Ningún otro alto cargo del nazismo deambulaba por las calles sin escolta, menos aún en un vehículo descubierto y en una ciudad ocupada. Heydrich, sí.
La operación Antropoid se materializó el 27 de mayo de 1942, cuando tres agentes checos enviados por el SOE asaltaron el vehículo en el que Heydrich se dirigía cada mañana a su oficina en el castillo de Praga. Fiel a su rutina de viajar sin escolta en un Mercedes descapotable, repelió el ataque con su pistola Luger pero resultó mortalmente herido por la detonación de la granada de mano lanzada contra él. Falleció ocho días después a consecuencia de las heridas.
Los asaltantes lograron huir. La represalia fue terrible. Tanto Hitler como Himmler asumieron la muerte de Heydrich como una cuestión personal y ordenaron una operación ejemplar de búsqueda y castigo. Las SS ejecutaron a los 340 habitantes del pueblo de Lidice, tanto hombres como mujeres y niños.
Finalmente, una delación permitió hallar el refugio de los agentes del SOE en la cripta de la iglesia de los santos Cirilo y Metodio. 750 soldados alemanes rodearon la cripta. Seis de los comandos se suicidaron antes de ser capturados. Un séptimo falleció desangrado.

LA SOMBRA DEL SOE

La estructura del SOE se ajustó al campo de operaciones sobre el que trabajaba, que en la práctica era casi toda la Europa ocupada. Así, se crearon secciones territoriales especializadas en cada país. Por ejemplo, existía una sección de los Balcanes —donde el SOE jugó un papel determinante en el derrocamiento del príncipe regente Pablo de Yugoslavia— o de Oriente Medio. Sin embargo, fue Europa central y occidental el destino mayoritario de sus acciones. Esta labor se organizó desde varias secciones: Sección F. Francia ocupada; Sección RF. Francia libre; Sección EU/P. Polacos en Francia; Sección N. Holanda; Sección T. Bélgica; Sección O. Noruega; y Sección C. Checoslovaquia.

Las actividades del SOE suscitaron serios problemas con el ministerio de la Guerra (War Office) y con el SIS. Ambos habían aceptado con recelo la autonomía de la nueva organización de sabotaje y este celo burocrático provocó no pocos problemas de coordinación.

Algo similar ocurrió con los servicios de información de los gobiernos de los países ocupados que residían en Londres. Divididos entre la necesidad de activar la resistencia y no delegar todo el control en el SOE, a menudo se resentía la colaboración y la eficacia de las misiones. El caso más patente fue la oposición de De Gaulle a colaborar con el SOE en la Francia libre.

Aunque cada misión requería una planificación y medios singulares, existía un protocolo de cómo debía ser el equipo desplegado en el terreno. Habitualmente se componía de tres personas: un oficial de enlace, una persona que conociera bien el destino o un guía local —conocido en la jerga del SOE como el intérprete— y un operador de radio. Todos los agentes pasaban por un proceso

Cada misión requería una planificación y medios singulares, y **un protocolo marcaba cómo debía ser el equipo desplegado en el terreno,** habitualmente formado por tres personas

Preparándose para la incursión. Un instructor revisa el equipo de un grupo de agentes del servicio Ejecutivo de Operaciones Especiales (SOE) de Gran Bretaña que se entrenan para saltar en paracaídas en 1941.

de preparación antes de ser lanzados en paracaídas o desembarcados desde submarinos. Su adaptación incluía todos los documentos falsos necesarios y la ropa adecuada para camuflarse entre la población. Para esta labor, el SOE contó con el apoyo del Scientific Research Service, que puso a su disposición investigadores y laboratorios.

El SOE disponía de su propia imprenta y de un sofisticado equipo técnico capaz de suministrar copias de gran calidad de cualquier documento de la Europa ocupada. Se conocía como el Servicio de Documentación y mantenía una actividad frenética para simular pasaportes, billetes, sellos o documentos de cualquier naturaleza. Este servicio contrató a un reputado sastre de origen judío para

Practicando con el Führer. Como ejercicio para poner a punto sus capacidades, especialistas en falsificación del SOE elaboraron un pasaporte de Hitler. Abajo, kit de enmascaramiento facial y carbón explosivo.

ESPAÑOLES EN EL SOE

Todas las nacionalidades europeas estuvieron reflejadas en los colaboradores del SOE, entre ellos un grupo reducido de españoles, en su mayoría llegados al Reino Unido durante la retirada de Dunkerque e integrados en las fuerzas francesas derrotadas.

No ha sido posible reconstruir en su integridad la participación española debido a las restricciones administrativas que todavía persisten para acceder a los archivos del SOE, algunas de cuyas fichas siguen vetadas a la consulta pública, y a menudo debido a los errores en la transcripción de fechas y apellidos en los documentos de filiación.

En cualquier caso, sí está documentada la inclusión de al menos un centenar de agentes españoles, en su mayoría destinados a labores de sabotaje en coordinación con la resistencia francesa.

No hay ningún caso probado de participación del SOE en territorio español, a excepción de Guinea Ecuatorial, entonces colonia española, donde se acometió la más temeraria acción de comandos con participación de agentes españoles. El SOE denominó a esta acción operación Postmaster.

En la noche del 14 de enero de 1942, 40 comandos enviados desde Lagos, capital de la Nigeria colonial británica, fueron lanzados en paracaídas en las proximidades del puerto de Santa Isabel (actual Malabo). Su objetivo era capturar tres embarcaciones del Eje: un remolcador y una barcaza alemanas, y la pieza principal, el buque de carga y pasajeros italiano Duchessa d'Aosta, de casi 8000 toneladas.

En el grupo participaban tres españoles que habían combatido en la Legión Extranjera y habían sido reclutados por el SOE. Se dividieron en dos grupos y asaltaron las embarcaciones en la oscuridad, sin apenas emplear las armas y sin víctimas. Los tres buques fueron conducidos a alta mar, fuera de las aguas territoriales españolas, y desde allí escoltados por la Royal Navy y conducidos al puerto de Lagos. La posible amenaza de que desde esos buques se aprovisionara en pleno Atlántico a los submarinos alemanes había quedado anulada. De nada sirvieron las protestas diplomáticas españolas, a las que el Reino Unido respondió que los buques británicos no habían traspasado en ningún momento las aguas de soberanía españolas. No dejaba de haber una medida y sarcástica verdad en su respuesta.

Uno de los pocos testimonios alusivos a los españoles en el SOE se lo debemos al rey de los espías soviéticos en Occidente, Kim Philby. Durante su breve paso por la organización poco después de su creación, Philby supervisó parte del entrenamiento de los agentes en el sur de Inglaterra. En sus memorias, *Mi guerra silenciosa,* alude un grupo de mineros asturianos, particularmente hábiles en el manejo de explosivos. Sin duda, la mención de Philby no fue casual. Había trabajado en España durante la Guerra Civil como corresponsal de *The Times* en el bando franquista, a la vez que con la misma habilidad iniciaba su actividad como espía de la URSS.

confeccionar la ropa apropiada para cada misión, desde trajes parisinos o pantalones bastos empleados en las montañas yugoslavas. El cuidado era tal que se copiaban todos los detalles de las marcas continentales y se personalizaba cada prenda a medida de las necesidades de la misión. Este sastre recorrió las sinagogas de Londres buscando judíos refugiados de Europa a los que pedir las etiquetas de sus ropas fabricadas en el continente.

Con el mismo grado de precisión se adaptó el armamento a la actividad secreta de los agentes, desarrollando nuevos sistemas de explosivos como las cargas imantadas (el antecedente de las bombas lapa), los cebos de retardo químico o armas de corto alcance que se camuflaban bajo apariencia inofensiva. La fabricación de estas armas se desarrollaba en un hostal llamado Thatched Barn.

Algunos de los clichés del mundo del espionaje tuvieron sus precedentes en las sorprendentes tácticas de camuflaje iniciadas por el SOE. Por ejemplo, los zapatos de muchos de sus agentes se fabricaban con el tacón hueco para poder ocultar en su interior material sensible, desde documentos a munición.

ÉXITOS Y FRACASOS

La actividad del SOE se demostró esencial para el esfuerzo bélico y resultó determinante en algunos teatros de operaciones para contener el avance germano, o, en el peor de los casos, distraer a sus tropas y evitar que reforzaran el frente.

Uno de los primeros éxitos relevantes del SOE fue el sabotaje en la planta de agua pesada de Vemork, en Noruega, uno de los centros esenciales para el programa nuclear alemán, que nunca llegó a materializarse. Durante 1942 y 1943 tuvieron lugar varios ataques con comandos noruegos entrenados por el SOE. Los dos primeros asal-

ASC ASC

Métodos y resultados. A la izda., operador de radio del SOE en Grecia durante la contienda. A la dcha., planta hidroeléctrica de Vemork (Noruega), escenario de la que fue conocida como Batalla del agua pesada y en la que comandos del SOE y patriotas noruegos evitaron que los nazis fabricasen su propia bomba atómica.

tos fracasaron. En el tercer intento en febrero de 1943, llamado operación Gunnerside, diez agentes noruegos consiguieron vadear el río Maan, burlar la vigilancia alemana y colocar explosivos en la cámara de electrolisis. La detonación paralizó durante varios meses la producción de agua pesada. Los diez comandos sobrevivieron. Seis de ellos llegaron esquiando hasta la neutral Suecia, y cuatro permanecieron en territorio noruego colaborando con la resistencia local. Tras un último atentado en 1944, Alemania abandonó la producción de agua pesada en Vemork. La historia conoció esta cadena de sabotajes como la batalla del agua pesada.

El SOE fue particularmente activo en Francia y en los Balcanes, con numerosas acciones de éxito. En el caso de Yugoslavia, tras el derrocamiento del regente Pablo, el giro proaliado del nuevo régimen auspiciado por el rey Pedro II provocó la invasión alemana del país y el inicio de una conflictiva ocupación, en permanente tensión con el movimiento partisano liderado por Tito.

En el debe del SOE cabe señalar su fracaso en abortar el suministro de petróleo desde Rumanía al Eje. Pese a los sucesivos intentos, nunca se logró paralizar el envío de combustible y solo la derrota final de Alemania terminó con esta privilegiada relación entre Bucarest y Berlín.

El balance del SOE es sin duda exitoso en cuanto a sus resultados, si bien surgen más dudas sobre su desempeño en los territorios afectados. Además de los problemas de coordinación mencionados, el SOE recibió numerosas críticas por responder a los intereses británicos antes que a las prioridades de los gobiernos de los territorios en los que actuó. De nuevo el caso yugoslavo ofrece un buen ejemplo, cuando el gobierno británico decidió dar la espalda a los partisanos de Tito por su orientación filocomunista y favoreció la actividad de los chetniks serbios, hasta que sus masacres contra la población musulmana y croata provocaron la retirada del apoyo aliado.

Al final de la contienda, el SOE gestionaba un ejército en la sombra próximo a los 13 000 agentes, 3200 de ellos mujeres. Sus actividades concluyeron oficialmente el 30 de junio de 1946, aunque los rescoldos del incendio propiciado por Churchill siguieron alimentando durante años la brasa de la Guerra Fría. MH

El balance del SOE es sin duda **exitoso en cuanto a sus resultados,** si bien surgen más dudas sobre su desempeño en los territorios afectados

Territorio ocupado. Faro de La Corbière en la isla de Jersey, dependencia de la Corona británica situada en el Canal de la Mancha bajo ocupación de la Alemania nazi desde el 1 de julio de 1940 hasta el 9 de mayo de 1945.

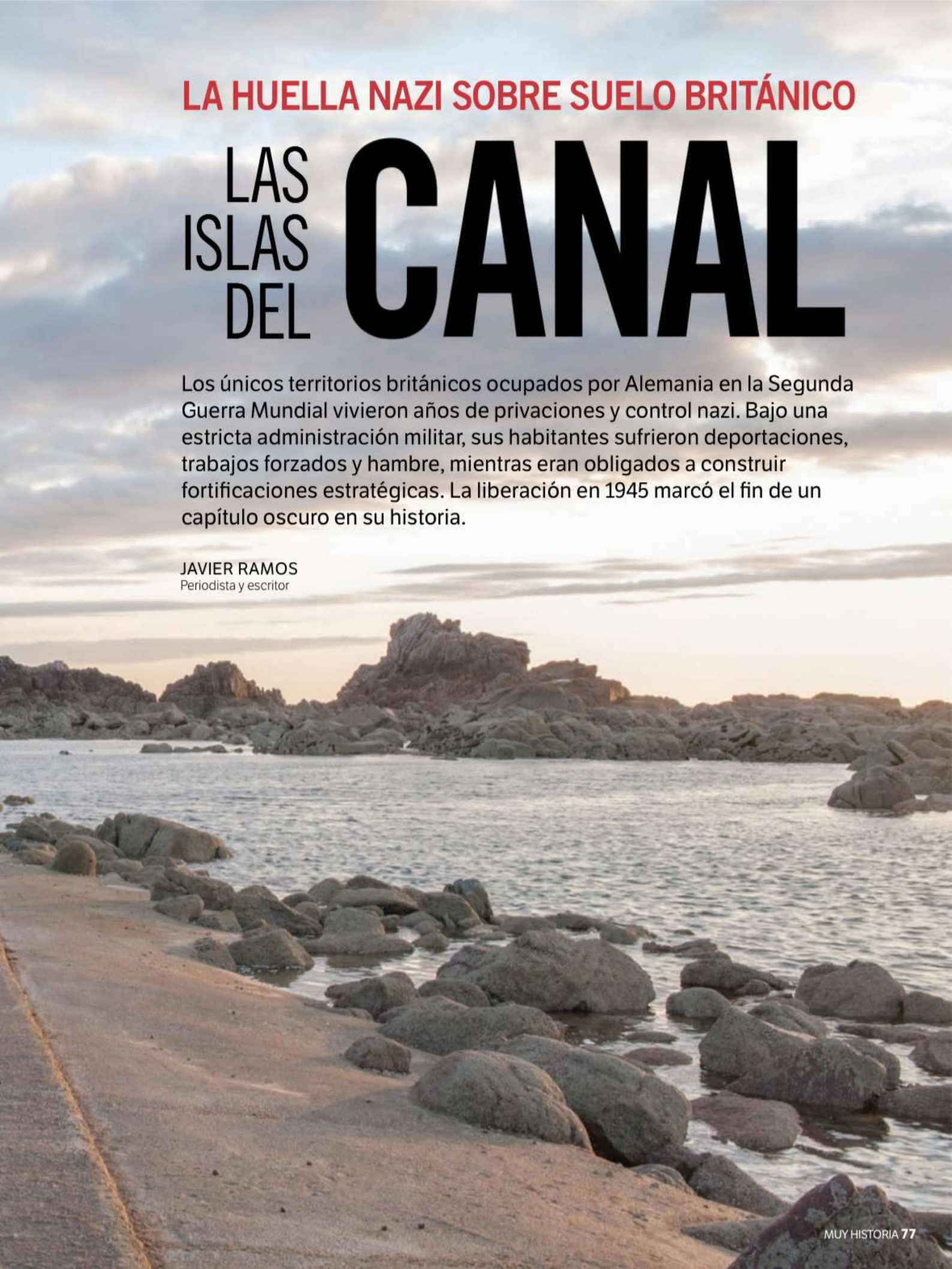
SHUTTERSTOCK

LA HUELLA NAZI SOBRE SUELO BRITÁNICO

LAS ISLAS DEL CANAL

Los únicos territorios británicos ocupados por Alemania en la Segunda Guerra Mundial vivieron años de privaciones y control nazi. Bajo una estricta administración militar, sus habitantes sufrieron deportaciones, trabajos forzados y hambre, mientras eran obligados a construir fortificaciones estratégicas. La liberación en 1945 marcó el fin de un capítulo oscuro en su historia.

JAVIER RAMOS
Periodista y escritor

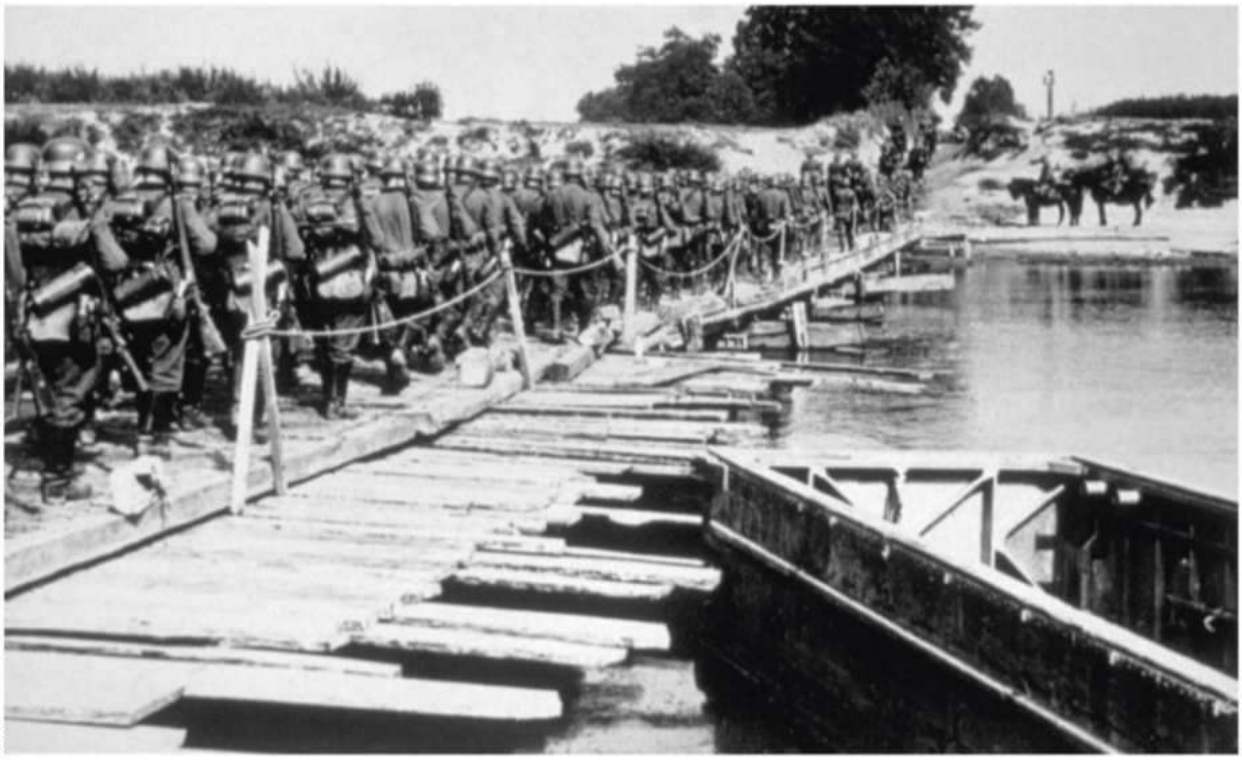


Situadas a 20 millas de la costa francesa de Normandía, las islas del Canal de la Mancha (el brazo de mar del Atlántico que separa el noroeste del país galo de la isla de Gran Bretaña) carecían de importancia estratégica en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. Aun así Jersey, Guernsey, Alderney y Sark se convirtieron en los únicos territorios británicos ocupados por la Alemania de Hitler, desde el 30 de junio de 1940 hasta el final de la contienda. Unos 30 000 habitantes abandonaron sus casas y fueron evacuados (un tercio de la población), pero el resto, principalmente en Jersey y Guernsey, decidió quedarse, colaborando a veces con los invasores.

La Batalla de Francia (10 de mayo-25 junio de 1940) había supuesto una victoria decisiva del Eje en el mayor conflicto bélico que hasta entonces había vivido la humanidad. La invasión por parte de la Alemania nazi al país galo, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo se saldó con la rendición de Francia ante Hitler, la ocupación alemana del noroeste de Francia (incluido París) y la creación de un Estado títere en el sureste de este país (la Francia de Vichy). Mientras, los británicos, que participaron en esta contienda como fuerza de los aliados, sufrieron las bajas de 3457 soldados y más de 13 000 heridos. Ocho meses antes Francia y Gran Bretaña habían declarado la guerra a Alemania después de que esta última invadiera Polonia, verdadero detonante de la Segunda Guerra Mundial.

Los acontecimientos del mes de mayo de 1940 se habían desencadenado de manera sorprendente. Los días 7 y 8 ocurrió un suceso imprevisto que iba a alterar el futuro de la guerra y con él, el destino del mundo: en Gran Bretaña, el fracaso de los desembarcos aliados en Noruega desembocó en una crisis de Gobierno. Solo 8 de los 213 representantes del Parlamento apoyaron la gestión del primer ministro Chamberlain. Tras una reunión de los líderes conservadores, la mañana del 9 el rey Jorge VI llamó al por entonces no demasiado popular Winston Churchill (primer Lord del Almirantazgo) a formar Gobierno. Un Gobierno que se mostraría dividido y cuyo ánimo no ocultaba la idea de que Gran Bretaña había sido derrotada y no tenía nada que ganar si continuaba un combate sin esperanza contra una potencia continental con la que el país no tenía un conflicto esencial de intereses y con la que convenía firmar la paz.

En cuanto hubo caído Francia, los argumentos en favor de la concordia cobraron fuerza. Duran-



GETTY

Primeros movimientos. Tropas alemanas cruzan el río San por un puente de pontones durante la invasión de Polonia.

GETTY

GETTY

Primeros ministros. Sobre estas líneas, el primer ministro británico Neville Chamberlain, en 1939. A la dcha., Winston Churchill, que asumió el cargo en mayo de 1940 tras la renuncia de Chamberlain y lideró a Gran Bretaña durante los años más duros del conflicto.

te siglos, la política británica hacia Europa había pasado por mantener el equilibrio de poder, lo que garantizaba que ninguna potencia continental llegara a ser dominante. Sin embargo, ahora la situación había cambiado. Los alemanes sencillamente estaban ganando. Londres, la principal diana terrestre del mundo, estaba expuesta a la destrucción desde el aire. Seguir en guerra solo comportaba un inútil derramamiento de sangre y el hundimiento de la delicada economía del país.

Su posición como potencia colonial hacía de Inglaterra un país único en Europa y la única nación que no tenía ningún interés para Alemania en lo que respecta al territorio. Era un aliado natural, y enemistarse con ella era señal de temeridad, pues era un enemigo de lo más peligroso. El embajador alemán en Gran Bretaña, Von Ribbentrop, visitó a Churchill en 1937 para comentarle que Alemania quería la amistad de Gran Bretaña, pero exigía tener las manos libres en el este de Europa. Todo lo que pedía era que el país británico no interfiriese. Pero Churchill replicó que Gran Bretaña sin duda intervendría si Alemania pretendía dominar Europa. «En este caso —dijo Von Ribbentrop—, la guerra es inevitable».

Hitler estaba **impaciente por ponerse en marcha,** y quería una solución rápida para Gran Bretaña

Tras la caída de Francia, los alemanes elaboraron un plan para atacar a los británicos. La primera mención sobre la invasión de Gran Bretaña figura en documentos alemanes del 21 de mayo de 1939, donde el general nazi Jodl recalca la importancia de intensificar la guerra aérea contra el transporte marítimo, la economía británica y la RAF (Royal Air Force). Hitler estaba impaciente por ponerse en marcha, y le preocupaba el peligro ruso. En realidad quería una solución rápida. Eso significaba establecer una superioridad aérea y respaldarla con la amenaza de la invasión. Una invasión que pasaba por ser una grandiosa operación anfibia (se denominó León Marino), y que acabaría con las unidades de la Wehrmacht (Fuerzas Armadas nazis) desfilando por las calles de Londres en un plazo aproximado de un mes. El mayor problema era que Gran Bretaña conservaba la superioridad naval, y la única posibilidad de llevar a cabo el desembarco pasaba por controlar

por completo el espacio aéreo en la zona de batalla. Para ello, Alemania contaba con la Luftwaffe, la fuerza aérea que dominaba Europa en aquellos momentos, con Hermann Göring como ministro del Aire.

CHURCHILL NO DA IMPORTANCIA A LAS ISLAS

Desde mediados de julio de 1939, los ataques aéreos alemanes se centraron inicialmente en los buques británicos, puertos y aeropuertos a lo largo del Canal de la Mancha. Churchill y su Gobierno comenzaron a preparar la defensa del ataque alemán. Consciente de que las islas del Canal carecían de una importancia estratégica real para los británicos al encontrarse muy cerca de la Francia ocupada y su protección habría sido muy costosa para Gran Bretaña e imposible de mantener en el tiempo, el primer ministro británico ya había anunciado el 19 de junio anterior que Jersey sería desmilitarizada y declarada zona indefensa (pese a la oposición de la mayoría de los altos oficiales).

Se permitió decidir a los lugareños de las islas del Canal de la Mancha si evacuaban o permanecían en su territorio. Las autoridades de Alderney recomendaron la evacuación y casi todos cumplieron. Desde Sark se animó a los isleños a quedarse. Guernsey sacó a todos los niños en edad escolar, dando a los padres la opción de quedarse con sus hijos o evacuar con ellos. En Jersey, la mayoría de los pobladores decidieron quedarse en la isla. Cuando comenzaron a llegar los primeros barcos para el traslado, todavía muchos habitantes no habían decidido si irse o quedarse. Finalmente se marcharon 21 000 personas de Guernsey, incluyendo 5000 niños y los maestros de las escuelas, dejando a otros 60 000 a su suerte.

Hitler consideraba que la ocupación de las islas británicas era útil como declaración de propaganda, y se obsesionó con ellas. El 10 de mayo de 1940 los alemanes lanzaron su tan esperada .

UN POCO DE HISTORIA

Las islas británicas del Canal de la Mancha se encuentran a tan solo 15 millas de la costa francesa (poco más de 24 kilómetros de distancia). Su soberanía política es un tanto peculiar. En teoría, Jersey, Guernsey, Alderney, Sark y Hem son Estados independientes que tienen su propio Gobierno y sus propias leyes. Los habitantes de estas islas son súbditos británicos, pero no necesariamente dependen de la Corona. Pertenecen a ella pero no forman parte del Reino Unido ni tienen estatus de territorio británico de ultramar, aunque son tratados de manera similar que sus correligionarios. Las islas no están sujetas a la legislación del Parlamento del Reino Unido, aunque la libra es la moneda oficial y dependen del Estado central para su defensa. No forman parte de la Unión Europea pero sí de su unión aduanera. Están consideradas paraísos fiscales o jurisdicciones de fiscalidad baja. El inglés y el francés son los idiomas oficiales. Precisamente, el control de las islas del Canal ha sido un motivo de disputa entre ambos países desde tiempos lejanos. Si hacemos un poco de historia debemos saber que las islas del Canal formaban parte del Ducado de Normandía bajo la autoridad de Guillermo el Conquistador antes de que tomara Inglaterra (1066), por lo que estaban gobernadas de acuerdo con las leyes normandas. Se creó un sistema de gobierno separado con el monarca británico ejerciendo el poder como el Duque de Normandía. Hasta las Guerras Napoleónicas (principios del siglo XIX) las islas fueron objeto de conflicto entre ambos países... hasta la pujanza de Prusia, que motivó el acercamiento entre Inglaterra y Francia para frenar el avance del nuevo actor en la Primera Guerra Mundial. La bancarrota que padecía Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial le obligó a reducir el gasto militar y acordó desmilitarizar las islas del Canal porque el Gobierno consideraba que carecían de valor estratégico. Como no podía ser de otra manera, la ocupación nazi hizo mella en el ánimo de los residentes de las islas británicas. «Sacó lo mejor y lo peor de la gente», comenta Rita Sweeney, una residente de Jersey que tenía 19 años en 1940. «Algunos colaboraron y otros no. La mayoría trató de vivirlo con el menor problema posible, pero no fue muy agradable. Si tenías una familia, nunca sabías quién sería el siguiente en ser llevado y encarcelado. Las hijas que sabían que sus padres tenían algo escondido, como una radio, los denunciaban para conseguir comida o medias de seda. Los alemanes se llevaban a la gente y no les decían a sus familias dónde». Ted Misiewicz, un antiguo arquitecto jubilado en Londres, fue transportado desde su pueblo en el este de Polonia a Alderney. «Éramos esqueletos vivientes», apunta. «El veinte por ciento de los trabajadores murió por falta de alimentos, el frío del invierno, la brutalidad de los guardias de la Organización Todt y la falta de resistencia a las enfermedades. Éramos entre 4000 y 5000 construyendo fortificaciones cuando yo estaba allí y más de 1000 de nosotros morimos», concluye.

En el punto de mira. Fotografía de la isla de Jersey tomada desde un bombardero alemán durante la Batalla de Inglaterra. La Luftwaffe atacó los puertos de Guernsey y Jersey el 28 de junio. Esta última se rindió el 1 de julio.

ofensiva occidental. En cuestión de días atravesaron las líneas francesas y se dirigieron al Canal. Desconocían que los británicos habían evacuado parte de las islas.

Los bombarderos de la Luftwaffe atacaron los puertos de Guernsey y Jersey el 28 de junio. En St. Peter Port, los alemanes confundieron las líneas de camiones en el puerto con transportes de tropas. Los camiones estaban alineados para descargar tomates para enviarlos a Inglaterra. El saldo de muertos fue de 49 isleños. Jersey se rindió el 1 de julio, y al día siguiente hizo lo propio Alderney. Dos días más tarde capituló Sark.

Desde su llegada, **los nazis impusieron una serie de medidas estrictas** a los habitantes de las islas

Los alemanes apostaron una guarnición sustancial en las islas. Tan solo en Jersey esta superó los 11 000 hombres. El centro de operaciones nazi se estableció en el Hotel Royal de Guernsey. Los Parlamentos de esta última y Jersey aceptaron las nuevas condiciones. El alguacil de Guernsey, de 79 años, como jefe de Gobierno, recibió al comandante alemán con profundo respeto. En su visita de regreso, agradeció especialmente el comportamiento correcto e impecable de las tropas de ocupación.

Y tal como llegaron a las islas, los nazis impusieron sus habitantes una serie de medidas estrictas: toques de queda, confiscación de vehículos (incluidas bicicletas) y radios, nuevos documentos de identidad, suspensión de la venta de bebidas alcohólicas… Además, las autoridades de ocupación alemanas se hicieron cargo del único periódico que se publicaba en la isla y una gran cantidad de civiles que no eran nativos de la isla fueron deportados a campos de internamiento del Reich.

Fort Hommet. Fortificación victoriana en el promontorio de la bahía de Vazo, con búnkeres y casamatas construidos por las fuerzas alemanas en la II Guerra Mundial.

GETTY

UN CINTURÓN DE FORTIFICACIONES DEFENSIVAS

Ya con las islas ocupadas completamente por los alemanes, Hitler ordenó una campaña de construcción masiva de estructuras militares. La fortificación de estos emplazamientos formó parte del Muro Atlántico, un gigantesco proyecto de los nazis para impedir una invasión del continente europeo desde Gran Bretaña y por parte de los aliados. La construcción estuvo a cargo de la Organización Todt, que utilizó tanto soldados alemanes como trabajadores esclavos de los países ocupados, en su mayoría rusos y franceses.

Las islas (en especial Alderney, presumiblemente porque era la más cercana al continente francés) fueron junto a la población de la costa francesa de Calais los puntos más fortificados de Gran Bretaña y Francia respectivamente ante la orden del Führer de que el 10 % del hormigón y acero se emplease para cercar las islas del Canal de la Mancha con el fin de alojar sus armas defensivas y para proteger a las tropas en caso de bombardeo, aunque el temido ataque aliado no se produjo. El enorme esfuerzo por fortificar las islas tuvo poco sentido militar y habría sido más útil como parte del Muro Atlántico a lo largo de la costa francesa.

En Alderney, el sitio del único campamento de las SS en suelo británico, los alemanes establecieron un campo de concentración, Lager Sylt, donde había un millar de judíos franceses que trabajaron como mano de obra esclava. El trato

ENTRE NORMANDÍA Y GRAN BRETAÑA

Aunque este grupo de islas, también conocidas como 'islas anglonormandas', está más cerca de Francia que de Gran Bretaña, conforman un territorio británico *offshore*, en este caso con el estatus de las llamadas 'dependencias de la Corona', las cuales no forman parte del Reino Unido. Si bien estas islas tienen un carácter muy inglés, asimismo, presentan ciertas influencias y topónimos de Francia. Además de convertirse en la Segunda Guerra Mundial en el único territorio británico ocupado por la Alemania nazi, también se llegaron a levantar campos de concentración en Alderney de los que apenas queda nada: esta ausencia de la conmemoración es la causa de una controversia permanente entre las autoridades locales y los historiadores, como también lo es el hecho de que cuestiones tales como el colaboracionismo británico y la deportación de la población judía del lugar sean poco conocidas en las islas del Canal. En cambio, las numerosas instalaciones militares y fortificaciones construidas por los nazis durante la ocupación están bien preparadas para recibir visitas en la actualidad y cuentan con la promoción de la industria turística local. En las islas se pueden explorar algunos búnkeres de gran tamaño y visitar las exposiciones de instituciones tales como el Museo Militar Subterráneo La Vallette, en Guernsey. Una de las principales atracciones para los visitantes son los llamados 'túneles de guerra de Jersey', también conocidos como 'hospital subterráneo alemán', los cuales se encuentran dentro de una estructura subterránea inacabada de los años de la guerra en la isla más grande del archipiélago. En 2017 se puso a la venta por 175 000 euros un búnker de hormigón construido por el ejército alemán en la isla de Guernsey. Construido alrededor de 1942 por la Organización Todt en Vazon Bay, ha sido explorado por Festung Guernsey, un grupo dedicado a la investigación y protección de las fortificaciones alemanas de la isla de Guernsey. «El búnker fue sellado posiblemente en los años 60 o 70 y solo fue abierto brevemente en los años 80 para recuperar algunos objetos», explica Paul Bourgaize, uno de los coordinadores de la asociación. «El búnker se encuentra en un estado de conservación bastante bueno, a pesar de sufrir inundaciones frecuentes. En algún momento de su historia fue utilizado por unos niños para establecer su club y pintaron las paredes de color verde claro, pero por suerte pintaron alrededor de los murales», comenta Bourgaize. Se refiere a unos dibujos excepcionales creados por un soldado alemán con ciertas habilidades artísticas y con el propósito de levantar la moral de sus camaradas.

Campo de concentración de Sylt. Ubicado en Alderney, la más septentrional de las Islas del canal, y organizado por las SS, albergó a trabajadores forzados judíos, prisioneros de guerra eslavos y republicanos españoles.

dispensado a los trabajadores fue horrendo; muchos murieron de agotamiento y desnutrición. Algunos lograron escapar, aunque la tarea se presumía complicada: no había forma de salir de la isla. Además, los vecinos rechazaron acoger a los fugitivos porque significaba su arresto y posterior deportación.

El transcurso de la guerra daría un importante vuelco en favor aliado. Después del decisivo Desembarco de Normandía (en junio de 1944), las islas del Canal de la Mancha y su guarnición alemana quedaron aisladas. El mando aliado quiso cercar las islas por mar para provocar su capitulación por inanición. El momento álgido llegó tras el Día D, 6 de junio. Tras la liberación de Francia, las islas quedaron completamente sitiadas y desabastecidas. Los germanos comenzaron a usar estos territorios como base para tratar a los soldados heridos de los combates en el continente.

Granville, el puerto más cercano a las islas, fue tomado por los aliados. La situación empeoró con la caída de Saint Malo (Francia) en 1944, cuando la comunicación marítima se cortó definitivamente, lo que provocó que los habitantes de las islas anglonormandas quedaran abandonados a su suerte. Churchill decidió no intervenir.

Finalmente, la población local fue liberada por los británicos después de la rendición alemana, en mayo de 1945. Las tropas británicas llegaron a Guernsey y Jersey el día 9. Sark fue liberada al día siguiente y Alderney el 16 de mayo, uno de los últimos lugares de Europa que quedó exento de la tiranía nazi.

La ocupación alemana se había saldado con una gran hambruna entre los habitantes de las islas, en especial durante los últimos seis meses. Después del desembarco aliado en la costa normanda de Francia, las islas quedaron aisladas de alimentos y medicinas y los alemanes restringieron la pesca. Los isleños hacían café con bellotas, té con hojas de zarzamora y harina con patatas. La ayuda de la Cruz Roja, que repartió víveres en diciembre de 1944, resultó decisiva. MH

ASC

LA BATALLA POR LOS CÓDIGOS

SHUTTERSTOCK

La Segunda Guerra Mundial se libró por tierra, mar y aire, pero también en una mansión de Inglaterra. Allí, expertos lingüistas trabajaron día y noche para descifrar el código de la máquina Enigma, con la que los alemanes espiaban los planes militares del enemigo. La tarea se consideraba imposible hasta que un excéntrico genio de las matemáticas y un heroico oficial de submarinos se pusieron a desentrañar el mayor secreto nazi.

FERNANDO COHNEN
Periodista

En el otoño de 1940, enjambres de aviones de combate alemanes asolaron Gran Bretaña durante la Batalla de Inglaterra. Las radios de la Fuerza Aérea retransmitían las órdenes codificadas del comandante supremo de la Luftwaffe, Hermann Göring. Las órdenes se recibían exactamente como se emitían porque la Luftwaffe primero codificaba todos sus mensajes a través de la máquina de encriptación Enigma, que mezclaba las letras hasta transformarlas en un texto indescifrable. A continuación, un operador de radio enviaba el mensaje codificado a través de la radio al receptor previsto, que utilizaba otra máquina Enigma para descifrar el texto. En cuanto las palabras tomaban forma, los pilotos de los cazas alemanes levantaban el vuelo, se dirigían a Inglaterra y dejaban caer su mortífera carga sobre los objetivos británicos.

La Enigma, que se parecía mucho a una máquina de escribir conectada a un tablero, era una de las armas alemanas más temidas. Con 159 billones de configuraciones, los alemanes podían planificar y ejecutar ataques en tierra, sobre el agua y en el aire sin que los aliados detectaran sus planes. O eso creían. Porque ni Göring ni nadie en el ejército alemán sabían que los británicos habían conseguido descifrar un código considerado indescifrable.

Las radios de la Luftwaffe estaban siendo vigiladas por el llamado «servicio Y» británico, que anotaba los códigos y los enviaba por medio de palomas a la mansión de Bletchley Park, en Buckinghamshire. Allí, la tarea de los empleados de Bletchley Park era interpretar los códigos. Los descifradores trabajaban las 24 horas del día, ya que los alemanes cambiaban su encriptación a diario y el descifrado de códigos volvía a empezar.

MAESTROS DE AJEDREZ PARA DESCIFRAR LOS CÓDIGOS

Situada al norte de Londres, Bletchley Park era en 1940 la sede de la división secreta de descifrado de códigos, la Escuela de Códigos y Cifras del Gobierno Británico. En el interior de la mansión victoriana y de los ocho barracones recién construidos, un grupo de lingüistas, maestros de ajedrez, estadísticos, matemáticos y adictos a los crucigramas luchaban por descifrar el código de Enigma. En la mansión inglesa llegó a haber incluso egiptólogos, elegidos por su experiencia en la lectura de jeroglíficos. Los expertos trabajaban en secreto en el programa conocido por el nombre en clave de Proyecto Ultra.

ASC

Mensajeras de altos vuelos. La RAF utilizó palomas para enviar mensajes cifrados a Bletchley Park.

Todas las mañanas, el principal miembro de Bletchley Park llegaba en su bicicleta tras un recorrido de cinco kilómetros. Tenía las uñas negras y la ropa arrugada y manchada, pero su jefe sabía que la apariencia y los uniformes no jugaban ningún papel en la tarea de averiguar cómo funcionaban los códigos nazis. Detrás del pelo despeinado y la barba de un día se escondía uno de los mayores genios matemáticos de la época. Alan Turing había sido reclutado en el

ACROSS

1 A stage company (6)
4 The direct route preferred by the Roundheads (two words-5,3)
9 One of the evergreens (6)
10 Scented (8)
12 Course with an apt finish (5)
13 Much that could be got from a timber merchant (two words-5,4)
15 We have nothing and are in debt (3)
16 Pretend (5)
17 Is this town ready for a flood? (6)
22 The little fellow has some beer: it makes me lose colour, I say (6)
24 Fashion of a famous French family (5)
27 Tree (3)
28 One might of course use this tool to core an apple (9)
31 Once used for unofficial currency (5)
32 Those well brought up help these over stiles (two words-4,4)
33 A sport in a hurry (6)
34 Is the workshop that turns out this part of a motor a hush-hush affair? (8)
35 An illumination functioning (6)

DOWN

1 Official instruction not to forget the servants (8)
2 Said to be a remedy for a burn (two words -5,3)
3 Kind of alias (9)
5 A disagreeable company (5)
6 Debtors may have to this money for their debts unless of course their creditors do it to the debts (5)
7 Boat that should be able to suit anyone (6)
8 Gear (6)
11 Business with the end in sight (6)
14 The right sort of woman to start a dame school (3)
18 "The War" (anag) (6)
19 When hammering take care to hit this (two words)-5,4)
20 Making sound as a bell (8)
21 Half a fortnight of old (8)
23 Bird, dish of coin (3)
25 This sign of the Zodiac has no connection with the Fishes (6)
26 A preservative of teeth (6)
29 Famous sculptor (5)
30 This part of the locomotive engine would sound familiar to the golfer (5)

ASC

Reclutando. Para encontrar nuevos descifradores, Bletchley Park publicó un crucigrama en el periódico.

COMUNICACIÓN CODIFICADA ELECTRÓNICAMENTE

En 1918, el ingeniero alemán Arthur Scherbius inventó el codificador electromecánico Enigma, llamado así por la palabra griega que significa acertijo. Los militares alemanes desarrollaron posteriormente la Enigma para que el enemigo tuviera que probar 159 billones de combinaciones para encontrar la posición correcta y descifrar sus mensajes.

Rotores: La Enigma tenía tres rotores móviles llamados codificadores, cada uno con las 26 letras del alfabeto. Cuando el operador recibía la clave del día, tenía que colocar los tres codificadores en un orden determinado y luego girarlos para que aparecieran las tres letras seleccionadas de ese día. Cada vez que el operador pulsaba una tecla en el teclado, uno de los codificadores giraba alternativamente 1/26 de vuelta, lo que garantizaba, por ejemplo, que una «A» se codificara con una letra diferente en la siguiente entrada.

Teclado: Los operadores de la Enigma escribían los mensajes en el teclado, que solo tenía 26 teclas de letras.

Tablero de conexiones: Cuando el operador de Enigma recibía la clave del día, conectaba los cables del tablero de manera que intercambiaran seis pares de letras. Por ejemplo, si se conectaban «A» y «B», la señal eléctrica para «B» seguiría el camino realmente calculado para «A» y viceversa.

Letras encriptadas eléctricamente: La Enigma de 11 kilogramos funcionaba enviando una corriente eléctrica a través del tablero a los rotores de la máquina. Cuando un operador introducía la letra «H» en el teclado, la señal del teclado pasaba por el tablero y los rotores y luego volvía a pasar por el tablero. Cada letra cambiaba siete veces dentro del mecanismo de Enigma antes de que la letra cifrada se iluminara en el panel.

Panel: Tras pasar por la Enigma, las letras codificadas se iluminaban en el panel. El mensaje codificado pasaba ahora a un operador de radio que lo transmitía. La comunicación más secreta se realizaba a través de las líneas telefónicas, pero los alemanes tenían tanta confianza en la Enigma que utilizaban regularmente la transmisión por radio. Al otro lado, el destinatario tenía que introducir el mensaje codificado en su máquina Enigma, que descifraba el texto.

ASC

Orígenes comerciales. En 1926, la Armada alemana adoptó la máquina Enigma para uso militar.

elitista King's College de Cambridge y enviado a Bletchley Park pocos días después de la invasión alemana de Polonia. El matemático se había distinguido anteriormente con la invención de la «Máquina Universal», que mediante cintas codificadas podía dividir, multiplicar y hallar raíces cuadradas.

Ni siquiera la propia madre de Turing sabía la verdad sobre su nuevo trabajo en la división de descifrado de códigos. En poco menos de un año, mientras trabajaba tanto en el descifrado de códigos específicos como con el grupo de expertos de la división, Turing descubrió la clave del sistema de códigos indescifrables de la Enigma. Esto cambió el rumbo de la guerra para Gran Bretaña. Durante la Batalla de Inglaterra, los descifradores de códigos pudieron enviar las horas y las coordenadas de los objetivos de los bombardeos alemanes al servicio de inteligen-

cia británico, que los remitía al comandante de la Real Fuerza Aérea, Hugh Dowding. Dowding iba así un paso por delante, lo que le permitió rechazar eficazmente el ataque alemán al tiempo que protegía sus activos de la RAF. Pero las soluciones de Turing no servirían para siempre: los criptólogos alemanes de la Enigma y los descifradores británicos estaban metidos en una carrera de alto riesgo. A un lado del Canal de la Mancha, los alemanes trabajaban sin descanso para complicar sus cifrados, mientras que el equipo de Bletchley Park se esforzaba aún más por anticipar y averiguar cada nueva variación.

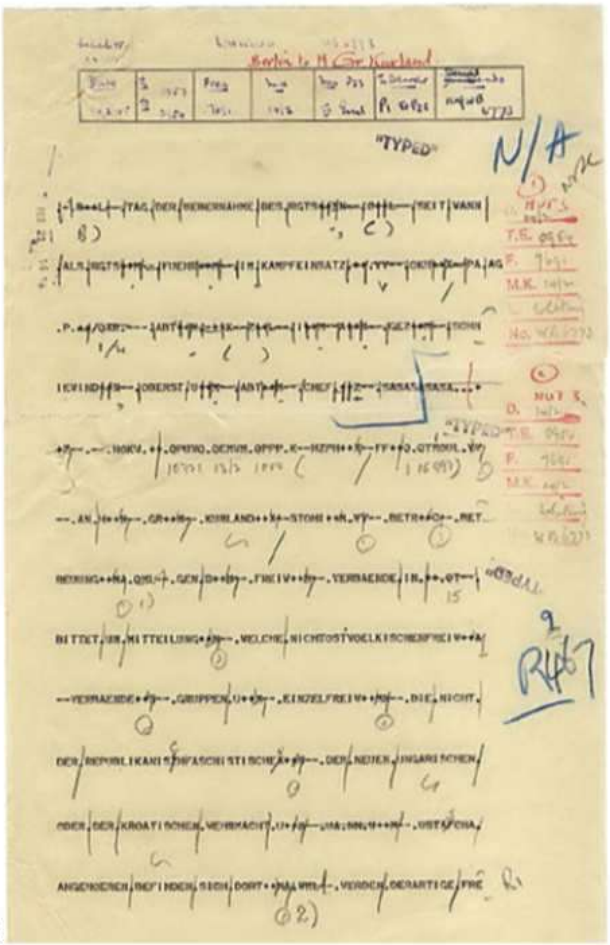
LA MÁQUINA INDESCIFRABLE

Cuando los expertos de Bletchley Park empezaron a devanarse los sesos para resolver los secretos de la Enigma, ya habían pasado más de 20 años desde que el ingeniero eléctrico alemán Arthur Scherbius inventara la primera máquina. En un principio estaba destinada al mercado comercial. Sin embargo, el ejército alemán vio rápidamente su potencial y, en la década de los veinte, empezó a comprar máquinas Enigma. En 1945, los nazis tenían nada menos que 30 000 unidades en servicio.

De construcción muy sencilla, la máquina Enigma consistía en un teclado como el de una

LA CLAVE DEL DÍA

Cada día, el emisor y el receptor sincronizaban su Enigma. El ajuste del día se denominaba «clave diaria». En primer lugar, para asegurarse de que la máquina estaba ajustada, los operadores tenían que conectar el cableado en el tablero de conexiones exactamente de la misma manera. En segundo lugar, tenían que colocar los codificadores en el mismo orden y con la misma letra hacia arriba. Con 26 letras, los codificadores podían colocarse de 17 576 maneras, cambiando también el orden: 105 456. De este modo, el número total de llaves diarias ascendía a más de 10 000 millones. Los alemanes mejoraron la máquina aumentando el número de codificadores de tres a cinco, con lo que el número de claves diarias aumentó a 159 billones.



ASC

ASC

ASC

Sin pausa. Los descifradores trabajaban por turnos en un barracón de Bletchley Park, una mansión construida en el siglo XIX, para averiguar los códigos de los alemanes. Una vez descifrados los mensajes, quedaba por extraer el significado del bloque de letras.

ASC

En primera línea. El general Heinz Guderian dirigió la invasión de Francia desde su estación móvil Enigma en 1940.

máquina de escribir, donde el operador escribía su mensaje. Cada vez que introducía una letra, una corriente eléctrica recorría el tablero de la máquina y pasaba por tres ruedas llamadas rotores. Los rotores codificaban la señal y la devolvían a través del tablero, haciendo que la nueva letra codificada se iluminara en un panel. Cuando un operador de la Enigma pulsaba una tecla, «H» por ejemplo, la mecánica de la Enigma hacía que se iluminara una «T» en el panel. A continuación, el operador escribía el texto codificado y lo enviaba al receptor por teléfono o radio. Cuando el receptor introducía el texto codificado en su Enigma, el texto original volvía a aparecer.

La mayor ventaja de la máquina Enigma era que una carta nunca se codificaba dos veces de la misma forma. Si el remitente escribía en su mensaje la misma palabra varias veces, como por ejemplo «ataque», podía encriptarse la primera vez como «flyover» y la segunda como «ktadep». Este método hacía casi imposible descifrar el código.

Otra protección era que los alemanes no utilizaban un diseño estándar de la Enigma. La Luftwaffe, la Wehrmacht y la Kriegsmarine tenían sus propias versiones. Solo la Kriegsmarine tenía más de 10 versiones diferentes.

UN POLACO RESOLVIÓ LA CLAVE DIARIA

Los descifradores británicos ya llevaban ventaja en la carrera por los códigos al estallar la guerra.

En noviembre de 1931, una lujosa suite del Grand Hotel de la localidad belga de Verviers sirvió de escenario para un encuentro extraordinario. Hans-Thilo Schmidt, que trabajaba en la división de cifrado del Alto Mando alemán, ofreció el secreto del diseño de la máquina Enigma a un agente francés.

Ese encuentro sentó las bases de una colaboración a largo plazo en la que Schmidt proporcionó regularmente la clave diaria de la máquina, es decir, la configuración inicial diaria de los rotores y el tablero de conexiones que la Enigma debía hacer coincidir para codificar y descodificar el mismo mensaje. Sin embargo, los franceses fueron incapaces de averiguar el cifrado por sí mismos, incluso con la información de Schmidt, así que la compartieron con el servicio de inteligencia polaco, que se propuso descifrar los códigos la Enigma.

El joven matemático polaco Marian Rejewski construyó copias de las máquinas Enigma, pero, sin la información actualizada sobre la configuración inicial del día, los resultados producidos por las máquinas eran absurdos. Necesitaba la clave diaria para hacerla funcionar.

El gran triunfo de Rejewski fue desarrollar tanto un método como los medios para determinar la clave: todas las mañanas, los operadores de radio alemanes enviaban la clave del día compuesta por tres letras. Las tres letras se repetían siempre a efectos de verificación. Sin embargo, como la Enigma cambiaba el cifrado después de cada letra, el mensaje clave «SGT SGT» podía producir «ERK LIJ». No obstante, Rejewski aprovechó esta pequeña «repetición». Inventó una máquina, la llamada «Bomba», que podía calcular hacia atrás el mensaje clave del día a partir del resultado cifrado. La Bomba estuvo lista en 1938. Constaba de seis máquinas Enigma conectadas y recibió su nombre por el sonido de tic-tac que hacía al comprobar todas las configuraciones posibles.

LOS BRITÁNICOS HEREDARON LA INFORMACIÓN DE LA ENIGMA

Por desgracia para los polacos, los alemanes no tardaron en reforzar las medidas de seguridad: la Enigma pasó a tener cinco rotores en lugar de tres, y así el número de claves diarias posibles aumentó drásticamente. Los descifradores polacos, con pocos recursos, no consiguieron dar el siguiente salto de descifrado y, ante la amenaza de invasión alemana, transmitieron sus conocimientos sobre los secretos de la Enigma a los británicos. A finales de julio de 1939, los expertos polacos se reunieron en el más absoluto secreto con sus homólogos franceses y británicos en un lugar apartado al sur de Varsovia. El experto británico en descifrado Dillwyn Knox, que se convirtió en uno de los líderes de Bletchley Park, había intentado en vano durante meses descifrar el código de la Enigma y quedó asombrado por el método de Rejewski. El servicio de inteligencia polaco también entregó a cada aliado una réplica de la Enigma y los planos de construcción de la Bomba.

Apenas un mes después de la reunión de polacos, franceses y británicos, Hitler empezó la Segunda Guerra Mundial con la invasión de Polonia, para lo cual dio órdenes de combate a través de la codificación más segura del mundo. El estallido de la guerra puso en marcha el trabajo en Bletchley Park y la plantilla pasó de 140 a 7000 personas.

Mientras los soldados alemanes avanzaban por Polonia y más tarde por Francia, los descifradores de códigos de Bletchley Park esperaban bajo el resplandor de la luz eléctrica la clave diaria, que se transmitía a medianoche por radio mientras aún estaba cifrada. Esta era la línea de salida del descifrado del día siguiente. Sin embargo, la Bomba de Rejewski era demasiado lenta para descifrar las comunicaciones alemanas. Los descifradores podían pasar meses averiguando la clave de un solo día y, para entonces, ya no era útil.

TURING DESCUBRE UN PATRÓN

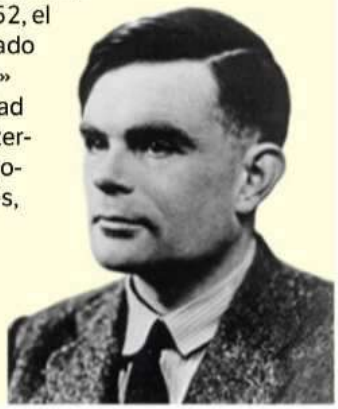
Alan Turing recibió el encargo de rediseñar la Bomba de Rejewski para descifrar los nuevos y mejorados códigos alemanes. Utilizando la clave diaria repetida como Rejewski, Turing elaboró su primera «bomba», llamada Victory. Era el 14 de marzo de 1940. Gracias a la bomba Victory, los británicos pudieron descifrar los mensajes nazis en 24 horas. Así conocieron los planes del ataque a Dinamarca y Noruega del 9 de abril.

Los alemanes se dieron cuenta de la vulnerabilidad de recurrir a las repeticiones y, dos meses después de la irrupción de la Victory, tanto la Luftwaffe como la Wehrmacht abandonaron la práctica de repetir la clave diaria. El resultado fue que, durante el verano de 1940, los descodificadores británicos se encontraron otra vez perdidos.

Pero Turing no se rindió. Exploró el archivo de mensajes codificados y, con su intuición y talento matemático, reconoció un patrón en las transmisiones diarias. Turing descubrió que todas las mañanas, a las 06:05, los alemanes enviaban una previsión codificada en la que la palabra alemana Wetter, que significa «tiempo», aparecía en lugares fijos. Sabiendo esto, pudo relacionar un segmento codificado, como «etjwpx», con la palabra original Wetter. Cuando Turing encontró una coincidencia, la tarea consistió en encontrar la configuración de Enigma que codificaba «etjwpx» de vuelta a Wetter. El problema era que la Enigma tenía 159 billones

EL GENIO DE LAS MATEMÁTICAS

El matemático Alan Turing fue seleccionado tras graduarse en el King's College de Cambridge para el Proyecto Ultra cuando tenía 27 años. Destacó como uno de los más agudos y exitosos descifradores de códigos de Bletchley Park. Aunque Turing trabajaba para el ejército, su aspecto distaba mucho de ser el de un soldado típico. Su madre, que desconocía sus funciones específicas, esperaba que el servicio le hiciera cortarse el pelo, pero Turing llegó a Bletchley Park sin afeitar y con manchas en la ropa. Mientras que otros soldados recibieron medallas después de la guerra por sus esfuerzos, el desciframiento de códigos de Turing —que fue vital para el resultado final de la guerra— no fue reconocido públicamente. En 1952, el matemático fue acusado de «indecencia grave» por su homosexualidad y condenado a someterse a una terapia hormonal. Dos años después, se quitó la vida.



Alan Turing. Precursor de la informática moderna.

ASC

de combinaciones posibles de ajustes: una tarea de una dificultad aparentemente insuperable.

En Bletchley Park, Turing siguió mejorando su bomba. El 8 de agosto de 1940, casi al mismo tiempo que los alemanes comenzaban la Batalla de Inglaterra, el prototipo estaba listo y los descifradores de códigos pudieron volver a espiar las comunicaciones de radio alemanas. Más rápida que nunca, la bomba de Turing descifró la clave del día en una hora, lo que resultó ser crucial durante la Batalla de Inglaterra.

LOS CÓDIGOS DE LA MARINA ERAN IMPOSIBLES

La comunicación de una rama militar alemana, la Kriegsmarine, seguía siendo indescifrable. Los submarinos alemanes, los llamados «lobos grises», habían perfeccionado su estrategia de ataque y en 1940 hundían 50 barcos aliados al mes, interrumpiendo así las líneas de suministro y enviando a miles de tripulantes aliados a la muerte. Los convoyes marítimos entre Estados Unidos y Gran Bretaña, cargados de armas y alimentos, quedaron tan maltrechos que la amenaza de la derrota pareció clara. La exitosa táctica alemana de la «manada de lobos», en la que los submarinos se unían y atacaban en grupo, se coordinaba mediante el uso de la máquina Enigma.

Las máquinas Enigma de la Kriegsmarine funcionaban con hasta ocho discos de rotor en lugar de cinco, pero la bomba de Turing demostró ser capaz de penetrar incluso este complejo sistema de codificación. En ocasiones, para descifrar los códigos de la Kriegsmarine se utilizó un método llamado «jardinería», en el que aviones de la RAF colocaban minas a ciegas en un lugar determinado y esperaban a que los barcos alemanes emitieran un mensaje identificando una posición geográfica y la palabra «mina». Pero era un método inseguro, que consumía tiempo y recursos. Esto dejaba una sola opción a los británicos: conseguir los libros de códigos y los manuales de instrucciones de la Enigma. El joven empleado de Bletchley Park Harry Hinsley se dio cuenta de que, debido a sus largos viajes, los barcos meteorológicos alemanes debían navegar llevando diariamente los libros de códigos clave durante al menos un mes. Así se llegó a la conclusión de que, si se abordaba y saqueaba en secreto un barco meteorológico alemán para obtener sus libros de códigos, se podría acceder de forma segura a las comunicaciones de la Kriegsmarine. En la primavera de 1941 comenzó la caza.

Incansable. El destructor HMS *Petard* persiguió al U-559 durante 10 horas antes de inutilizarlo y abordarlo.

ASC

LOS BRITÁNICOS ROBAN A LOS LOBOS

El 7 de mayo de 1941, un vigía a bordo del destructor británico HMS *Somali* divisó humo en el horizonte. El *Somali* iba en busca del buque meteorológico alemán *Munich* y se acercó a su presa acompañado de otros tres de los destructores más rápidos de la Royal Navy. Los barcos británicos no tuvieron dificultades para abordar el buque meteorológico alemán.

El capitán del *Munich* se apresuró a tirar por la borda la máquina Enigma para evitar que la descubrieran, pero los británicos encontraron libros de códigos con las claves diarias alemanas de mayo y junio de 1941.

Pocos días después, los británicos consiguieron hacerse con una máquina Enigma completa y un libro de códigos del submarino U-110, lo que les permitió espiar a los alemanes hasta julio. La información así obtenida cambió las tornas en la lucha contra los temidos submarinos en la Batalla del Atlántico.

Pero la Kriegsmarine volvió a superar a Bletchley Park al equipar sus buques con una nueva y aún más complicada Enigma: la Triton M4, de triste memoria. La máquina, conocida por los británicos como *Shark*, entró en funcionamiento antes de una ofensiva submarina masiva que pretendía destruir las líneas de suministro aliadas de una vez por todas y poner a Gran Bretaña de rodillas. *Shark* arrojó un velo de oscuridad de diez meses sobre los descifradores de Bletchley Park.

Pero al amanecer del 30 de octubre de 1942, el submarino U-559 apareció en el radar de una hidrocanoa Sunderland en el sureste del Mediterráneo, y un grupo de destructores británicos salió en su búsqueda. Después de que la tripulación de la aeronave británica informara de que había visto un periscopio y los contornos de un submarino, el buque de guerra HMS *Petard* comenzó su ataque con cargas de profundidad. Las explosiones produjeron

LOS NAVAJOS SUSTITUYEN A LAS MÁQUINAS DE CODIFICACIÓN

Idioma codificado. Dos soldados encriptadores de origen nativo.

ASC

Los americanos y los japoneses también utilizaron máquinas de encriptación. Pero en el Pacífico, donde el campo de batalla estaba formado por pequeñas islas, los soldados tenían que responder en una fracción de segundo y cualquier tipo de comunicación por código era demasiado lenta. El estadounidense Phillip Johnston tuvo la idea de reclutar traductores navajos para que hablaran por radio en su lengua sin que los soldados japoneses los entendieran.

gigantescos géiseres de agua, pero cuando el mar se calmó la tripulación, decepcionada, descubrió que no habían hecho impacto en la presa. El buque de guerra persiguió al submarino y lanzó enormes racimos de explosivos hacia las profundidades, pero nada parecía surtir efecto. El capitán del *Petard* pudo determinar que el U-559 se había sumergido más allá de los 150 metros de profundidad máxima de las cargas y ordenó a la tripulación que rellenara de jabón los agujeros de las cargas de profundidad para que se hundieran más antes de explotar.

El ataque de los destructores continuó hasta bien entrada la noche antes de que una carga de profundidad alcanzara finalmente al U-559. Poco después, la tripulación del *Petard* pudo ver cómo el monstruo metálico salía a la superficie envuelto en una masa blanca de olas.

LA TRIPULACIÓN DEL *PETARD* DA UN GOLPE DE EFECTO

La tripulación del U-559 ya había obedecido la orden de abandonar el barco cuando se desvanecieron sus esperanzas de ver cómo el submarino se hundía tras ellos y se llevaba al fondo los secretos de la Enigma. El *Petard* iba a mandar un ballenero para abordar el submarino cuando el teniente primero Anthony Fasson tomó una decisión fatídica. Se lanzó al mar negro, seguido por el marinero Colin Grazier y el asistente de cantina de 16 años Thomas Brown, y nadó hacia el submarino averiado. Juntos consiguieron llegar a tiempo y subir a bordo justo cuando el agua empezaba a entrar por las escotillas.

«Cuando bajé por el compartimento de la torre de mando sentí que el agua me caía por la espalda. Fasson y Grazier me dieron algunos libros, los recogí y los pasaron al ballenero... Grité dos veces 'será mejor que subáis', y acababan de arrancar cuando el submarino empezó a hundirse muy rápidamente. Conseguí saltar y me recogió el ballenero», dijo Thomas Brown más tarde.

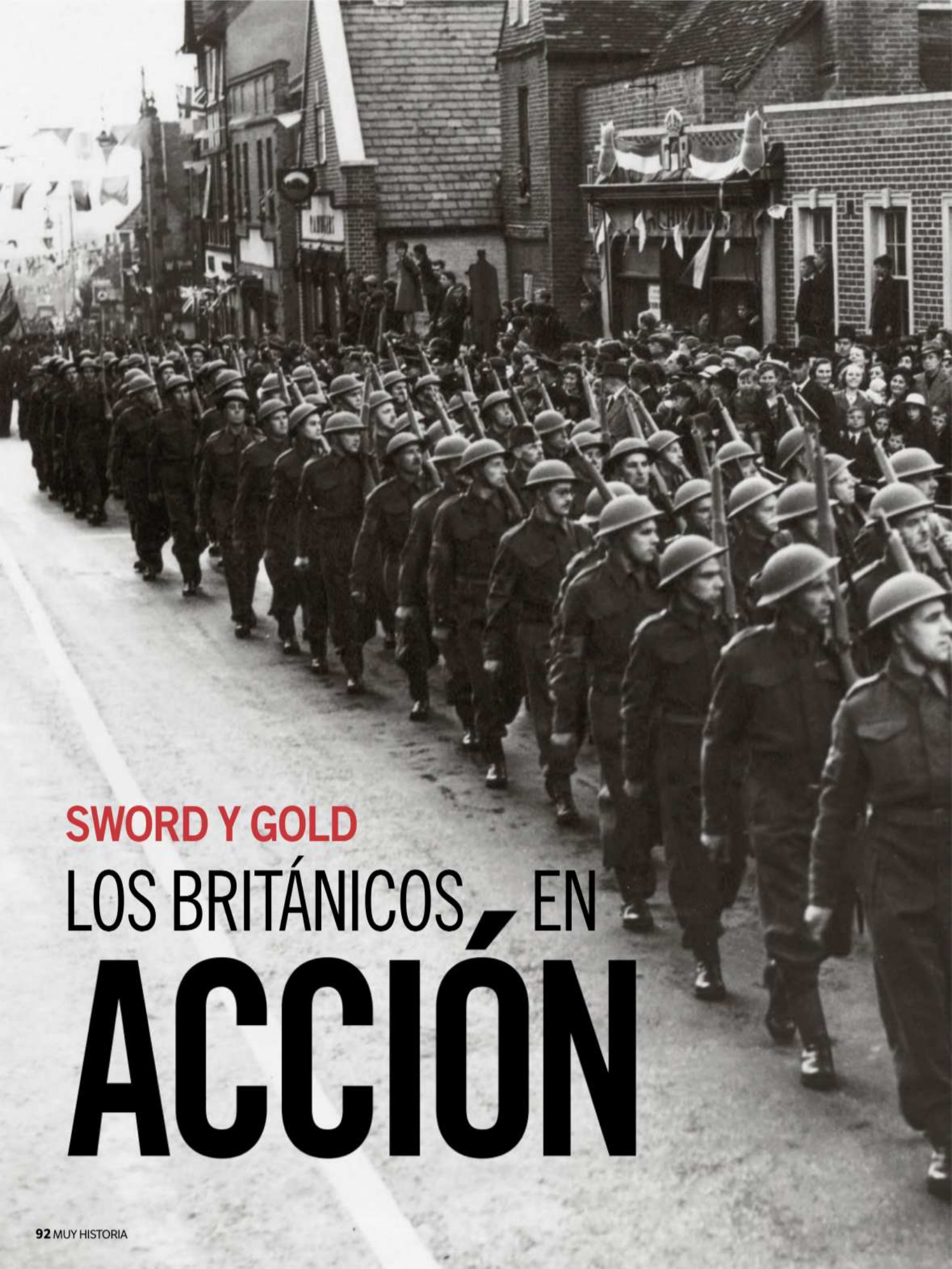
Sus dos compañeros nunca llegaron a la superficie. Murieron en el vientre del U-559, por lo que nunca llegaron a enterarse de la importancia crucial de la hazaña que habían llevado a cabo.

Con el material obtenido, los británicos volvieron a tener la clave de la comunicación de la Kriegsmarine. Cuando la noticia llegó a los descifradores de Bletchley Park, un empleado emocionado, transgrediendo todas las órdenes de confidencialidad, corrió a la taberna y gritó: «¡Tenemos los submarinos de nuevo!».

En el centro de la Batalla del Atlántico se encontraba un variopinto grupo de maestros de ajedrez, matemáticos y egiptólogos cuyo trabajo consiguió cambiar las tornas de la guerra a favor de los aliados para que las líneas de suministro del Atlántico pudieran mantenerse sin interrupción.

Fue un punto de inflexión de enorme trascendencia, y así lo reconoció más tarde Winston Churchill cuando declaró: «Gracias a Ultra ganamos la guerra».

Sin embargo, los éxitos de Ultra no aparecieron en los titulares ni obtuvieron muchos honores durante la guerra, porque los descifradores de códigos trabajaban en el más absoluto secreto para ocultar a los alemanes el robo del sistema Enigma. Churchill describió al equipo como «los gansos que ponían los huevos de oro pero nunca cacareaban». MH



SWORD Y GOLD

LOS BRITÁNICOS, EN ACCIÓN

La defensa final. Miembros de la Home Guard, organización de defensa del Reino Unido creada en los inicios de la Segunda Guerra Mundial como fuerza de apoyo a las tropas regulares del Ejército británico, en el desfile que puso fin a la War Weapons Week de Bracknell el 25 de mayo de 1941.

GETTY

El 6 de junio de 1944, fuerzas británicas desembarcaron en las playas Gold y Sword, donde se enfrentaron a nidos de ametralladoras y fuertes defensas alemanas. Los soldados aseguraron Arromanches, clave para la construcción de los puertos Mulberry, y tomaron el puente Pegasus tras una audaz operación nocturna. El avance aliado en Normandía podía continuar.

LAURA MANZANERA
Periodista y escritora

Si bien el 6 de junio de 1944 el comandante supremo aliado era Dwight D. Eisenhower, americano, el responsable máximo de la aviación aliada era inglés: Arthur Tedder. Como lo eran Bertram Ramsay, al mando de la flota; Trafford Leigh Mallory, comandante en jefe de las fuerzas aéreas, y Bernard Montgomery, principal arquitecto de la operación Overlord y a cargo de todas las fuerzas terrestres.

Otro británico que hubiese querido estar el día del desembarco en las playas normandas, o al menos cerca de ellas, era el primer ministro Winston Churchill. Y hubo de ser el propio Jorge VI quien le rogase encarecidamente renunciar a tan descabellada idea. Intentó disuadirle mediante una carta datada cuatro días antes del Día D: «Considere mi posición. Soy un hombre más joven que usted, soy marinero y, como rey, jefe de los tres servicios, nada me gustaría más que ir al mar, pero he aceptado quedarme en casa. ¿Es justo que haga exactamente lo que me hubiera gustado hacer?» [...] «...si el rey no puede hacer esto, no me parece correcto que su primer ministro ocupe su lugar». Parece que sus argumentos surtieron efecto y Churchill permaneció en Inglaterra.

En cuanto a los vehículos y materiales involucrados en el desembarco, de los 1200 buques de guerra, casi 900 eran británicos, así como más de 3200 de las 4100 lanchas y dos tercios de los aviones utilizados.

Además de los dirigentes de la nación, de los altos mandos y del inmenso material aportado, Gran Bretaña colaboró con aproximadamente 54 000 soldados distribuidos en las playas de Gold y de Sword. Unos pocos han pasado a la historia, la mayoría no, pero todos ellos contribuyeron de alguna manera al gran éxito aliado del Día D.

Los primeros combates de la mítica jornada se vieron durante la operación Pegasus, la toma de dos pequeños puentes sobre sendos cursos de agua en el flanco este de la playa de Sword, la más oriental de las dos asignadas a los británicos. Fue un exitoso *coup de main,* un ataque inesperado esencial para asegurar el flanco izquierdo de la invasión y proteger la playa de las fuerzas acorazadas germanas. La operación Overlord podía continuar...

LOS FRANCESES PRIMERO

El general Charles de Gaulle, líder de la llamada Francia Libre, no fue informado de la operación Overlord hasta el 4 de junio. Y para entonces, el presidente estadounidense, Eisenhower, se limitó a contarle sus planes e informarle de que el día en cuestión él mismo se dirigiría a los franceses.

GETTY

Altos cargos aliados. Sentados, de izda. a dcha., Arthur Tedder, Dwight D. Eisenhower y Bernard Montgomery. De pie, de izda. a dcha., Omar Bradley, Bertram Ramsay, Trafford Leigh-Mallory y Walter Bedell Smith (1944).

GETTY

Comienza la Operación Overlord. El Ejército británico desembarca en la playa de Gold, el 16 de junio de 1944. El plan era extenderse hacia el oeste, para apoderarse de Arromanches-les-Bains, donde se construiría un puerto Mulberry.

«¿Usted? ¿Para decir qué?», le respondió molesto. Como no podía ser de otro modo, la tarde del día 6 De Gaulle habló por radio a sus compatriotas y el 14 se presentaría en Bayeux, la primera ciudad liberada, donde recibió una calurosa bienvenida. Y contra la opinión de los aliados, mandaría al general Leclerc a liberar París. Estaba en juego el orgullo patrio.

El Día D, las desavenencias entre Francia y los aliados se encontraban en su punto álgido. Tres días antes, De Gaulle se había puesto a cargo del Gobierno provisional de la República francesa que sustituía al Comité Francés de Liberación Nacional. Frenaba así la intención de colocar a Francia bajo administración militar aliada.

Gran Bretaña colaboró con **aproximadamente 54 000 soldados** en las playas de Gold y de Sword

Pese a la tensión entre países, los británicos dejaron que un puñado de franceses desembarcaran junto a ellos —en realidad, antes que ellos— en la segunda playa que les habían asignado: Sword, la más oriental de todas. Sumaban en total tan solo 177 hombres, dos compañías de los «boinas verdes» británicos entre cinco divisiones de infantería y tres aerotransportadas, pero aquellos fueron los únicos franceses que desembarcaron el Día D. Casi todos eran de Bretaña y pertenecían al Comando Kieffer, nombre del capitán de fragata que los dirigía, Philippe Kieffer, un notable ejemplo de constancia y experiencia. Cuando propuso la creación de un comando galo a los ingleses, estos se habían mostrado en principio reacios, pero les convenció de la importancia de contar con soldados que conociesen el terreno y hablaran el idioma.

A las 7:21 del día 6, las dos barcazas de los franceses alcanzaron la playa. Sus camaradas les cedieron el paso concediéndoles así el honor de ser los primeros en pisar su propio país. Pese a todo, serían marginados en el relato de los hechos porque formaban parte de las tropas británicas.

GETTY

Charles de Gaulle. El estadista francés camina por la ciudad de Bayeux después de la ocupación alemana.

SWORD. CON DOS MINUTOS DE RETRASO

En el extremo este, a cinco kilómetros de la costa de Juno, entre Saint-Aubin y Ouistreham, se extendía la playa a la que se llamó Sword. Junto con el pequeño grupo de franceses, allí estaban destinados la 3.ª División de Infantería inglesa y algunos grupos de comandos. Su objetivo principal era conquistar la ciudad de Caen y unirse a las tropas aerotransportadas en el interior.

Según el plan trazado, primero pisaron la arena los carros de combate, para destruir campos de minas y apoyar a la infantería. El general Percy Hobart había diseñado especialmente para la ocasión unos curiosos vehículos «tuneados» de las formas más increíbles: «los Funnies ("divertidos") de Hobart», unos ingenios de apariencia extravagante que resultaron bastante prácticos.

En el momento adecuado debía aparecer la 3.ª División de Infantería, cuya 8.ª Brigada establecería una cabeza de playa. Y a continuación, la 85.ª Brigada alcanzaría Caen y la 9.ª protegería el flanco derecho. Finalmente, los comandos de Simon Freser, conocido como lord Lovat, tomarían Ouistreham y se unirían a los soldados aerotransportados en el puente Pegasus. A la media hora de la llegada de los comandos, la playa estaba conquistada. A cambio de numerosas bajas, eso sí.

Los soldados galos se dirigieron a toda prisa al interior, hacia Ouistreham, cuyo casino, convertido por los nazis en una verdadera fortaleza, tenían órdenes de tomar. Para las 11:20 lo habían logrado, aunque habían perdido casi el 30 % de los hombres. Los supervivientes se unieron a Lovat, que estaba ya en el puente Pegasus, el gran objetivo de la avanzadilla británica, y debía ir hacia Bénouville para unirse a los paracaidistas de la 6.ª División Aerotransportada.

Una vez liberado Ouistreham mediante sangrientos combates en las calles, la columna continuó avanzando pese a la presión de los francotiradores alemanes y consiguió cruzar el río Orne. Pasaban unos minutos de la 01:00 cuando la misión se dio por finalizada. No habían podido capturar Caen, que sería un punto esencial de la lucha durante las semanas posteriores, pero sí unirse a los paracaidistas. El teniente Tod Sweeney recibió a Lovat visiblemente satisfecho: «¡Estoy sumamente contento de verte, viejo!». A lo que el escocés respondió: «Yo también estoy muy contento, amigo mío. Siento haberme retrasado dos minutos y medio». Una muestra de humor británico, más bien escocés.

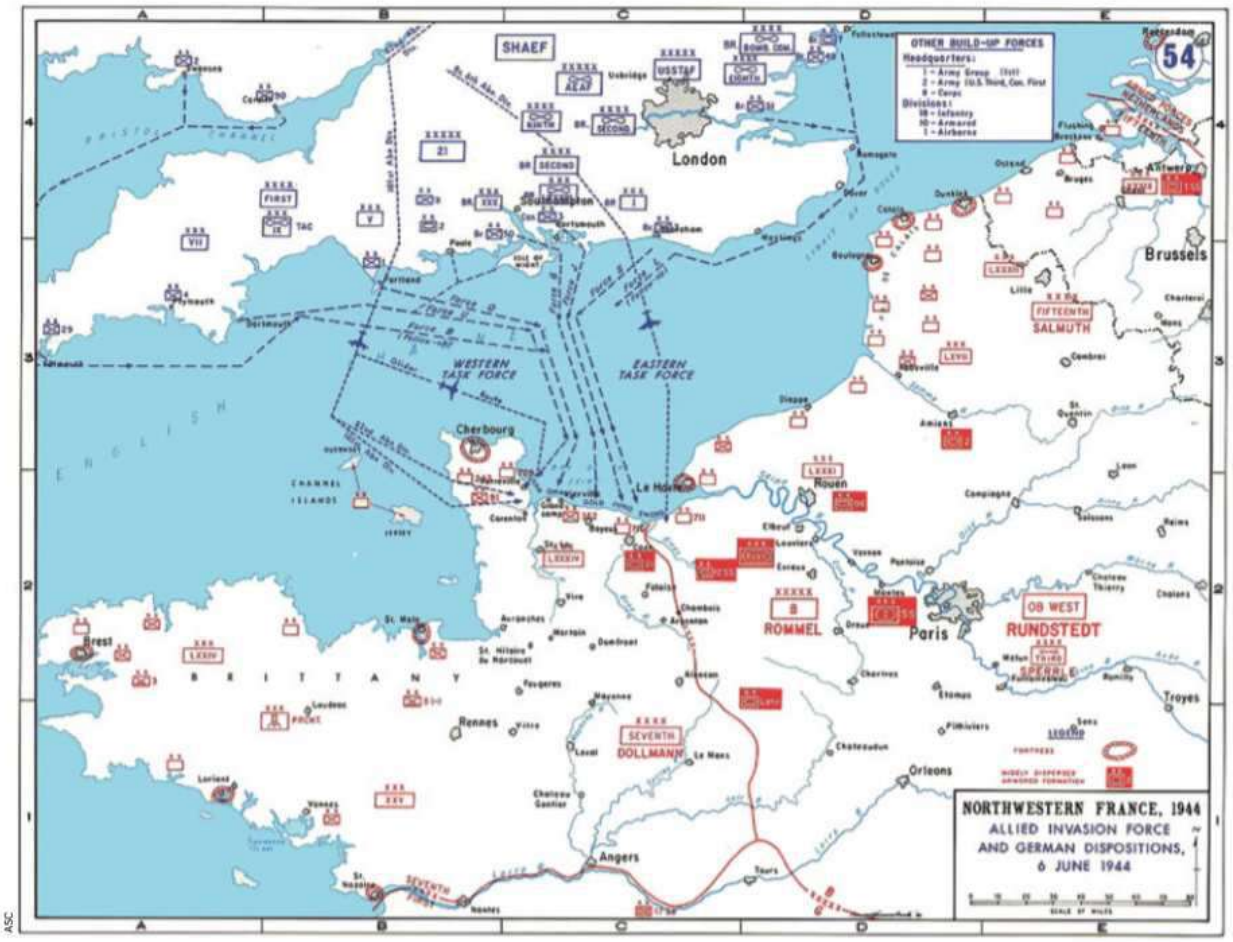
La medianoche del día 6, cerca de 29 000 soldados británicos habían llegado a la playa de Sword.

GOLD Y EL ENVÍO DE SUMINISTROS

Después de que la 3.ª División de Infantería canadiense pisara la playa de Juno y se dirigiera hacia el interior, les tocó el turno a los británicos en la playa de Gold. Debía evitarse que los alemanes flanqueasen las de Omaha y Juno.

EL GRAN HÉROE DEL DÍA D

Mientras corrían a la cima de la playa, el sargento mayor Stanley Hollis, de la 50ª División de Infantería, veía caer a los hombres uno tras otro bajo el fuego de ametralladora. Cuando el oficial al mando de su compañía se dio cuenta de que habían pasado por alto dos reductos, él y Hollis se acercaron a inspeccionar. De repente, la ametralladora abrió fuego contra ellos. «Hollis arremetió contra el fortín disparando su metralleta. Stan saltó encima del búnker para volver a cargarla y lanzó en su interior unas cuantas granadas», apunta Antony Beevor en *El Día D. La batalla de Normandía*. Más tarde, en el pueblo de Crépon, salvó a dos soldados en otra acción muy arriesgada, por lo que recibió la única Cruz Victoria concedida aquel mítico 6 de junio de 1944.



Planes para la invasión. Rutas de asalto planificadas por los aliados para las fuerzas de invasión y posiciones alemanas en la Francia ocupada.

Para tal cometido, el mariscal Montgomery escogió a la 50.ª División de Infantería de Northumbria, formada por veteranos a los que acompañarían miembros del 47.º Comando de los Reales Infantes de la Marina.

La gran dificultad de Gold radicaba en los acantilados que se levantaban aparentemente infranqueables a lo largo de la mayor parte de la playa. El ataque se iba a concentrar entre las poblaciones de Asnelles-sur-Mer y La Rivière y el objetivo principal era la localidad de Arromanches. Y lo era porque se pretendía instalar allí un puerto artificial desde el que enviar refuerzos y material al norte de Francia.

Los aliados tenían claro que la invasión requería grandes cantidades de armas y municiones, combustible, comida, instrumental sanitario... Para llevar todo esto a tierra necesitaban un puerto con suficiente profundidad para anclar grandes buques sin que la marea les afectase. Pero en Normandía solo había dos que cumpliesen los requisitos, Le Havre y Cherburgo, ambos en manos alemanas y muy alejados de la zona de desembarco. Solo había una solución: crear puertos artificiales móviles que pudieran montarse con rapidez en la misma zona del desembarco. Lord Mountbatten, un reconocido marino, dirigió la operación. Se construyeron dos puertos (Mulberries): uno en Vierville-Saint-Laurent, en Omaha, en el sector americano, y el otro en Arromanches, en Gold, en el británico.

Las obras en Arromanches empezaron al día siguiente del Día D. Algunos bloques de hormigón tenían una altura equivalente a un edificio de seis pisos. Hasta los elementos de mayor tamaño, que llegaban a pesar 6000 toneladas, flotaban. La estructura incluía plataformas de descarga y muelles para los ferris, a partir de los cuales se construyeron carreteras flotantes que llegaban hasta la playa. Dos millones y medio de hombres, medio millón de vehículos y cuatro millones de toneladas de suministros desembarcaron en Europa a través del puerto artificial de Arromanches.

Mientras que el puerto de Omaha fue destruido por una tormenta el 19 de junio, el de Gold estuvo operativo desde principios de julio durante más de un mes y demostró su importancia estratégica. Se descargaron cerca de mil toneladas de materiales al día.

ENTRE ACANTILADOS, CAÑONES Y AMETRALLADORAS

Con el fin de eludir los acantilados, en Gold desembarcarían en dos sectores al este de Arromanches: Jig y King. Del primero se encargaría la 231.ª Brigada, a la que se sumaría el 47.º Comando de los Reales Infantes de la Marina, que protagonizó una memorable actuación. Debían avanzar a toda prisa hacia el interior, rodear las posiciones enemigas y tomar la ciudad y el puerto de Port-en-Bessin. Y para acelerar el proceso, se les prohibió abrir fuego hasta llegar a su destino. Era necesario enlazar lo antes posible con los americanos en Omaha. Al otro sector, King, se destinó la 69.ª Brigada que al final del día debía haber conquistado la ciudad de Bayeaux, a unos quince kilómetros de la costa.

La operación empezó a las 03:00. Dos horas y media más tarde, los soldados empezaron a abandonar las barcazas. En Jig, las cosas se complicaron para la 231.ª Brigada. Además de tener solo 800 metros de terreno para desembarcar, los miembros 1.er Batallón del Regimiento Real de Hampshire se toparon con un montón de minas, ametralladoras y morteros y debían hacerse sí o sí con el pueblo de Le Hamel que los nazis habían convertido en un fortín con una excelente posición. Tomarlo suponía un verdadero desafío y costó sudor y lágrimas tanto al 1.er Batallón del Regimiento Real de Hampshire como al 1.er Batallón del Regimiento Real de Dorsetshire.

El primer movimiento fue intentar avanzar para aplacar la artillería germana, pero el intenso fuego de ametralladora y la gran cantidad de minas que los rodeaban lo hicieron imposible. Concluyeron que seguir atacando desde el frente era inútil, de modo que realizaron un movimiento de flanqueo que no resultó fácil pero sí eficaz. Los más perjudicados fueron los carros de combate a los que alcanzaba el fuego de un cañón de 75 milímetros. Varios de ellos terminaron hechos pedazos. Las pérdidas humanas fueron asimismo importantes. Pero finalmente, pasadas las 16:00, los enemigos se habían rendido y los invasores declararon que la playa de Gold era segura.

En King, los alemanes opusieron mucha menos resistencia, así que el desembarco transcurrió sin mayores problemas. Eso sí, en La Rivière los carros de combate británicos recibieron la mortífera artillería de un cañón de 88 milímetros. Y hay que tener en cuenta que los blindados prendían con bastante facilidad. Pese a todo, poco a poco, la infantería pudo ir avanzando.

Tuvieron para tomar tierra los miembros del 47.º Comando de los Reales Infantes de la Marina.

¿UN SOLDADO «ARMADO» CON UNA GAITA?

El British War Office lo dejaba claro: estaba prohibido que los gaiteros condujeran tropas al combate, ni siquiera para infundirles ánimos como era lo habitual. Pero a lord Lovat, un escocés de raza al mando de los comandos de la 1.ª Brigada del Servicio Especial, no le impresionaban las normas. Y por eso William «Bill» Millin desembarcó en Sword vestido con el tradicional kilt, la falda masculina escocesa, y «armado» con el puñal tradicional *sgian dubh*. En cuanto llegó al agua, empezó a tocar sin detenerse, pese que a los hombres iban cayendo a su alrededor. Según algunos testimonios, los alemanes dejaron de disparar durante unos segundos. No podían creer lo que veían ni oían. Pese a pasarse media jornada recorriendo la playa de arriba abajo, no recibió ni un disparo. Lo ignoraron porque creían, simplemente, que aquel hombre estaba loco.

ASC

Piper Bill. El músico canadiense Bill Millin tocando su gaita en 1944.

GETTY

GETTY

La hora de la verdad. Arriba, de izda. a dcha. Retrato de lord Louis Mountbatten y vista aérea de tropas y tanques estadounidenses durante el desembarco.

ASC

Puente Pegasus. La captura de este puente situado sobre el Canal de Caen, junto a Bénouville era el primer objetivo (Operación Tonga) de la 6.ª División Aerotransportada.

El intenso fuego y el mal estado del mar fueron las principales dificultades a superar. Cuatro barcazas saltaron por los aires al chocar contra los bautizados como «espárragos de Rommel», peligrosos troncos de madera con explosivos en la punta.

Una vez sobre la arena, el tiempo apremiaba. Al caer la noche no habían cumplido el objetivo fijado, que retomaron a la mañana siguiente. Como recogen Pere Cardona y Manuel P. Villatoro en *Lo que nunca te han contado del Día D*: «Lo que no sabían es que allí (en Port-en-Bessin) les esperaban dos temibles barcos Flak alemanes y dos fortificaciones de hormigón defendidas por ametralladoras, minas y lanzallamas ocultos». Una desagradable sorpresa que les pasó factura. Numerosos soldados británicos perecieron mientras intentaban trepar por las colinas. Y, por si fuera poco, los alemanes estaban preparados para contraatacar y cortar su retirada. La situación se tornó desesperada. Parecía no haber salida, hasta que el capitán Terence Frederick Cousins y un pequeño grupo de hombres cargaron contra los búnqueres durante la noche. Cousins murió como un héroe, pues durante la acción lo alcanzó una granada, pero su decisión y su arrojo sirvieron de ejemplo a sus hombres. Los enclaves germanos pasaron a manos británicas a medianoche y el día siguiente, el 8, se hicieron con el puerto. «La acción costó a los comandos cuarenta y ocho muertos y setenta heridos; estos se sumaron a las bajas que se sufrieron en Gold (unas seiscientas treinta). No obstante, al final del 6 de junio, el Ejército británico había desembarcado a unos veinticinco mil hombres en la playa, había enlazado con sus colegas canadienses en Juno y había capturado la localidad de Arromanches. Bayeux se conquistó en la mañana siguiente», recuerdan Cardona y Villatoro.

La misma tarde del día 6, Churchill informaba a Stalin: «Todo ha comenzado bien. Se han superado la mayor parte de las minas, los obstáculos y las baterías terrestres. Los aterrizajes de paracaidistas salieron muy bien y a gran escala. Los desembarcos de la infantería se están llevando a cabo con rapidez y ya hay en tierra muchos carros de combate y piezas de artillería autopropulsadas. El pronóstico meteorológico es de moderado a bueno», apuntó en sus memorias. MH

En su salsa. Schliemann y su mujer, Sofía, desentierran joyas de una tumba micénica en 1876. Sacaron a la luz millares de ellas, pero destrozaron el contexto.

ASC

EN BUSCA DE TROYA

SCHLIEMANN: EL TRIUNFO DE LA VOLUNTAD

Obsesionado desde niño con Grecia, su vida parece una película o una novela. La aportación de este arqueólogo aficionado y febril, vista hoy, fue tan decisiva como demoledora: descubrió tesoros históricos a costa de destruirlos parcialmente.

POR ALBERTO PORLAN
Escritor y filólogo

Heinrich Schliemann fue un hombre dominado por una obsesión. Su personalidad lo hacía antipático, pues lo que en ella predominaba era la ciega determinación de alcanzar sus propósitos. No fue un tipo imaginativo ni talentoso, sino un metódico y calculador espíritu prusiano a cuya biografía habría cuadrado el título que mucho más tarde usaría Leni Riefenstahl para mayor gloria de su Führer: El triunfo de la voluntad. Pues solo a base de voluntariosa constancia —y del desarrollo de un ego formidable— se puede entender que aquel rapaz que corría por las calles de la pequeña Fürstenberg llevando mandados del tendero Holtz llegara a convertirse en uno de los individuos más célebres y respetados del último tercio del siglo XIX.

Obseso y autodidacta. Heinrich Schliemann aprendió 15 idiomas por su cuenta, se hizo rico y dedicó su saber y su fortuna a una única meta: Troya.

Ilios, la obra monumental en la que describe sus excavaciones en Troya, comienza con su autobiografía. En ella incluye datos increíbles, pero ciertos, junto a datos falsos pero muy creíbles. Juzgada desde el presente, su aportación a la arqueología fue tan decisiva como devastadora. Es evidente que desenterró maravillosas muestras del pasado europeo, e incluso podría decirse que contribuyó a fundar la arqueología moderna, pero no es menos verdad que, al hacerlo, destruyó para siempre un cúmulo de datos que nos habrían ayudado a entender mucho mejor lo que recuperó.

Aquellos espectaculares tesoros se explicaban a sí mismos en virtud de un entorno que su afán excavatorio contribuyó a destruir irremediablemente.

MARCADO DESDE LA INFANCIA

La obsesión que lo dominaba había arraigado en la infancia. Él mismo lo declara en las primeras frases de su autobiografía: «Lo que me empuja a poner la historia de mi vida al frente de esta obra no es la vanidad, sino mostrar hasta qué punto las impresiones de mi infancia marcaron el trabajo de toda mi vida».

Había nacido el día de Reyes de 1822 en una aldeíta prusiana, hijo de un pastor protestante que pronto fue destinado a la vecina Ankershagen. En aquella ciudad cargada de supersticiones y leyendas, que el niño Schliemann asimiló a su manera infantil, se desarrollaron los ocho años que determinarían el resto de su vida y sus éxitos. Su padre, el pastor, era un fanático de la Historia Antigua que hubiera deseado estar entre los afortunados que desenterraron los tesoros de Herculano y Pompeya en el siglo anterior.

En lugar de cuentos, le narraba a su hijo las hazañas de Aquiles y Eneas, de manera que el crío se familiarizó íntimamente con los héroes que describía Homero.

EL SUEÑO HOMÉRICO, LA PESADILLA COTIDIANA

El punto de inflexión en la infancia de Schliemann —declarado por él mismo— ocurrió exactamente el día de Navidad de 1829, cuando su padre le regaló un ejemplar de la *Historia Universal contada a los niños,* de Jerrer. Era una edición ilustrada, y hojeando sus páginas topó con un grabado en el que se veía a los héroes troyanos huyendo de su ciudad en llamas. El pequeño Heinrich dijo a su padre: «Con esos muros tan grandes tiene que haber quedado algo en pie. Yo encontraré Troya cuando sea mayor».

Para eso tuvieron que transcurrir 44 años, pero de momento le esperaba el primer gran revés de su vida. Mientras empezaba a saborear sus éxitos escolares a la vez que su primer amor juvenil, murió su madre. Y poco después el pastor Schliemann fue acusado de los feos delitos de abusador de mujeres y desaparición de caudales y desposeído de su dignidad y de su salario. El efecto de aquella vergüenza debió de ser devastador para Heinrich. En su autobiografía no hace la mínima mención a su padre a partir de este punto de su vida.

Había que ganarse el sustento, así que con 14 años trabajaba sin descanso desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche como chico de los recados en una tienda de comestibles de Fürstenberg. Y en esas mismas condiciones continuaba, entre arenques, café, manteca y azúcar, cuando cumplió los 20. Hasta que una mañana, al ir a cargar en el

UN HOMBRE QUE SE ATENÍA A SU PLAN

Además de ser un tipo voluntarioso, Heinrich Schliemann era lo que se dice un hombre metódico, atento al menor detalle de su vida. No hizo nada por intuición o capricho, sino que siempre actuó motivado por razones estrictas y a partir de planes bien establecidos. Con una salvedad: los años que siguieron a su desafortunada primera boda, en los que vagó por todo el mundo fantaseando con emprender una nueva vida en cualquier parte.
Durante los tres meses que empleó en realizar su crucero solitario por el Nilo, escribió un diario que da cuenta del rigor con el que distribuía su tiempo: *«Me levanto a las 7 y paseo media hora de un extremo al otro del barco antes de tomar el té. Después, desayuno tres huevos y camino en círculo una hora mientras fumo. A continuación leo un libro en árabe durante una hora, y a Eurípides durante dos horas. Como, camino una hora más y leo obras científicas hasta las 16:30. Después camino hasta las 18, ceno y vuelvo a andar media hora más disfrutando de la brisa. Luego redacto mi diario y me voy a la cama».*

ASC

Documentación minuciosa. Schliemann escribió miles de páginas como estas de diarios en los que detalló sus hallazgos.

carro un barril más pesado de lo habitual, sintió un crujido en el pecho y empezó a escupir sangre. Incapaz de seguir ejerciendo aquel trabajo, lo abandonó y, desesperado, caminó más de 200 km hasta Hamburgo, donde obtuvo un empleo mísero del que también fue despedido a causa de su estado de salud. Finalmente, a través de un amigo de la infancia de su madre, fue aceptado como grumete en el

ASC

Aventuras y azares. Sobrevivió a un naufragio y vivió en San Petersburgo (aquí, postal de la época).

bricbarca (un tipo de navío) *La Dorotea*, que debía llevarle a Venezuela. Pero el destino de Schliemann no estaba en América.

IDIOMAS POR EL MÉTODO SCHLIEMANN

La Dorotea, que había zarpado de Hamburgo a fines de noviembre, naufragó dos semanas más tarde frente a la costa holandesa de Texel. Fue un naufragio nocturno. Tras nueve horas espantosas en el bote salvavidas, zarandeados por la borrasca y el viento helado, los supervivientes consiguieron alcanzar la playa al amanecer.

En Holanda, la vida del joven Schliemann encontró por fin su punto de reposo. Obtuvo un pequeño empleo burocrático en Ámsterdam que le dejaba tiempo para hacer lo que más deseaba en el mundo: cultivarse. Decidió dedicar la mitad de su modestísimo sueldo a subsistir y la otra mitad a sus estudios. Para empezar, se obstinó en aprender inglés y puso en práctica un sistema propio, muy peculiar, al que se atuvo el resto de su vida con gran éxito, pues llegó a dominar quince idiomas. El personalísimo método de Schliemann consistía en leer en voz alta una y otra vez cualquier libro redactado en la lengua que se desea aprender, estudiar su gramática cada día y lanzarse a escribir en ella, aun cometiendo graves errores, hasta dominarla. Para aprender la pronunciación del inglés acudía a todos los oficios dominicales de la iglesia anglicana e iba repitiendo en voz baja cada palabra del sermón que escuchaba. Además, descubrió que aquel método fortalecía considerablemente su memoria, la cual se desarrolló hasta el extremo de que —según cuenta él mismo— podía recitar de corrido dos novelones (*Ivanhoe* y *El vicario de Wakefield*), cuyas ediciones actuales suman unas 700 páginas.

Pidió a un amigo de Atenas **que le encontrara una mujer griega,** joven, bonita y versada en la lectura de los clásicos

Si hay que creerle, con ese sistema consiguió dominar el inglés en seis meses. Luego continuó con el francés, que dio por aprendido en el mismo tiempo, y, empujado por el nuevo vigor de su memoria, durante el año siguiente aprendió holandés, portugués, italiano y español, empleando seis semanas en el aprendizaje de cada idioma. La enfermedad del pecho había desaparecido, y aquellas hazañas lingüísticas le hicieron sentirse por encima de los intrascendentes trabajos que llevaba a cabo. Un joven que hablaba siete idiomas merecía un puesto mejor, y poco después era secretario contable de una importante firma de importación y exportación. Allí descubrió que su fortuna dependía de aprender otra lengua: el ruso. Y aunque no consiguió encontrar a un solo rusohablante en Ámsterdam, ayudado de un diccionario y una gramática el ambicioso Schliemann se atrevió a redactar cartas en aquella lengua.

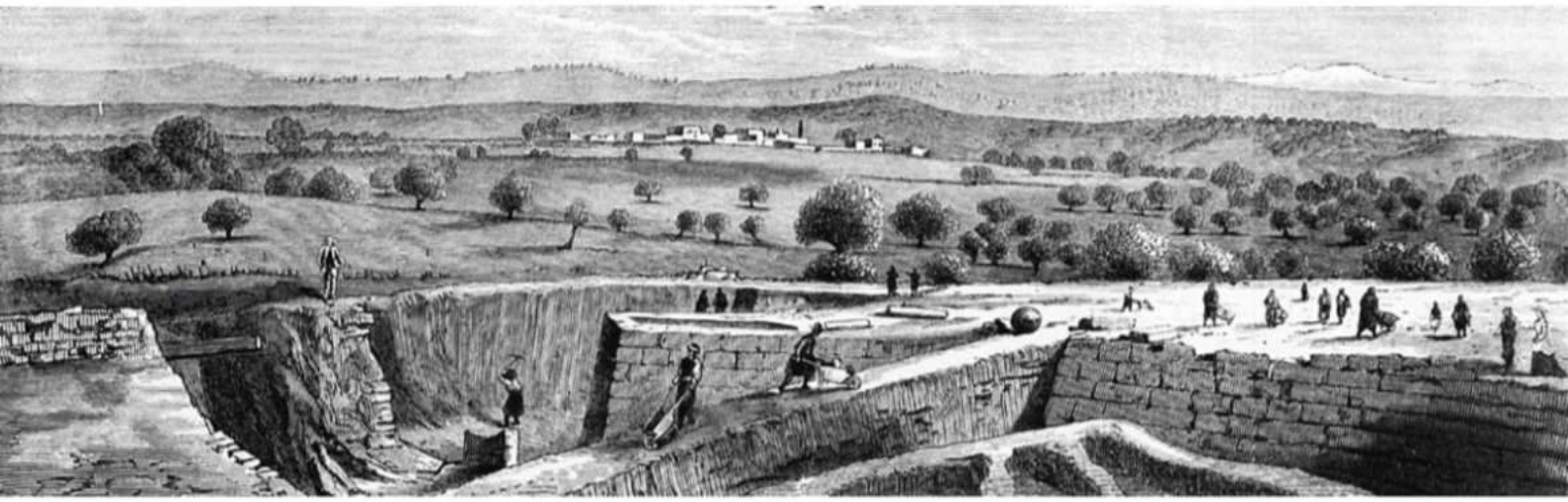
DE RUSIA A AMÉRICA

Con 24 años, sus jefes lo enviaron a San Petersburgo en calidad de representante para toda Rusia, y a poco se estableció en aquella ciudad como comerciante independiente y empezó a ganar mucho dinero con el tráfico de índigo. El descubrimiento de oro lo arrastró a California tras las huellas de su hermano, que había registrado una concesión minera antes de morir, y obtuvo grandes beneficios comprando y vendiendo el polvo amarillo. Además, consiguió la nacionalidad norteamericana el 4 de julio de 1850 cuando el Estado de California se adhirió a la Unión y todos sus habitantes fueron nacionalizados automáticamente.

Schliemann ya era un hombre rico cuando estalló la guerra de Crimea, pero lo era muchísimo más cuando terminó, ya que fue uno de los que la aprovecharon para traficar con todos los bandos contendientes, incluyendo grandes lotes de armas. Se casó con una aristócrata rusa, con la que tuvo tres hijos. Pero algo falló desde el principio: Ekaterina nunca compartió sus obsesiones, que despreciaba profundamente por considerarlas ridículas. Así que se dedicó a viajar solo por todo el mundo durante un par de años y finalmente regresó a Estados Unidos, donde aprovechó una nueva ley de divorcio para separarse legalmente de su esposa y dedicar el resto de su vida y su fortuna, que continuaba creciendo, a la gran empresa que se había fijado en la infancia: el descubrimiento de Troya.

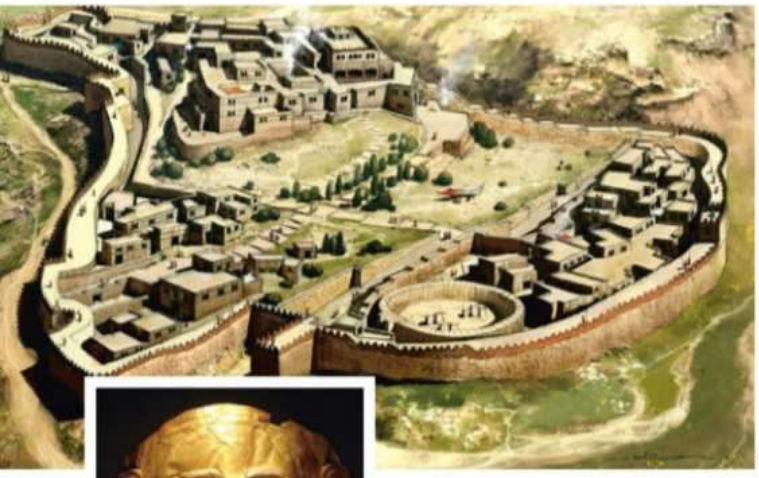
EN BUSCA DE TROYA

Para abordar su nueva vida, Schliemann diseñó un minucioso plan de actuación. Decidió que antes de nada necesitaba otra esposa, así que escribió una carta a un amigo de Atenas pidiéndole que le encontrara una mujer griega, joven y bonita, que además estuviera versada en la lectura de los clásicos. La



Una gigantesca trinchera. Schliemann excavó y excavó hasta dar con sus tesoros. Sobre estas líneas, una vista del yacimiento de Hisarlik en plena excavación en un grabado de 1873.

ASC



ASC

ASC

Micenas. Convertido ya en una celebridad mundial, Schliemann decidió excavar en Tirinto y Micenas (arriba). A la izda. la máscara a la que denominó de «Agamenón».

elegida, Sofía Engastromenos, solo tenía 17 años y era tan sincera que, cuando Schliemann —que ya tenía 47— le preguntó la razón de que aceptara casarse con él, respondió que lo hacía porque sus padres le habían contado que era un hombre rico. En 1868 comenzó a recorrer Grecia acompañado de Sofía, estudiando las viejas ruinas de Ítaca, Micenas y Tirinto. Luego pasaron a Turquía y se dirigieron a la entrada del Helesponto, donde los analistas anteriores habían situado a la vieja Troya: concretamente, en las alturas que dominan Pinarbashi, a orillas del Escamandro y a 15 km de la boca del estrecho. De acuerdo con los datos homéricos, que el prusiano se sabía de memoria hasta los últimos detalles, la mítica ciudad bien hubiera podido estar allí, excepto porque la distancia al mar resultaba excesiva. Fue entonces cuando un funcionario británico llamado Frank Calvert le habló de unas tierras propiedad de su hermano que se encontraban al norte de Pinarbashi y a apenas una hora de marcha del mar, en la colina de Hisarlik. El propio Calvert había realizado algunas catas provisionales que le habían hecho sospechar que aquel era el solar de Troya.

Schliemann, valiéndose de su fortuita ciudadanía americana, obtuvo a través de la embajada el permiso oficial de las autoridades turcas para excavar en Hisarlik, y en octubre de 1871 se hizo construir una cabaña de troncos para Sofía y para él. Cada mañana recibían al centenar y medio de obreros que desmontaban la colina, un óvalo de unos 200 m de largo por 150 de anchura máxima, e inspeccionaban incansablemente su trabajo.

UNA MONTAÑA DE RUINAS

Según la imagen mental que se había hecho de Troya, Schliemann confiaba en dar con el edificio más conspicuo, el templo de Atenea al que se refiere Homero en su *Ilíada*. Para ello, proyectó cavar una gran trinchera de 36 m de ancho que dividiese en dos la colina en sentido norte-sur, en cuya parte central calculaba que hallaría el templo.

Muy pronto se dio cuenta de que a veces es mejor encontrar poco que encontrar demasiado. Aún no podía saber que estaba excavando en una inmensa tarta compuesta por las ruinas de nueve ciudades edificadas sucesivamente una sobre otra. Para empezar encontró en lo más alto una ciudad romana reciente y un pozo de unos 20 metros de profundidad. Excavada una pequeña galería horizontal a partir del fondo, se descubrieron señales de habitaciones y fue entonces cuando Schliemann comprendió la magnitud del trabajo que tenía por delante: veinte metros de ruinas amontonadas cubrían la ciudad de sus ensueños.

Así que decidió excavar enérgicamente, descartando todo aquello que no pudiera ser troyano. A cinco metros encontró restos cerámicos de los siglos V y IV a. C., mil años posteriores a Troya, y más abajo una gran colección de vasijas globulares y vasos cerámicos de formas inéditas. Las excavaciones tomaron otras direcciones y el puzle de restos y épocas llegó a hacerse monumental, pero el gran cabezota que era Schliemann no cejó en su búsqueda.

El último día de mayo de 1873 amaneció por fin su día de gloria. El prusiano, que vigilaba con ojo de halcón los trabajos, percibió en la trinchera oeste el brillo del oro y anunció a los operarios que era el día de su cumpleaños y que podían tomárselo libre. Una vez que se fueron, extrajo con su cuchillo todas aquellas piezas y su mujer se encargó de envolverlas en su delantal y llevarlas hasta la cabaña.

PRÍAMO Y OTROS TESOROS

Aquel tesoro fabuloso que Schliemann adjudicó al mismísimo Príamo fue la prueba de su triunfo. Lo sacó clandestinamente de Turquía y lo presentó en Grecia a la comunidad internacional, que lo consideró como la prueba definitiva del descubrimiento de Troya. La fotografía de su querida Sofía cubierta con las joyas del tesoro dio la vuelta al mundo.

Los turcos reclamaron el hallazgo por vía judicial, pero un tribunal griego decidió que las piezas per-

LA SEGUNDA SEÑORA SCHLIEMANN

Harto de soportar a una primera esposa que nunca le quiso —la estirada aristócrata rusa Ekaterina Lishin—, Schliemann decidió divorciarse por las nuevas leyes que lo permitían en el Estado de Indiana y buscar una compañera completamente distinta.
Para ello se puso en contacto postal con un antiguo amigo, un clérigo ortodoxo llamado Vimpo que se encontraba en Atenas, y le pidió que le buscara una esposa griega. Ella tenía que ser joven y hermosa, conocer a fondo los libros de Homero y la historia de Grecia y estar dispuesta a entregar su amor a un hombre rico y mayor. El clérigo hizo algunas indagaciones y le propuso a Sofía Engastromenos, que solo tenía 17 años, adjuntándole una fotografía. Schliemann llegó a Atenas y, tras las presentaciones, le hizo un pequeño examen consistente en un recitado de Homero y algunas preguntas de Historia Antigua que ella respondió muy bien. A partir de entonces, la joven Sofía permaneció a su lado codo con codo, participó de sus descubrimientos y le dio dos hijos. Por su parte, Schliemann la inmortalizó, retratándola con las joyas del tesoro troyano. Solo tenía 38 años cuando enviudó y empleó el resto de su vida en preservar y divulgar la memoria de su marido.

tenecían a Schliemann, aunque este debía pagar a cambio una multa de 10 000 francos-oro. Deseoso de no enemistarse con los turcos para que no le impidieran nuevas excavaciones en Hisarlik, Schliemann cuadruplicó voluntariamente el monto de la multa y regaló algunas piezas menores al Museo de Estambul.

Los trece años siguientes, convertido en una celebridad internacional, se dedicó a gozar de su fama y a excavar en Micenas y Tirinto, además de continuar sus campañas en Troya. En Micenas consiguió otro gran triunfo a costa de destrozar el contexto. Se sabía dónde estaba la vieja ciudad, porque aún quedaban en pie su famosa Puerta de los Leones y la tumba monumental conocida como Tesoro de Atreo. Pero Schliemann hizo un descubrimiento trascendental: un gran círculo de piedra que rodeaba tumbas riquísimas, algunas de las cuales contenían casi medio millar de piezas preciosas. Sacó a la luz diademas, collares, sortijas, coronas, copas, peines, máscaras mortuorias y toda clase de objetos.

LUCES Y SOMBRAS

Con tanto éxito, a Schliemann empezaron a salirle críticos. Ya se había dudado de la autenticidad del supuesto tesoro de Príamo —y con razón, ya que luego se supo que aquel tesoro era varios siglos anterior al Príamo homérico— y también de algunas otras afirmaciones suyas. Alguien descubrió, por ejemplo, que su esposa Sofía no había podido acompañarle el día del gran descubrimiento, como él sostenía, porque en esa fecha se encontraba en Atenas. Cuando le presentó al rey de Grecia la famosa máscara funeraria micénica que él llamaba de Agamenón, corrió incluso el bulo de que había encargado a un joyero que le añadiese barba y bigote para que pareciese más auténtica.

En una de sus posteriores campañas en Troya, la evidencia de nuevos hallazgos cerámicos bien datables le obligó a reconocer que la ciudad en que había encontrado su gran tesoro (Troya II) no podía haber sido la homérica, que las pruebas arqueológicas situaban cinco ciudades más arriba, en el nivel VII. Y por lo mismo hubo de aceptar que el tesoro de Príamo no era de Príamo.

Sus últimos años discurrieron disfrutando de su fama, su fortuna y su familia, pues había tenido dos hijos con Sofía a los que, como era previsible, impuso sendos nombres homéricos: Agamenón y Andrómaca. Viajó, dio conferencias y recorrió el Nilo durante tres meses en un barco alquilado, sin más compañía que la tripulación. Volvió a visitar su querida Hisarlik, y poco después decidió operarse del oído (había padecido una grave infección). Tras la intervención, se dio de alta a sí mismo prematuramente y viajó hacia el sur. En Nápoles, cayó fulminado en medio de una plaza. No podía hablar, de modo que lo condujeron al hospital, donde no fue atendido porque no llevaba dinero ni identificación. La infección había llegado al cerebro y Schliemann murió al día siguiente de Navidad, dos semanas antes de cumplir 69 años. MH

Labor incansable. En sus últimos años, Ethel Smyth sufrió pérdida de audición pero continuó escribiendo libros, incluidas memorias que reflejan su vida y sus pensamientos sobre música y feminismo. GETTY

ETHEL SMYTH

LA COMPOSITORA QUE CREÓ «LA MARSELLESA» DE LAS SUFRAGISTAS

Protegida por la emperatriz Eugenia de Montijo, Ethel Smyth triunfó en la Inglaterra victoriana como una de las mejores autoras de su tiempo. Amante de las mujeres y consciente de la desigualdad con los hombres, se unió a las *suffragettes* y fue detenida por participar en sus actos violentos.

POR SANDRA FERRER
Periodista

Ethel era hija de una familia bien. Parecía que lo iba a tener todo, pero lo que más quería, le fue denegado. Ethel Mary Smith había nacido en Londres, en la primavera de 1858. Desde pequeña había disfrutado de la música, al principio de la que sonaba en la iglesia, y siendo una niña ya había compuesto cánticos e himnos mientras ella y su hermana deleitaban a los suyos cantando a dúo en las veladas familiares. Tenía doce años cuando entró en el hogar de los Smyth una institutriz que cambiaría su vida para siempre. Era una dama culta que había estudiado música en el Conservatorio de Leipzig. «Por primera vez escuché música clásica —recordaría Ethel en sus memorias— y se abrió ante mí un nuevo mundo. Poco después, un amigo me regaló las sonatas de Beethoven, comencé a estudiar las más fáciles y me adentré en este universo por mis propios medios». Desde entonces, tuvo claro qué era lo que quería hacer en su vida: componer música. Cuando verbalizó su deseo, nadie se lo tomó en serio, y cuando insistió en su intención de viajar a Alemania y estudiar música, su padre se negó en redondo. «Sentía un gran respeto por mi padre» del que aseguraba que tenía un porte que «sugería igualmente amabilidad y autoridad». John Hall Smyth, un militar de carrera, se enfureció cuando descubrió las inquietudes e intenciones de su hija. No estaba dispuesto a dejarla marchar tan lejos, mucho menos a esa corta edad de doce años. Ethel no desfalleció y cuando sus padres se disponían a presentarla en sociedad, se enfrentó a ellos anunciando que «ya tenía la intención de ir a Leipzig, aunque tuviera que escaparme de casa y morirme de hambre cuando llegara allí». Para John era un escándalo que su hija pretendiera unirse al mundo de los artistas, una palabra que para él «simplemente significaba gente que está decidida a quebrantar los Diez Mandamientos. No es exagerado decir que la vida que me proponía llevar le parecía equivalente a vivir en la calle».
Desesperada por conseguir su objetivo, viendo la resistencia férrea de su padre, se dispuso a hacer la «vida en casa tan intolerable que tendrían que dejarme ir por su propio bien». Tras un largo tiempo de tensión entre padre e hija, Ethel consiguió su objetivo. Con el compromiso de vivir bajo el techo de una dama respetable, en el verano de 1877 inició su etapa formativa en Alemania. Allí no solo se adentró en el mundo de la música, sino que conoció a genios de la talla de Brahms quien no dudaría en admirar públicamente el precoz talento de la joven.

En 1910, Ethel Smyth se unió a la Women's Social and Political Union (WSPU), que luchaba por el sufragio femenino, abandonando la música durante dos años para dedicarse a la causa

EN PRISIÓN

Años después regresó a Inglaterra y empezó a componer parte de su obra musical. Sinfonías, música de cámara y óperas, hicieron su nombre célebre y en 1903 se convirtió en la primera mujer en alcanzar el honor de ver una de sus obras representadas en el Metropolitan Opera House de Nueva York. Ethel Smyth se encontraba en lo más alto de su carrera cuando en 1910 hizo un paréntesis en su faceta como compositora. Ese año conoció a Emmeline Pankhurst, líder indiscutible de la Women's Social and Political Union (WSPU), una de las más nuevas organizaciones sufragistas británicas cuyos miembros recibieron el despreciativo nombre de «suffragettes». «En ese momento estaba muy ocupada con ciertos proyectos musicales. Cuando los terminé, decidí que debía dedicar dos años a la WSPU, después de los cuales, volvería a mi trabajo». En ese tiempo en el que se centró en la lucha por los derechos de las mujeres no dejó del todo su faceta artística, que puso al servicio de la causa sufragista cuando decidió componer *La marcha de las mujeres,* una pieza musical a la que puso letra la escritora Cicely Hamilton y que se convirtió en el gran himno de las *suffragettes.*

Ethel Smyth se unió a los actos violentos organizados por la WSPU que la llevaron a ser detenida y encarcelada en la temida prisión de Holloway. «Los dos meses siguientes en Holloway, aunque uno nunca se acostumbra a la sensación desagradable que produce el cierre de la puerta de hierro y el giro de la llave, no significaron nada para mí porque la señora Pankhurst estaba con nosotras».
En una carta dirigida a su hermana, Ethel relató por qué se había unido a aquel grupo de mujeres que se jugaban la piel para reclamar lo que creían que era justo: «Creo que la gente no entiende que somos "rebeldes" y que nuestros actos de infracción de la ley son "delitos políticos" deliberados. Si rompo una

GETTY

Luchadora. A pesar de no contar con el apoyo de su familia, Smyth persistió y logró estudiar composición en el Conservatorio de Leipzig.

ventana "por diversión", soy una especie de delincuente. Si la rompo como uno de los pocos medios a mi alcance para llamar la atención sobre el hecho de que tengo un motivo de queja, soy, por mucho que alguien pueda desaprobar mi acción, una delincuente política, no una criminal. La huelga de hambre de estas mujeres nobles, sensibles y delicadas es una protesta contra el trato ilegal que reciben como criminales en prisión». Ethel intentó pasar aquellos dos meses lo mejor que pudo, encontrando en el resto de prisioneras a un grupo de mujeres con las que se sintió empatizar y en las que descubrió verdaderas heroínas que se exponían a duras huelgas de hambre y agresivos procedimientos para obligarlas a comer. En un intento por mejorar la vida de todas ellas, Ethel puso su talento al servicio de la causa y, con un cepillo de dientes como batuta, amenizaba los pocos momentos de distracción en el hosco y frío patio de Holloway, dirigiendo un coro de mujeres improvisado que alzaban

Ethel vivió libremente, no se casó y prefirió amar a las mujeres antes que a los hombres

su voz para mantenerse a flote. Liberada y pasados los años de lucha sufragista, Ethel Smyth volvió a su vida creativa. No solo compuso, también escribió hasta diez libros, entre ellos varias memorias. Ethel vivió libremente, no se casó y prefirió amar a las mujeres antes que a los hombres. No escondió su pasión por Virginia Woolf, con quien terminó forjando una sincera amistad.

RECONOCIMIENTO

A lo largo de su carrera como compositora conoció a genios como Clara Schumann o Tchaikovsky. Cuando la emperatriz Eugenia de Montijo abandonó Francia y se instaló en Inglaterra, lo hizo cerca del hogar de los Smyth. Admiradora de su obra, la emperatriz en el exilio se convirtió en un gran apoyo y consiguió que llegara a tocar ante la mismísima reina Victoria. Nombrada miembro de la Orden del Imperio Británico en 1922, Ethel Smyth llegó a ser una gran compositora que demostró que su condición femenina no era un obstáculo para ser una excelente creadora de música. Un deterioro progresivo de su oído la fue alejando del mundo que tanto había amado. Sus obras siguen vivas en el siglo XXI. En el año 2021, setenta y siete años después de su muerte, Ethel Smyth ganaba un Grammy por *The Prison,* una sinfonía que había grabado noventa años antes. Era la primera vez que una compositora clásica recibía este reconocimiento musical. MH

¡DISFRUTA DE GRANDES LECTURAS!

¿Sabías que el cuerpo humano produce moléculas parecidas a la morfina? ¿O que hay diversas culturas indígenas del África subsahariana que utilizan la savia como cura y como veneno para flechas? ¿Por qué nos resultan adictivas ciertas sustancias como la nicotina o los opiáceos? Las respuestas las tiene Noah Whiteman, quien nos enseña qué son las toxinas y qué papel han despeñado en la evolución. Nos muestra las sustancias químicas que han hecho que la Tierra y nuestra vida sean tal y como las conocemos.

Pinolia

Escanea este código QR y podrás comprar fácilmente este libro.

LA GRAN FIESTA DE LA DIVULGACIÓN

Un año más, Muy Science Fest reunió en Madrid a las más destacadas personalidades de la ciencia y las humanidades en un evento que ha vuelto a ser el mayor espectáculo de divulgación científica de España.

El Teatro Capitol Gran Vía reunió a los seguidores del evento de divulgación más grande de España, en un encuentro donde la ciencia y las humanidades fueron protagonistas.

ALBERTO CARRASCO

Astrofísica, paleontología, historia, matemáticas, psicología, biología, botánica, bioquímica... Todas las ramas del saber se dieron cita el pasado 23 de noviembre en el Teatro Gran Vía Capitol de la mano de la revista MUY INTERESANTE para celebrar, un año más, la fiesta de la ciencia: el Muy Interesante Science Fest del año 2024.

CIENCIA E INNOVACIÓN

Si algo caracteriza a la revista MUY INTERESANTE es su compromiso con el conocimiento y el pensamiento crítico, y contar con las máximas personalidades en ciencia y humanidades para hacernos comprender el mundo en el que vivimos, el pasado -por lejano que sea- y el futuro que está por llegar. Autoridades científicas de la talla del paleoantropólogo Juan Luis Arsuaga, el psiquiatra Luis Rojas Marcos, el escritor Juan Eslava Galán, el historiador Santiago Castellanos, el astrofísico Miguel Ángel Sabadell, la botánica Rosa Porcel, la matemática Marta Macho, la doctora en Medicina Paloma Fuentes y el químico José Manuel López Nicolás, acercaron la ciencia al público asistente en forma de amenas conferencias y charlas. Asimismo, los ponentes explicaron las últimas investigaciones científicas y las teorías y las innovaciones más revolucionarias de los últimos años. La ciencia y el saber contado por sus protagonistas, por las mujeres y los hombres que se preguntan el porqué de las cosas y dedican su vida a hallar la respuesta. MH

Diferentes instantes del evento en el que, como siempre, se premiaron a las científicas españolas más brillantes del momento. Arriba, a la dcha. Marta Ariño, editora de Zinet Media, y Luis Rojas Marcos.

Abajo, intervenciones de algunos de los prestigiosos ponentes con cuyas charlas vibró todo el auditorio.

La gala fue patrocinada, entre otros, por Turismo de Austria, en el centenario del nacimiento de Johann Strauss hijo, Lexus, Aena, Logista, Heneo, Holmen, Universidad Rey Juan Carlos A la derecha, "foto de familia" del gran equipo de MUY INTERESANTE junto con las científicas galardonadas, algunos ponentes y parte de los patrocinadores.

POR CRISTINA ENRÍQUEZ

'Darwin y la botánica. Un viaje por la diversidad vegetal'

Charles Darwin es conocido principalmente por su trabajo sobre la evolución de los animales, pero gran parte de su contribución a las ciencias naturales se centra en el reino vegetal. Descubre cómo se desarrollaron conceptos clave que han sido esenciales para el avance científico actual en la anatomía y funciones de las plantas. ¿Cómo se lleva a cabo la polinización? ¿Por qué trepan las vides? ¿Cuáles son los procesos digestivos que tienen que llevar a cabo las especies carnívoras? Darwin no solo observó el movimiento de las hojas y los tallos, sino que documentó cómo ciertos órganos se desplazaban para mejorar su capacidad de fotosíntesis o protegerse de temperaturas extremas. Este enfoque casi obsesivo en los detalles muestra no solo la mente analítica de Darwin, sino también su habilidad para ver patrones donde otros solo veían caos. La conexión entre sus estudios en botánica y sus teorías sobre la selección natural es profunda. En sus observaciones, Darwin descubrió que la competencia por recursos y la necesidad de reproducción eran fuerzas impulsoras tanto en el reino animal como en el vegetal. La polinización cruzada, que él estudió exhaustivamente, le reveló cómo las flores habían desarrollado colores, formas y fragancias específicas para atraer a ciertos insectos, que a su vez se especializaban en estas plantas. Así, el mismo principio que explicaba la diversidad en el reino animal —la adaptación al entorno y la selección de características favorables— también daba forma a la inmensa variedad de plantas en el planeta. El botánico evolutivo James T. Costa recoge estos aspectos olvidados del trabajo de Darwin en su nuevo libro *Darwin y la botánica: Un viaje por la diversidad vegetal,* donde analiza seis de las obras menos conocidas de Darwin sobre plantas y las complementa con exquisitas ilustraciones de la Fundación Oak Spring Garden. Este libro se convierte en una oportunidad única para adentrarse en la visión de un Darwin más íntimo y apasionado, alejado del científico que solo trabaja con animales y fósiles, y que revela el espíritu de un naturalista fascinado por cada rincón de la naturaleza.

SHUTTERSTOCK

Ipomoea purpurea. Llamada popularmente gloria de la mañana o campanilla morada entre otros nombres, es nativa de México, América del Sur y de Centroamérica.

Pinolia. 37,95 €

James T. Costa es un destacado biólogo evolutivo, historiador especializado en ciencia y entomólogo. Trabaja como profesor de biología evolutiva en la Western Carolina University, de director ejecutivo de la Highlands Biological Station e investigador asociado de entomología en el Museo de Zoología Comparada de Harvard. Es autor de numerosos trabajos de investigación científica y de varios libros sobre los naturalistas Charles Darwin y Alfred Russel Wallace.

Pinolia
ESCANEA LOS CÓDIGOS QR Y ¡HAZTE CON ESTOS LIBROS!

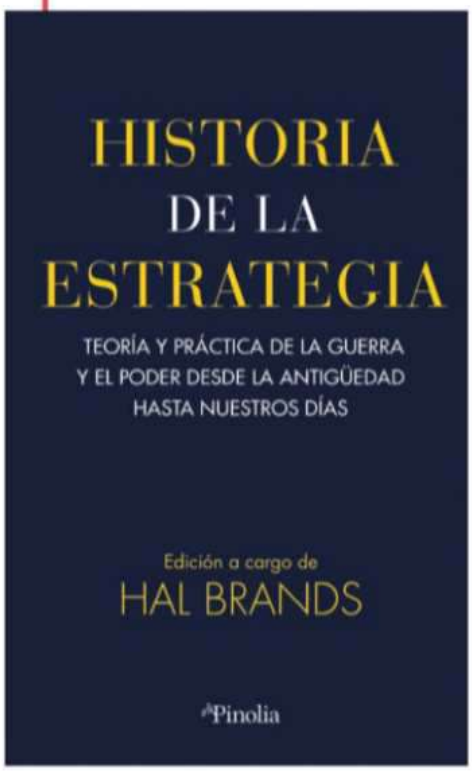
‘Historia de la estrategia’

La serie de libros «Makers of Modern Strategy» ha sido una referencia esencial en el estudio de la estrategia militar y política desde su primera edición en 1943. Cada volumen ha reunido a renombrados historiadores y estrategas que analizan cómo se han moldeado las guerras y los conflictos modernos desde la Antigüedad hasta nuestros días. *Historia de la estrategia. Teoría y práctica de la guerra y el poder desde la Antigüedad hasta nuestros días* es el nuevo tomo actualizado. Hal Brands coordina y participa en esta obra definitiva sobre estrategia y las figuras clave que han dado forma a la teoría y la práctica de la guerra y el Estado a lo largo de los siglos hasta la actualidad. Esta edición, que incluye aportaciones totalmente nuevas de especialistas de talla mundial, ofrece perspectivas globales y comparativas sobre el pensamiento estratégico desde la Antigüedad hasta nuestros días, y pasa revista a los temas clásicos y actuales de la estrategia, prestando especial atención a la Guerra Fría y la organización mundial resultante de los atentados del 11 de septiembre, los consiguientes conflictos durante el siglo XXI, así como a las amenazas que nos depara el futuro. Con aportaciones clave que conectan historia, política y ciencia militar, estas obras se han convertido en un referente indispensable para estudiantes, académicos y profesionales del área. Esta nueva edición en castellano ofrece a los lectores una oportunidad única para acceder a este clásico adaptado a los desafíos estratégicos contemporáneos, con lecciones vitales de los estrategas más influyentes de la historia, desde Tucídides y Sun Tzu hasta Clausewitz, Napoleón, Churchill, Mao, Ben-Gurion, Andrew Marshall, Xi Jinping y Qasem Soleimani. Este último volumen combina las estrategias del pasado con las ideas recogidas de un impresionante grupo de estudiosos contemporáneos y, sin duda, seguirá siendo una lectura importante en las próximas décadas.

ISTOCK

SHUTTERSTOCK

El arte de la guerra. Los principios enunciados por Sun Tzu siguen siendo relevantes hoy, pero se adaptan a un entorno tecnológico, estratégico y político mucho más complejo.



Pinolia. 99,95 €

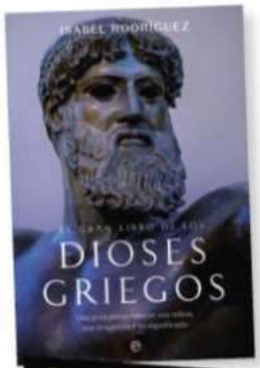
Hal Brands es un politólogo estadounidense especializado en política exterior y estrategia de seguridad nacional. Es profesor distinguido Henry A. Kissinger de Asuntos Globales en la Universidad Johns Hopkins (SAIS), miembro distinguido del American Enterprise Institute y ha trabajado como asesor en el Departamento de Defensa de EE. UU. Experto en la historia y la política contemporánea de la Guerra Fría y en la estrategia estadounidense en el siglo XXI.

El gran libro de los dioses griegos

ISABEL RODRÍGUEZ

Los mitos clásicos forman parte de nuestra historia, son ficciones imperecederas que enseñan y deleitan, pero, por encima de todo, nos hacen reflexionar sobre el hombre y sus miedos, sobre los anhelos, los ensueños y las pasiones humanas. Sus dioses se han mantenido vivos pero mutables a lo largo del tiempo, asumiendo poderes y significados distintos, cambiando sus nombres y sus leyendas. En esta magnífica guía práctica la historiadora y profesora de Arqueología Isabel Rodríguez nos ayuda a conocer los mitos, las imágenes y el significado de las grandes deidades griegas.

La esfera de los libros. 25,55 €.

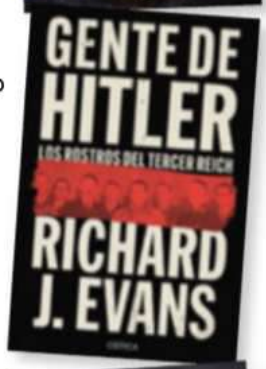


Gente de Hitler. Los rostros del Tercer Reich

RICHARD J. EVANS

Por qué tantos alemanes participaron en los crímenes nazis y cómo llegaron a apoyar a Hitler y a seguirle casi hasta el final? Evans (una de las autoridades más destacadas del mundo sobre el Tercer Reich) se aleja del mito para presentarnos un retrato realista de los hombres y mujeres que sirvieron y perpetraron el Tercer Reich. Durante mucho tiempo se ha presentado a los nazis como psicópatas o criminales, pero a través de nuevas pruebas recientemente desenterradas, Evans nos descubre una visión más realista y nos los muestra como seres humanos que eran inquietantemente parecidos a nosotros. Son retratos nuevos, frescos y a menudo sorprendentes de los hombres y mujeres que crearon y sirvieron a la Alemania nazi, empezando por el propio Hitler y siguiendo por Göring, Goebbels, Himmler, Eichmann, Heydrich, Leni Riefenstahl...

Editorial Crítica. 24,60 €.



Gorriones y Halcones El viento en la piedra

CARMEN BLANCO SANJURJO

En 1467, trescientos veintidós años antes de la Revolución Francesa, se instaura en Galicia el segundo gobierno democrático de Europa —después del griego—, con la primera Xunta de Melide. La carta del rey Enrique IV autorizando el derrocamiento de las fortalezas donde se ocultan malhechores protegidos por la nobleza predadora enciende la chispa de la revuelta irmandiña. Nobleza, clero, burguesía y pueblo llano, sin distinción de edad, raza o condición, luchan unidos contra los abusos y la violencia de muchos de los nobles, logrando echar del reino a quienes no juran la constitución de la hermandad aprobada por el rey.

Ediciones del viento. 24,70 €.

El buen vasallo

FRANCISCO NARLA

El mítico medievo español fueron siglos de batallas célebres y valientes gestas que los juglares luego cantaron por tabernas y plazas. Pero siempre callaron la historia de un joven caballero llamado Diego, hijo del mayor héroe de la época, Rodrigo Díaz de Vivar. Este se ha esforzado por convertirlo en el mejor de sus capitanes y el chico lo persigue sin tregua a pesar de que la devoción filial ha ido desvaneciéndose. El rencor ha hecho del Cid un hombre cruel, capaz de condenar a quienes más le aman, y Diego, siempre dispuesto a ser su buen vasallo, tendrá que enfrentarse con la verdad sobre su padre y señor.

Grijalbo. 23,66 €.

REDACCIÓN
Directora **Carmen Sabalete**
(csabalete@zinetmedia.es)

Redactora jefe **Cristina Enríquez**
(cenriquez@zinetmedia.es).
Coordinador de diseño **Óscar Álvarez**
(oalvarez@zinetmedia.es).
Director de Muy Interesante Digital
Eugenio M. Fernández
(efernandez@zinetmedia.es)

Colaboran en este número: **Jorge de los Santos, Óscar Herradón, Javier Diéguez Suárez, Fernando Cohnen, Rubén Buren, Roberto Piorno, Juan Carlos Losada, Laura Manzanera, Javier Juárez, Javier Ramos, Fernando Cohnen, Alberto Porlan, Sandra Ferrer. Carolina Díaz** (edición y corrección), **Andrés Pérez** (maquetación).

REDACCIÓN EN MADRID
Calle Alcalá N.º 79, Piso 1º-A, 28009-Madrid.
Tel. 810 58 34 12.
Suscripciones: suscripciones@zinetmedia.es

Consejera Delegada **Marta Ariño**
Director General Financiero **Carlos Franco**
Director Comercial **Alfonso Julià**
(ajulia@zinetmedia.es)

DISTRIBUYE: Logista Publicaciones, S.L.
Depósito legal: M-35196-2005.
ISSN 1885-5180 © Copyright 2017.
Zinet Media Global, S.L. Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización expresa de la empresa editora.
Impreso en España: Edición 01/2025
Esta publicación es miembro de la Asociación de Revistas de Información (ARI).

POR SOLO 29,99 €

ESTA NAVIDAD REGALA

LEGADO HISTÓRICO

Invasión de Polonia

Stalingrado

Día D

Pearl Harbour

Escanea y visita la web

MUY HISTORIA